



SARAH J. MAAS

UNA CORTE
DE
HIELO Y
ESTRELLAS

de

Lectulandia

Feyre, Rhys y su círculo más íntimo de amigos están muy ocupados reconstruyendo la Corte de la Noche y el vasto mundo que la rodea. Pero el Solsticio del Invierno finalmente se acerca, y con él, cierto alivio ganado con mucho esfuerzo. No obstante, esta atmósfera festiva no conseguirá detener las sombras del pasado que acechan sin tregua.

Mientras Feyre transita su primer solsticio de invierno como Alta Dama, descubre que sus seres queridos tienen más heridas de las que había imaginado: cicatrices que impactarán de manera irrefrenable en el futuro de su Corte.

Lectulandia

Sarah J. Maas

Una corte de hielo y estrellas

Una corte de rosas y espinas - 3.1

ePub r1.0

Titivillus 17-05-2019

Título original: *A Court of Frost and Starlight*
Sarah J. Maas, 2018
Traducción: Gastón Navarro & Mirta Rosenberg

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com



*A los lectores
que alzan los ojos a las estrellas
y piden un deseo.*



CAPÍTULO

1

Feyre

La primera nieve del invierno había empezado a azotar Velaris una hora antes.

Finalmente, el suelo se había convertido en hielo sólido la semana pasada, y para el momento en que había terminado de devorar mi desayuno de tostada y tocino, que había bajado con una estimulante taza de té, los pálidos adoquines estaban rociados con un polvo fino y blanco.

No tenía idea de dónde estaba Rhys. No estaba en la cama cuando desperté, y el colchón de su lado ya se encontraba frío. Nada inusual, pues en los últimos días estábamos tan ocupados que terminábamos exhaustos.

Sentada ante la larga mesa de madera de cerezo de la casa de la ciudad, fruncí el ceño a la nieve que se arremolinaba detrás de las ventanas con vitral.

Una vez le había temido a esa primera nieve, había vivido aterrada de los largos y duros inviernos.

Pero había sido un invierno largo y brutal el que me había llevado a la profundidad de los bosques, aquel día hace casi dos años. Un largo invierno brutal, que me había hecho sentir tan desesperada como para matar un lobo, y que finalmente me condujo aquí... a esta vida, a esta... felicidad.

La nieve se acumulaba, densos copos caían silenciosamente sobre el pasto seco del diminuto jardín del frente, cubriendo las puntas y los arcos

de la cerca decorativa que estaba más allá.

Dentro de mí, alzándose con cada copo arremolinado, se agitaba un poder brillante y duro. Yo era la Suprema Alta Dama de la Corte de la Noche, sí, pero también alguien bendecida con los dones de todas las cortes. Parecía que el Invierno ahora quería jugar.

Por fin, suficientemente despierta como para estar coherente, bajé el escudo negro y firme que protegía mi mente y lancé un pensamiento por el puente del alma que se extendía entre Rhys y yo. *¿Adónde saliste volando tan temprano?*

Mi pregunta se desvaneció en la negrura. Un seguro signo de que Rhys no se encontraba para nada cerca de Velaris. Probablemente ni siquiera dentro de los límites de la Corte de la Noche. Algo que no era inusual: había estado visitando a nuestros aliados de guerra durante estos meses para solidificar nuestras relaciones, aumentar el comercio y vigilar sus intenciones de posguerra. Cuando mi propio trabajo lo permitía, yo solía acompañarlo.

Levanté mi plato, bebí el té hasta la última gota y entré sigilosamente a la cocina. Jugar con hielo y nieve podía esperar.

Nuala ya estaba preparando el almuerzo en la mesa de trabajo y no había signos de su melliza, Cerridwen. Le hice una seña para que se fuera cuando intentó tomar mis platos.

—Yo puedo lavarlos —le dije, como saludo.

Con los brazos hundidos hasta los codos preparando alguna clase de pastel de carne, la semiespectro me ofreció una sonrisa agradecida y me dejó hacerlo. Era una mujer de pocas palabras, pese a que ninguna de las mellizas podía considerarse tímida. Por cierto, no cuando trabajaban —espiaban— tanto para Rhys como para Azriel.

—Todavía está nevando —observé mirando a través de la ventana de la cocina hacia el jardín que estaba más allá mientras enjabonaba el plato, el tenedor y la taza. Elain ya había preparado el jardín para el invierno, cubriendo los arbustos y canteros más delicados con arpillera—. Me pregunto si esta nieve va a amainar en algún momento.

Nuala puso la corteza adornada y cuadrículada sobre el pastel y empezó a juntar los bordes, sus sombríos dedos hacían el trabajo con rapidez y destreza.

—Sería lindo tener un Solsticio blanco —dijo con voz cadenciosa pero suave. Llena de susurros y sombras—. Algunos años, suele ser bastante benigno.

Verdad. El Solsticio de Invierno. En una semana. Todavía era tan nueva como Suprema Dama que no tenía idea cuál sería mi rol formal. Ni si tendríamos una Sacerdotisa Suprema para officiar alguna odiosa ceremonia, tal como Ianthe lo había hecho el año anterior...

Un año. Dioses, casi un año desde que Rhys había hecho su acuerdo, desesperado por alejarme del veneno de la Corte de Primavera, para salvarme de mi desesperación. Si hubiera llegado un minuto más tarde, la Madre sabía lo que hubiera ocurrido. Dónde estaría yo ahora.

La nieve se arremolinaba en círculos sobre el jardín, enredándose en las fibras marrones de la arpillera que cubría los arbustos.

Mi pareja, que había trabajado tan duro y desinteresadamente, sin ninguna esperanza de que alguna vez yo estaría con él.

Habíamos luchado por ese amor, sangrado por él. Rhys había muerto por él.

Todavía veía ese momento, lo soñaba dormida y lo soñaba despierta. Cómo se había visto su cara, cómo su pecho dejó de alzarse, cómo el vínculo entre nosotros se deshilachó en cintas. Todavía lo sentía, ese hueco en mi pecho donde había estado el vínculo, donde *él* había estado. Incluso ahora, con ese vínculo que fluía otra vez entre nosotros, como un río de noche salpicada de estrellas, el eco de su desaparición aún se demoraba. Me sacaba del sueño, me sacaba de una conversación, de una pintura, de una comida.

Rhys sabía exactamente por qué había noches en las que yo me aferraba más fuerte a él, por qué había momentos en el sol brillante y claro en los que yo solía aferrar su mano. Lo sabía, porque yo sabía por qué sus ojos a veces se volvían distantes, por qué ocasionalmente solo parpadeaba al vernos, como si no lo creyera del todo y se frotaba el pecho como para aliviar un dolor.

Trabajar había ayudado. A los dos. Mantenernos ocupados, mantenernos concentrados... A veces temía esos tranquilos días de ocio cuando todos esos pensamientos simplemente me atrapaban. Cuando no había nada más que yo y mi mente y el recuerdo de Rhys que yacía muerto en el suelo rocoso, el Rey de Hybern golpeando el cuello de mi padre, todos esos ilirios que caían como bombas del cielo y caían a la tierra como cenizas.

Tal vez algún día, ni el trabajo servirá de muro para dejar fuera los recuerdos.

Felizmente, había mucho trabajo para el futuro inmediato. Construir Velaris tras el ataque de Hybern era solo una de muchas tareas monumentales. Porque también era necesario hacer otras tareas, tanto en Velaris como más allá: en las montañas ilirias, en la Ciudad Tallada, en la vastedad de toda la Corte de la Noche. Y después estaban las otras cortes de Prythian. Y el nuevo mundo que emergía más allá.

Pero por ahora: Solsticio. Las noches largas del año. Me alejé de la ventana y fui hacia Nuala, que seguía esforzándose con los bordes de su pastel.

—También es una fiesta especial aquí, ¿no es cierto? —le pregunté tranquilamente—. No solo en Invierno y en Día.

Y en Primavera.

—Oh, sí —dijo Nuala, agachándose sobre la mesa de trabajo para examinar su pastel. Espía entrenada por el propio Azriel, y maestra cocinera.

—Lo amamos mucho. Es íntimo, cálido, adorable. Regalos y música y comida, a veces banquetes bajo la luz de las estrellas... —Lo opuesto a las enormes y salvajes fiestas que duraban días a las que me había visto sometida el año pasado. Pero... regalos.

Tenía que comprar regalos para todos ellos. No tenía que hacerlo, sino que *quería*. Porque todos mis amigos, ahora mi familia, habían luchado y sangrado y casi habían muerto.

Eliminé la imagen que se abría paso en mi mente: Nesta, agachada sobre un herido Cassian, los dos dispuestos a morir juntos en la lucha contra el rey de Hybern. El cadáver de mi padre detrás de ellos.

Giré el cuello. Podíamos usar algo para celebrar. Se había vuelto tan raro que todos nos reuniéramos por más de una o dos horas.

Nuala prosiguió:

—Es una época de descanso, también. Y una época para reflexionar sobre la oscuridad... cómo permite que la luz brille.

—¿Hay una ceremonia?

La semiespectro se encogió de hombros.

—Sí, pero ninguno de nosotros va. Es más bien para aquellos que desean honrar el renacimiento de la luz, se pasan toda la noche sentados en completa oscuridad. —Hizo un amago de sonrisa—. No es una gran novedad para mi hermana y yo. O para el Supremo Señor.

Asentí, tratando de no parecer demasiado aliviada, porque no me arrastrarían a un templo durante horas.

Coloqué mis platos limpios para que se secaran sobre el pequeño escurridor de madera junto al fregadero, le deseé a Nuala suerte en el almuerzo y me dirigí arriba para vestirme. Cerridwen ya había preparado nuestra ropa, pero aún no había signo alguno de la melliza de Nuala cuando me puse el pesado suéter carbón, las apretadas calzas negras y las botas forradas de lana antes de recogerme flojamente el pelo.

Un año atrás me habían puesto refinados vestidos y joyas, me habían hecho desfilar frente a una acicalada corte que me había mirado embobada, como si fuera una yegua premiada.

Aquí... sonreí ante la banda de plata y zafiro sobre mi mano izquierda. El anillo que me había ganado por mí misma de la Tejedora del Bosque.

Mi sonrisa se esfumó un poco. También podía verla a ella. Ver a Stryga de pie ante el rey de Hybern, cubierta con la sangre de su presa, mientras él tomaba la cabeza entre sus manos y le partía el cuello. Después la arrojó a sus bestias.

Cerré los dedos en un puño, inhalando por la nariz, exhalando por la boca, hasta que la levedad de mis miembros desapareció, hasta que las paredes de la habitación dejaron de oprimirme.

Hasta que pude revisar la mezcla de objetos personales de la habitación de Rhys... nuestra habitación. No era para nada un dormitorio pequeño, pero últimamente había empezado a parecer... estrecho. El escritorio de palo rosa contra una pared estaba cubierto de papeles y libros de los trabajos de los dos; mis joyas y ropa ahora tenían que dividirse entre este sitio y mi antiguo dormitorio. Y después estaban las armas.

Dagas y espadas, carcaj y arcos. Me rasqué la cabeza ante el pesado cetro de aspecto maligno que de alguna manera Rhys había dejado caer junto al escritorio sin que yo lo advirtiera.

Ni siquiera quería saber. Aunque no tenía dudas de que Cassian tenía algo que ver.

Podíamos, por supuesto, guardarlo todo en el bolsillo entre reinos, pero... fruncí el ceño ante mi propio equipo de espadas ilirias, que se inclinaban contra el encumbrado armario.

Si la nieve nos tenía cercados, tal vez emplearía el día para organizar las cosas. Encontrar lugar para todo. Especialmente para ese cetro.

Sería un desafío, dado que Elain todavía ocupaba un dormitorio en el vestíbulo. Nesta había elegido su hogar al otro lado de la ciudad, y yo

había preferido no pensar en eso demasiado tiempo. Lucien, al menos, se había establecido en un elegante departamento río abajo al volver de los campos de batalla. Y la Corte de la Primavera.

No le había hecho a Lucien ninguna pregunta sobre esa visita... a Tamlin.

Lucien tampoco había explicado el ojo negro y el corte en el labio. Solo nos había preguntado a Rhys y a mí si conocíamos un lugar donde quedarse en Velaris, ya que no quería incomodarnos más quedándose en la casa de la ciudad, y no quería estar aislado en la Casa del Viento.

No había mencionado a Elain, ni su proximidad con ella. Elain no le había pedido que se quedara ni que se fuera. Y si se preocupaba por los magullones de su rostro, por cierto no lo hacía notar.

Pero Lucien se había quedado, y había encontrado maneras de mantenerse ocupado, yéndose por días o semanas cada vez.

Sin embargo, incluso con Lucien y Nesta viviendo en sus propios departamentos, la casa de la ciudad resultaba un poco pequeña en este momento. Aún más si Mor, Cassian y Azriel se quedaban allí. Y la Casa del Viento era demasiado grande, demasiado formal, estaba demasiado lejos de la ciudad. Linda por una o dos noches, pero... yo amaba esta casa. Era mi hogar. El primero que había tenido verdaderamente en los caminos recorridos.

Y sería lindo celebrar el Solsticio aquí. Con todos ellos, por más que estuviéramos apiñados.

Fruncí el ceño ante la pila de papeles que debía revisar: cartas de otras cortes, sacerdotisas que deseaban designación y reinos tanto humanos como de hadas. Lo había postergado durante semanas, y finalmente me había puesto esta mañana para recorrerlos.

Suprema Dama de la Corte de la Noche, Defensora del Arcoíris y el... Escritorio.

Resoplé, sacudiendo mi trenza por encima del hombro. Tal vez el regalo de Solsticio para mí misma debería ser contratar una secretaria personal. Alguien que leyera y respondiera esas cosas, alguien capaz de separar lo importante de lo que pudiera dejarse de lado. Porque un poco de tiempo extra para mí misma, para Rhys...

Revisé el presupuesto de la corte que Rhys nunca tuvo interés en cumplir y vi qué podía cambiarse de lugar para que hubiera alguna posibilidad de algo así. Por él y por mí.

Sabía que nuestros fondos eran abundantes, sabía que fácilmente podíamos afrontarlo sin causar ni una merma en nuestra fortuna, pero no me molestaba el trabajo. En realidad, me encantaba el trabajo. Este territorio, su gente... eran tanto para mi corazón como lo era mi pareja. Hasta ayer, casi todas mis horas de vigilia habían estado dedicadas a ayudarlos. Hasta que me dijeron, con toda cortesía y gracia, *que me fuera a casa a disfrutar el feriado*.

Después de la guerra, la gente de Velaris había enfrentado el desafío de reconstruir y ayudar a los suyos. Antes de que se me ocurriera una idea de *cómo* ayudarlos, se habían creado múltiples sociedades para ayudar a la ciudad. Así que me ofrecí a un puñado de ellas para tareas que oscilaban entre encontrar casas para los desplazados por la destrucción, hasta visitar familias afectadas durante la guerra y ayudar a los que no tenían refugio ni pertenencias listas para el invierno, proveyéndoles nuevos abrigos y suministros.

Todo eso era vital; todo eso era trabajo bueno, satisfactorio. Y, sin embargo, había más. Podía hacer *más* para ayudar. Personalmente. Simplemente todavía no sabía cómo.

Parecía que no era la única ansiosa por asistir a los que tanto habían perdido. Con el feriado, había llegado una oleada de nuevos voluntarios que atestaban el auditorio público próximo al Palacio de Hilos y Joyas, donde tantas de esas sociedades tenían su cuartel general. *Su ayuda ha sido crucial, señora*, me había dicho ayer una matrona de caridad. *Ha venido aquí casi todos los días... se ha deslomado trabajando. Tómese la semana libre. Se lo ha ganado. Celébrelo con su pareja*.

Traté de objetar, insistiendo en que todavía quedaban abrigos para entregar, más leña para distribuir, pero el hada acababa de hacerle un gesto al público que nos rodeaba colmando el auditorio, lleno hasta el borde de voluntarios. *Tenemos tanta ayuda que ni siquiera sabemos qué hacer con ella*.

Cuando intenté volver a objetar, ella me hizo salir por la puerta del frente y la cerró a mis espaldas.

Entendido. La historia había sido la misma en todas las demás organizaciones en las que me detuve ayer a la tarde. *Vaya a casa y disfrute del feriado*.

Eso hice. Al menos la primera parte. La parte de *disfrutar*, sin embargo...

La respuesta de Rhys a mi anterior pregunta sobre su paradero finalmente titiló en el vínculo, trajo un estruendo de poder oscuro y brillante.

Estoy en el campamento de Devlon.

¿Te tomó todo este tiempo responder? Había una larga distancia hasta las montañas ilirias, sí, pero debería haberle llevado minutos contestar.

Un sensual jadeo de risa. *Cassian no paraba de hablar. Ni siquiera para respirar.*

Mi pobre bebé ilirio. De veras te atormentamos, ¿no es cierto?

La diversión de Rhys navegó hacia mí, acariciando mi ser más íntimo con manos veladas por la noche. Pero se detuvo, desapareciendo tan rápido como había venido. *Cassian se está metiendo con Devlon. Lo comprobaré más tarde.* Con un adorable roce contra mis sentidos, desapareció.

Ya tendría un informe completo muy pronto, pero por ahora...

Le sonreí a la nieve que valseaba al otro lado de las ventanas.



CAPÍTULO

2

Rhysand

Eran apenas las nueve de la mañana y Cassian ya estaba furioso.

El aguado sol invernal intentó sangrar a través de las nubes que se alzaban sobre las montañas ilirias y falló, el viento sopló como una explosión a través de los picos grises. La nieve tenía muchos centímetros de profundidad sobre el atareado campamento, una visión de lo que pronto le ocurriría a Velaris.

Había estado nevando cuando partí al alba... tal vez habría una buena capa sobre la tierra para el momento en que volviera. No había tenido la oportunidad de preguntarle a Feyre sobre eso durante nuestra breve conversación por el vínculo minutos atrás, pero tal vez quisiera ir a dar un paseo conmigo a través de la nieve. Tal vez me permitiera mostrarle cómo brillaba la Ciudad de las Estrellas bajo la nieve fresca.

Sin duda, mi pareja y mi ciudad parecían estar a un mundo de distancia de la colmena de actividad del campamento del Refugio del Viento, anidado en un ancho y alto paso de montaña. Incluso el viento vigorizante que soplabá entre los picos, desmintiendo hasta el nombre del campamento al levantar derviches de nieve, no desanimaba a los ilirios que seguían con sus tareas cotidianas.

Para los guerreros: entrenarse en los diversos ruidos que se abrían en una empinada caída del pequeño valle allá abajo, o salir de patrulla. Para los varones que no luchaban, ocuparse de diversos oficios, ya fueran mercaderes, herreros o zapateros. Y para las mujeres, trabajo pesado.

Ellas no lo consideraban así. Ninguna de ellas. Pero las tareas que debían cumplir, fueran viejas o jóvenes, eran siempre las mismas: cocinar, limpiar, criar niños, confeccionar ropa, lavarla... Había honor en esas tareas, orgullo y buen trabajo. Pero no *se esperaba* que todas las otras lo hicieran. Y si esquivaban esas obligaciones, eran castigadas o bien por la media docena de madres del campamento o por los varones que controlaban sus vidas.

Así había sido desde que había conocido este lugar para el pueblo de mi madre. El mundo había renacido durante los anteriores meses de guerra, el muro se había convertido en nada y, sin embargo algunas cosas no se alteraron. Especialmente aquí, donde el cambio era más lento que los glaciares que se derretían, dispersos entre las montañas. Tradiciones que se remontaban a millares de años, y que casi nadie había desafiado.

Hasta nosotros. Hasta ahora.

Desviando mi atención del ajetreado campamento, más allá del borde de los ruidos de entrenamiento marcados con tiza donde nos encontrábamos, observé a Cassian que se enfrentaba con Devlon.

—Las muchachas están ocupadas con los preparativos para el Solsticio —decía el señor del campamento, con los brazos cruzados sobre su pecho fornido—. Las esposas necesitan toda la ayuda que se les pueda dar para que todo esté listo a tiempo. Pueden practicar la semana que viene.

Había perdido la cuenta de cuántas variaciones de estas conversaciones habíamos tenido durante las décadas que Cassian había tratado de que Devlon le obedeciera.

El viento agitaba el pelo oscuro de Cassian, pero su rostro permanecía duro como granito, mientras le decía al guerrero que nos había entrenado a regañadientes:

—Las muchachas pueden ayudar a sus madres *después* de que terminen el entrenamiento del día. Reduciremos la práctica a dos horas. El resto del día bastará para ayudar en los preparativos.

Devlon desvió sus ojos de color avellana hacia el sitio donde yo me encontraba, a un par de metros de distancia.

—¿Es una orden?

Le sostuve la mirada. Y pese a mi corona, a mi poder, traté de no volver a ser el niño tembloroso que había sido cinco siglos antes, aquel

primer día en que Devlon se había erguido a mi lado y me había arrojado al ruedo.

—Si Cassian dice que es una orden, entonces lo es.

Se me había ocurrido, durante los años que habíamos luchado esta misma batalla con Devlon y los ilirios, que simplemente podía meterme en su mente, en la mente de todos, y hacer que accedieran. Sin embargo, había algunos límites que no podía cruzar y no cruzaría. Además, si lo hiciera Cassian nunca me perdonaría.

Devlon gruñó, su aliento era una nube de vapor.

—Una hora.

—Dos horas —le respondió Cassian, mientras sus alas se batían levemente para mantener una línea dura que era la que esta mañana me había pedido que lo ayudara a sostener.

Debía ser grave, entonces, si mi hermano me había pedido que viniera. Realmente malo. Tal vez necesitáramos una presencia permanente aquí, hasta que los ilirios recordaran que las cosas tienen consecuencias.

Pero la guerra nos había impactado a todos, y con la reconstrucción, con los territorios humanos avanzando para encontrarnos, con otros reinos Fae que deseaban un mundo sin muro y se preguntaban qué mierda podrían conseguir... No teníamos los recursos para instalar a alguien aquí. Todavía no. Quizás el próximo verano, si el clima se calmaba en los demás lugares.

Los compinches de Devlon se demoraban en el ruedo más próximo, midiéndonos a Cassian y a mí, de la misma manera en que lo habían hecho toda nuestra vida. Habíamos matado suficientes de ellos en el Rito de Sangre tantos siglos atrás que ellos aún no lo habían superado, pero... habían sido los ilirios los que habían sangrado y luchado este verano. Los que habían sufrido mayores pérdidas y los que se habían llevado la peor parte en Hybern y en el Caldero.

El hecho de que hubieran sobrevivido algunos de los guerreros era prueba de su destreza y del liderazgo de Cassian, pero con los ilirios aislados y ociosos aquí arriba, esa pérdida empezaba a convertirse en algo feo. Peligroso.

Ninguno de nosotros había olvidado que, durante el reino de Amarantha, algunas de las bandas guerreras se habían sometido a ella con júbilo. Y yo sabía que ningún ilirio había olvidado que habíamos

pasado esos primeros meses después de la caída de Amarantha persiguiendo a esos grupos corruptos. Y aniquilándolos.

Sí, era necesaria una presencia aquí. Pero más tarde.

Devlon presionó, cruzando sus brazos musculosos:

—Los muchachos necesitan un lindo Solsticio después de todo lo que han tolerado. Deja que las muchachas se lo den.

Sin dudas, el bastardo sabía qué armas usar, tanto físicas como verbales.

—Dos horas en el ruedo cada mañana —dijo Cassian con el mismo tono duro que incluso yo sabía que no debía contradecir a menos que quisiera desatar una frenética gresca. No dejó de mirar a Devlon—. Los *muchachos* pueden ayudar a decorar, limpiar y cocinar. Tienen dos manos.

—Algunos sí —dijo Devlon—. Otros volvieron a casa con una sola.

Sentí, más que vi, cómo la herida penetró profundamente en Cassian.

Era el costo de conducir mis ejércitos: cada herida, cada muerte, cada cicatriz... él las tomaba como un fracaso personal. Y estar alrededor de esos guerreros, ver los miembros faltantes y las heridas brutales que aún se estaban curando o las que no se curarían jamás...

—Practican durante noventa minutos —dije, calmando el oscuro poder que empezó a bullir en mis venas, buscando un camino hacia el mundo, y deslicé las manos heladas en mis bolsillos. Cassian, sabiamente, fingió estar indignado, sus alas muy extendidas. Devlon abrió la boca, pero lo interrumpí antes de que pudiera gritar algo verdaderamente estúpido.

—Una hora y media cada mañana, después hacen el trabajo doméstico, los hombres trabajando a la par en lo que puedan.

Miré hacia las tiendas permanentes y las pequeñas casas de piedra y madera dispersas a lo largo del ancho paso y en la altura de los picos arbolados a nuestras espaldas.

—No olvides, Devlon, que un gran número de mujeres también sufrió pérdidas. Tal vez no una mano, pero sus esposos e hijos y hermanos estuvieron allí, en esos campos de batalla. Todo el mundo ayuda a preparar la fiesta, y todo el mundo debe entrenarse.

Levanté el mentón hacia Cassian, indicándole que me siguiera a la casa al otro lado del campamento que ahora nos servía como base semipermanente de operaciones. No había una sola superficie dentro donde no hubiera poseído a Feyre... Mi favorita en especial era la mesa

de la cocina, gracias a aquellos crudos días iniciales luego de habernos unido por primera vez, cuando apenas si podía estar cerca de ella sin sepultarme en su interior.

Qué lejanos, qué distantes parecían esos días. De otra vida.

Necesitaba vacaciones.

La nieve y el hielo se deshacían bajo nuestras botas mientras nos dirigíamos a la angosta casa de piedra de dos niveles situada junto a la línea de árboles.

No unas vacaciones para descansar ni para visitar nada, sino tan solo para pasar más de un puñado de horas en la misma cama que mi pareja.

Tener más de unas pocas horas para dormir y sepultarme en ella. Ahora parecía ser una cosa o la otra. Algo que era absolutamente inaceptable. Y me había convertido en veinte clases de necio.

La semana pasada había estado tan tontamente ocupado y me había sentido tan desesperado por el tacto y el gusto de ella que la había poseído durante el vuelo desde la Casa del Viento a la casa de la ciudad. En las alturas, sobre Velaris... sin nada que ver, de no ser por el manto en el que nos había envuelto. Requería algunas cuidadosas maniobras, y durante meses había planeado pasar un buen momento, pero con ella contra mí, solos en los cielos, solo había requerido una mirada en esos ojos gris azulados para que ya estuviera quitándole los pantalones.

Un momento más tarde, ya estaba dentro de ella, y casi nos habíamos estrellado contra los techos, como un cachorro ilirio. Feyre solo se había reído.

Tuve mi clímax con el ronco sonido de esa risa.

No había sido mi mejor momento, y no dudaba de que caería a niveles más bajos antes de que el Solsticio de invierno nos concediera un día de gracia.

Ahugué mi deseo que aumentaba hasta que solo fue un vago fragor en el fondo de mi mente, y no hablé hasta que Cassian y yo casi habíamos traspuesto la puerta de madera del frente.

—¿Hay algo más que deba saber mientras estoy aquí? —Golpeé la nieve de mis botas contra el vano de la puerta y entré en la casa. La mesa de cocina yacía justo en medio de la habitación del frente. Desterré la imagen de Feyre inclinada sobre ella.

Cassian soltó el aire y cerró la puerta detrás de sí antes de plegar las alas y apoyarse sobre la mesa.

—El desacuerdo se prepara. Con tantos clanes reunidos para el Solsticio, habrá oportunidad de que ese desacuerdo se difunda más.

Una chispa de mi poder hizo que el fuego rugiera en la chimenea, la pequeña planta baja se caldeó rápido. Era apenas un susurro de magia, sin embargo, su liberación alivió esa tensión casi constante de mantener todo lo que era, todo ese oscuro poder, bajo control. Ocupé un lugar contra esa maldita mesa y crucé los brazos.

—Ya nos hemos enfrentado con esta mierda antes. Y volveremos a enfrentarla.

Cassian meneó la cabeza, su pelo oscuro largo hasta los hombros brilló en la luz acuosa que se filtraba por las ventanas del frente.

—No es como en el pasado. Antes, tú, yo y Az... estábamos resentidos por lo que somos, por quienes somos. Pero esta vez... nosotros los mandamos a la guerra. Yo los mandé, Rhys. Y ahora no son solo los pendejos guerreros los que están rezongando, sino también las mujeres. Creen que tú y yo los hicimos ir al sur como venganza por cómo nos trataron de niños; creen que específicamente instalamos algunos de los varones en las primeras líneas como venganza.

No servía. No servía para nada.

—Tenemos que manejar esto con cuidado, entonces. Averiguar de dónde viene este veneno y acabar con él. Pacíficamente —aclaré cuando él arqueó las cejas—. No podemos salir matando de esta.

Cassian se rascó el mentón.

—No, no podemos.

No sería como perseguir a esas bandas guerreras corruptas que habían aterrorizado a todos los que se les cruzaban. Para nada.

Él inspeccionó la casa a oscuras, el fuego que crujía en el hogar, donde habíamos visto a mi madre cocinar tantas comidas durante nuestro entrenamiento. Un dolor viejo, familiar, llenó mi pecho. Toda esta casa, cada pulgada de ella, estaba repleta del pasado.

—Muchos están viniendo para el Solsticio —continuó—. Puedo quedarme aquí, mantener un ojo sobre las cosas. Tal vez entregarles regalos a los niños, a algunas de las esposas. Cosas que realmente necesitan pero que son demasiado orgullosas para pedir.

Era una idea sólida. Pero...

—Eso puede esperar. Te quiero en casa para el Solsticio.

—No me molesta...

—Te quiero en casa. En Velaris —agregué cuando abrió la boca para soltar alguna mierda iliria partidaria en la que aún creía, incluso cuando lo habían tratado como una nada durante toda su vida—. Vamos a pasar el Solsticio juntos. Todos nosotros. Incluso si tuviera que darles a todos una orden directa como Supremo Señor.

Cassian inclinó la cabeza.

—¿Qué te está carcomiendo?

—Nada.

Tal como iban las cosas, tenía muy poco para quejarme. Llevar a mi compañera a la cama de manera regular no era exactamente un asunto urgente. Ni tampoco le importaba a nadie más que a nosotros.

—¿Te aprieta la herida, Rhys?

Por supuesto, se había dado cuenta de todo.

Suspiré, frunciendo el ceño y alzando la mirada hacia el cielorraso viejo, manchado de hollín. También habíamos celebrado el Solsticio en esta casa. Mi madre siempre tenía regalos para Azriel y Cassian. Para este último, el primer Solsticio que habíamos compartido aquí había sido la primera vez que recibía un regalo. Aún podía ver las lágrimas que Cassian había tratado de ocultar mientras abría los regalos, y las lágrimas en los ojos de mi madre mientras lo contemplaba.

—Deseo adelantarme hasta la semana próxima.

—¿Seguro que tienes el poder para hacerlo?

Le lancé una mirada seca. Cassian me respondió con una mueca pedante.

Nunca dejé de estar agradecido por ellos... mis amigos, mi familia, que observaban mi poder sin asustarse, sin oler a miedo. Sí, a veces podía hacer que se cagaran todos, pero *todos* nos hacíamos eso. Cassian me había aterrorizado más veces de las que podía admitir, una de ellas hace apenas unos meses.

Dos veces. Había ocurrido dos veces en el lapso de unas semanas.

Todavía lo veía mientras Azriel lo recogía de ese campo de batalla, la sangre cayendo de sus piernas, en el lodo, su herida, unas fauces abiertas cortadas en el centro de su cuerpo.

Y todavía lo veía tal como Feyre lo había visto... después de que me dejó entrar en su mente para revelar qué era lo que había ocurrido exactamente entre sus hermanas y el rey de Hybern. Todavía veía a Cassian, destruido y sangrante sobre el suelo, rogándole a Nesta que huyera.

Cassian no había hablado de eso. De lo que había ocurrido en esos momentos. De Nesta.

Cassian y la hermana de mi pareja no se habían hablado en absoluto.

Nesta se había enclaustrado con éxito en un miserable departamento al otro lado de Sidra, negándose a interactuar con ninguno de nosotros, salvo por unas pocas y breves visitas a Feyre cada mes.

Tendría que encontrar una manera de arreglar también eso.

Veía cómo eso consumía a Feyre. Todavía tenía que calmarla cuando se despertaba, frenética, de las pesadillas sobre ese día en Hybern, cuando sus hermanas habían sido Hechas contra su voluntad. Pesadillas sobre el momento en que Cassian estaba próximo a la muerte y Nesta estaba tendida sobre él, protegiéndolo de ese golpe mortal, y Elain —*Elain*— había tomado la daga de Azriel y había matado al rey de Hybern.

Froté mis cejas entre el pulgar y el índice.

—Es duro ahora. Todos estamos ocupados, todos tratamos de mantener todo unido.

Az, Cassian y yo habíamos vuelto a postergar nuestros cinco días anuales de cacería en la cabaña este otoño. Postergados hasta el año próximo... otra vez.

—Ven a casa para el Solsticio, y podremos sentarnos a hacer un plan para la primavera.

—Suena como un acontecimiento festivo.

Con mi Corte de Sueños, siempre lo era.

Pero me obligué a preguntar.

—¿Devlon es uno de los potenciales rebeldes?

Rogué que no fuera verdad. Me resentía el varón y su retraso, pero había sido justo con Cassian, Azriel y conmigo cuando estábamos bajo su vigilancia. Nos trató con los mismos derechos que los guerreros de pura sangre iliria. Sin embargo, hacía eso para todos los bastardos nacidos bajo su mando. Eran sus ideas absurdas sobre las hembras que me hacían desear ahogarlo. Aniquilarlo. Pero si había que reemplazarlo, la madre sabía quién ocuparía su cargo.

Cassian meneó la cabeza.

—No lo creo. Devlon impide cualquier conversación semejante. Pero eso solo los hace más reservados, lo que dificulta averiguar quién está divulgando esa mierda.

Asentí, de pie; había tenido un año atrás, una reunión en Cesere con las dos sacerdotisas que habían sobrevivido a la masacre de Hybern para tratar de manejar a los peregrinos que querían venir desde fuera de nuestro territorio. Su tardanza no haría ningún favor a mis argumentos para demorar esos asuntos hasta la primavera.

—Vigila eso durante los próximos días, después ven a casa. Te quiero allí dos noches antes del Solsticio. Y el día después, mostré un asomo de una mueca perversa.

—Supongo que nuestra tradición del día del Solsticio seguirá vigente, entonces. Pese a que ahora eres un varón adulto, con pareja.

Le guiñé el ojo.

—Odio que ustedes, infantes ilirios, me extrañen.

Cassian soltó una risa burlona. Por cierto, había algunas tradiciones del Solsticio que nunca resultaban cansadoras, incluso después de siglos. Yo estaba casi en la puerta cuando Cassian dijo:

—Es... —tragó saliva.

Le ahorré la incomodidad de tratar de disimular su interés.

—Ambas hermanas estarán en la casa. Lo quieran o no.

—Nesta hará las cosas desagradables si decide que no quiere estar allí.

—Estará allí —dije, apretando los dientes—. Y será agradable. Se lo debe a Feyre.

Los ojos de Cassian centellearon.

—¿Cómo está?

No me molesté en hermohear nada.

—Nesta es Nesta. Hace lo que quiere, aunque eso mate a su hermana. Le he ofrecido un trabajo tras otro, y los rechaza todos. —Chasqué la lengua—. Tal vez puedas hacerla entrar en razones durante el Solsticio.

Los Sifones de Cassian centellearon sobre sus manos.

—Posiblemente termine en violencia.

Por cierto que sí.

—No le dicen una palabra a ella. No me importa... tan solo mantengan a Feyre fuera de eso. Además, es su día.

Porque este Solsticio... era su cumpleaños. Veintiún años.

Por un momento me golpeó qué pequeño era ese número.

Mi bella, fuerte, feroz pareja encadenada a mí...

—Sé qué significa esa mirada, bastardo —dijo Cassian, con rudeza—, y es mierda. Ella te ama... de una manera en que nunca he visto que

alguien amara a otro.

—A veces es duro —admití, mirando el campo cubierto de nieve, los ruedos de entrenamiento y las viviendas más atrás— recordar que ella lo eligió. Me eligió a mí. No es como mis padres, juntos por arreglo.

El rostro de Cassian cobró una expresión solemne, poco habitual, y permaneció en silencio un momento antes de decir:

—A veces me pongo celoso. Nunca te reprocharía tu felicidad, pero lo que ustedes dos tienen, Rhys... —Se pasó una mano por el pelo, su Sifón carmesí centelleando bajo la luz que fluía de la ventana—. Son las leyendas, las mentiras, los cuentos de cuando éramos niños. Sobre la gloria y la maravilla del vínculo de pareja. Creí que era todo mierda. Pero después vinieron ustedes dos.

—Ella cumple veintiuno. *Veintiuno*, Cassian.

—¿Y? Tu madre tenía dieciocho y tu padre novecientos.

—Y ella era desdichada.

—Feyre no es tu madre, y tú no eres tu padre. —Volvió a mirarme—. ¿De dónde sale todo esto, de todas maneras? ¿Las cosas... no están bien?

Lo contrario, en realidad.

—Tengo este sentimiento... —dije, dando un paso por los antiguos tablones de madera que crujían bajo mis botas, mi poder era una cosa viva retorciéndose y acechando por mis venas—, de que todo es una especie de broma. Una suerte de burla cósmica, y que nadie, *nadie*, puede ser así de feliz y no pagar por ello.

—Tú ya pagaste, Rhys. Los dos pagaron. Y no era poco.

Agité una mano.

—Tan solo... —No dije nada más, incapaz de terminar las palabras.

Cassian me miró durante un largo momento.

Después cruzó la distancia que nos separaba, apresándome en un abrazo tan fuerte que apenas me dejaba respirar.

—Tú lo hiciste. *Nosotros* lo hicimos. Los dos soportaron suficiente como para que nadie pueda culparlos si bailaran en el crepúsculo como Miryam y Crakon, y nunca más se preocuparan por nada. Pero se están preocupando... los dos siguen trabajando para que la paz dure. La *paz*, Rhys. Tenemos *paz*, y de la verdadera. Disfrútala... disfruten uno del otro. Pagaron la deuda incluso antes de que fuera una deuda.

Se me cerró la garganta y lo aferré con fuerza alrededor de las alas, las escamas de su cuero se clavaban en mis dedos.

—¿Y qué pasa contigo? —pregunté, separándome al cabo de un momento—. ¿Eres... feliz?

Las sombras oscurecieron sus ojos de color avellana.

—Estoy llegando allí.

Una respuesta poco entusiasta.

También tendría que trabajar en eso. Tal vez habría hilos de los que había que tirar, para tejerlos.

Cassian señaló con el mentón hacia la puerta.

—Ponte en marcha, bastardo. Te veré en tres días.

Asentí, abriendo la puerta por fin. Pero hice una pausa en el umbral.

—Gracias, hermano.

La sonrisa torcida de Cassian era brillante, aun en esas sombras relumbraba en sus ojos.

—Es un honor, mi señor.



CAPÍTULO 3 Cassian

Cassian no estaba completamente seguro de que podría enfrentar a Devlon y a sus guerreros sin aniquilarlos. Al menos, no durante la hora siguiente o más o menos.

Y dado que eso no ayudaría a apaciguar las murmuraciones de descontento, Cassian esperó hasta que Rhys hubiera planeado afuera en la nieve y el viento antes de desaparecer él mismo. No planeando, aunque eso hubiera sido un arma endemoniada contra los enemigos en batalla. Había visto a Rhys hacerlo con resultados devastadores. También a Az... de esa extraña manera en la que Az podía moverse a través del mundo *sin* desaparecer en el viento técnicamente.

Nunca se lo había preguntado. Y Azriel por cierto nunca lo había explicado.

Pero a Cassian no le importaba su propio método de moverse: volar, que sin duda le había sido muy útil en combate.

Al trasponer la puerta del frente de la antigua casa de madera para que Devlon y los otros idiotas de los ruedos de entrenamiento lo vieran, Cassian hizo un buen espectáculo. Primero estiró sus brazos, listos y deseosos de aporrear algunos rostros ilirios. Después extendió sus alas, más grandes y anchas que las de ellos. Eso siempre los había resentido, tal vez más que todo lo demás. Las extendió hasta que la tensión en sus poderosos músculos y tendones se convirtió en un agradable ardor, y sus

alas lanzaron largas sombras sobre la nieve. Y batiéndolas de manera poderosa, se disparó hacia el cielo gris.

El viento era un rugido a su alrededor, la temperatura era suficientemente fría para que sus ojos lagrimearan. Vigorizante... liberadora. Aleteó más alto, después viró a la izquierda, dirigiéndose a los picos detrás del paso del campamento. Ninguna necesidad de hacer una pasada de advertencia sobre Devlon y los ruedos de entrenamiento.

Ignorándolos, proyectando el mensaje de que no eran suficientemente importantes como para que se los considerara una amenaza. Esas eran maneras muchos mejores de enfurecerlos. Rhys se lo había enseñado mucho tiempo atrás.

Siguiendo una ráfaga ascendente que lo elevó sobre los picos más próximos, y después en el interminable laberinto de montañas cubiertas de nieve que formaban su tierra natal, Cassian respiró profundamente.

Su traje de cuero y sus guantes para volar lo mantenían caliente, pero sus alas quedaban expuestas al viento helado... y el frío era cortante como un cuchillo.

Podía protegerse con sus Sifones, lo había hecho en el pasado. Pero hoy, esta mañana, quería ese frío mordiente. Especialmente por lo que estaba por hacer. El lugar adonde iba.

Hubiera reconocido el camino con los ojos vendados, simplemente con escuchar el viento a través de las montañas, inhalando el olor de los picos cubiertos de pinos más abajo, los yermos campos de rocas.

Era raro que hiciera la travesía. Usualmente solo la hacía cuando era probable que su temperamento le jugara una mala pasada, y tenía suficiente control para saber que necesitaba estar afuera por unas pocas horas. Hoy no era la excepción.

A la distancia, pequeñas formas oscuras atravesaban el cielo. Guerreros patrullando. O tal vez escoltas armados conduciendo familias a sus reuniones del Solsticio.

La mayoría de los Altos Fae creían que los ilirios eran la mayor amenaza en las montañas.

No se daban cuenta de que había cosas mucho peores que acechaban entre las cumbres. Algunas cazando en los vientos, otras saliendo de las profundas cavernas excavadas en la roca misma.

Feyre se había atrevido a enfrentar algunas de esas cosas en los bosques de pinos de las Estepas. Para salvar a Rhys. Cassian se preguntó si su hermano alguna vez le había dicho que era lo que moraba en estas

montañas. Casi todos habían sido aniquilados por los ilirios, o los habían expulsado a esas Estepas. Pero los más arteros, los más viejos... habían encontrado maneras de ocultarse. Para emerger en noches sin luna para comer.

Ni siquiera cinco siglos de entrenamiento podían detener el estremecimiento que bajó por su espalda mientras Cassian contemplaba las montañas vacías y silenciosas a sus pies y se preguntaba qué dormía bajo la nieve.

Viró hacia el norte, vaciando su mente de esa idea. En el horizonte, se dibujó una forma familiar, que se hacía más grande con cada batir de alas.

Ramiel. La montaña sagrada.

El corazón no solo de iliria, sino de toda la Corte de la Noche.

A nadie se le permitía entrar en sus áridas laderas rocosas... salvo a los ilirios, y eso una sola vez al año. Durante el Rito de Sangre.

Cassian se elevó hacia ella, incapaz de resistir el antiguo llamado de Ramiel. Diferente... la montaña era tan diferente de la yerma presencia terrible de la cumbre solitaria del centro de Prythian. Ramiel siempre había parecido viva, de alguna manera. Despierta y vigilante.

Él solo había puesto un pie allí una vez, en ese día final del Rito. Cuando él y sus hermanos, ensangrentados y golpeados, habían escalado su ladera para llegar al monolito de ónix de la cumbre. Todavía podía sentir la roca que se desarmaba bajo sus botas, podía escuchar su áspera respiración mientras cargaba a medias a Rhys ladera arriba, mientras Azriel los cubría desde atrás. Como uno solo, los tres habían tocado la piedra... los primeros que habían alcanzado la cumbre al final de esa semana brutal. Los ganadores indiscutibles.

El Rito no había cambiado en los siglos transcurridos desde entonces. A principios de cada primavera, todavía proseguía, cientos de guerreros novicios depositados en las montañas y los bosques que rodeaban la cumbre, el territorio prohibido durante el resto del año, para impedir que alguno de ellos pudiera explorar y hallar las mejores rutas y poner trampas. Había diversas maneras de calificar durante el año para probar la capacidad de un novicio, cada uno un poco diferente según el campamento. Pero las reglas eran las mismas.

Todos los novicios competían con las alas atadas, sin Sifones —un hechizo impedía toda magia— y sin equipo salvo la ropa que llevaba en la espalda. La meta: llegar a la cumbre de esa montaña para fin de esa

semana y tocar la piedra. Los obstáculos: la distancia, las trampas naturales y cada uno de los otros. Las viejas disputas desaparecían; nacían otras nuevas. Se saldaban las cuentas.

Una semana de insensato derramamiento de sangre, insistía Az.

Rhys con frecuencia coincidía, aunque con frecuencia *también* coincidía con la idea de Cassian: el Rito de Sangre ofrecía una válvula de escape para peligrosas tensiones dentro de la comunidad iliria. Mejor zanjarlas durante el Rito que arriesgarse a una guerra civil.

Los ilirios eran fuertes, orgullosos, indómitos. Pero no eran pacifistas.

Tal vez tuviera suerte. Tal vez esta primavera el Rito aliviaría algo del descontento. Demonios, se ofrecería a participar *él mismo*, si eso sirviera para aquietar la inquietud.

Apenas habían sobrevivido a esta guerra. No necesitaban otra. No con tantos desconocidos agrupándose en sus límites.

Ramiel se erguía aún más alta, una esquirra de piedra que perforaba el cielo gris. Bella y solitaria. Eterna e intemporal.

No era raro que el primer gobernante de la Corte de la Noche hubiera hecho de ella su insignia. Junto con las tres estrellas que solo aparecían durante un breve lapso cada año, enmarcando la cumbre más alta de Ramiel como una corona. Era durante ese lapso que ocurría el Rito. ¿Qué había venido primero? ¿La insignia o el rito? Cassian no lo sabía. En realidad, nunca le había interesado averiguarlo.

Los bosques de coníferas y las quebradas que puntuaban el paisaje, fluyendo hacia el pie de Ramiel, centelleaban bajo la nieve fresca. Vacíos y limpios. Ni un signo del derramamiento de sangre que ocurriría en cuanto empezara la primavera.

La montaña se acercaba, poderosa e interminable, tan ancha que él podría haber sido no más que una mosca en el viento. Cassian se elevó hacia la cara sur de Ramiel, subiendo lo suficiente para echar un vistazo a la reluciente piedra negra que sobresalía de la cumbre.

Tampoco sabía quién había puesto esa piedra sobre la cumbre. La leyenda decía que había existido antes de que se formara la Corte de la Noche, antes de que los ilirios migraran de los Mirmidones, antes incluso de que los humanos hubieran caminado sobre la tierra. Ni siquiera con la nieve fresca cubriendo a Ramiel, nada de ella había rozado la columna de piedra.

Un estremecimiento helado, pero no desagradable, inundó sus venas.

Era raro que alguien del Rito de Sangre llegara hasta el monolito. Desde que él y sus hermanos lo habían hecho cinco siglos atrás, Cassian podía recordar solamente a una docena más o menos, que no solo habían llegado a la montaña, sino que también habían sobrevivido la escalada. Al cabo de una semana de lucha, de correr, de tener que encontrar y hacer las propias armas y la comida, esa escalada era peor que cualquier horror que la anteciedera. Era la verdadera prueba de voluntad, de coraje. Escalar cuando no te quedaba nada; escalar cuando tu cuerpo te rogaba que te detuvieras... era entonces cuando llegaba el fin.

Pero cuando uno había tocado el monolito de ónix, cuando había sentido esa antigua fuerza cantar en su sangre, en los latidos, antes de que lo llevara de regreso a la seguridad del campamento de Devlon... había valido la pena. Sentir eso.

Con una solemne inclinación de cabeza hacia Ramiel y la piedra viva de su cumbre, Cassian atrapó otra rápida corriente de aire y se elevó hacia el sur.

Una hora de vuelo lo llevó a acercarse a otro pico familiar.

Uno al que nadie, salvo él y sus hermanos, se molestaba en acercarse. Eso que tanto necesitaba ver, sentir, hoy.

Una vez había sido un campamento tan atareado como el de Devlon.

Una vez. Antes de que un bastardo naciera en una congelada y solitaria tienda de los suburbios de la aldea. Antes de que arrojaran a la nieve a una joven madre soltera apenas días después de dar a luz, con el bebé en sus brazos. Y después habían llevado al niño años más tarde, arrojándolo en el lodo del campamento de Devlon.

Cassian aterrizó en el chato tramo del paso de montaña, las ráfagas de nieve más altas que en Refugio del Viento. Ocultando cualquier rastro de la aldea que había existido allí.

De todas maneras, solo quedaban cenizas y escombros.

Él mismo se había asegurado de que fuera así.

Cuando los que habían sido responsables del sufrimiento y el tormento de la joven hubieron recibido su merecido, nadie había querido quedarse allí un momento más. No con los huesos quebrados y la sangre que revestía todas las superficies, manchando cada campo y cada ruedo de entrenamiento. Así que emigraron, algunos uniéndose a otros campamentos, otros haciendo su vida en otras partes. Nadie había regresado nunca.

Siglos más tarde, él no lo lamentaba.

De pie en la nieve y el viento, contemplando el vacío donde había nacido, Cassian no lo lamentó ni por un latido de su corazón.

Su madre había sufrido cada momento de su vida demasiado corta. Solo había empeorado después de haberle dado a luz. Especialmente durante los años que lo habían llevado lejos.

Y cuando él había sido suficientemente fuerte y grande para volver a buscarla, ella había desaparecido.

Se negaron a decirle dónde estaba sepultada. Si es que le habían concedido ese honor, o si habían arrojado su cuerpo a un abismo helado para que se pudriera.

Aún no lo sabía. Incluso con su aliento final, aquellos que se habían asegurado de que ella nunca conociera la felicidad, se habían negado a decírselo. Lo habían escupido en la cara, y le habían dicho cada cosa terrible que le habían hecho a la mujer.

Él había querido sepultarla en Velaris. En alguna parte llena de luz y calor, llena de gente amable, muy lejos de estas montañas.

Cassian observó el paso cubierto de nieve. Sus recuerdos de aquí eran turbios: lodo y frío y hogueras demasiado pequeñas. Pero podía recordar una voz rítmica, suave, y manos delgadas y suaves.

Era todo lo que tenía de ella.

Cassian se pasó las manos por el cabello, sus dedos enredados en los mechones enmarañados por el viento.

Sabía por qué había ido allí, por qué siempre iba allí. Pese a que Amren se burlaba, diciéndole que era un bruto ilirio, él conocía mejor su propia mente, su propio corazón.

Devlon era un jefe de campamento mucho más justo que la mayoría. Pero para las mujeres menos afortunadas, que eran apresadas o echadas, había poca compasión.

Así que entrenar a estas mujeres, darles los recursos y la confianza para resistir, para mirar más allá de las hogueras de sus campamentos... eso era para ella. Para la madre sepultada aquí, tal vez nunca sepultada. Así que eso podría no volver a ocurrir. Entonces su gente, a la que aún amaba pese a sus defectos, algún día podría convertirse en algo *más*. Algo mejor.

La tumba desconocida, sin marca en este paso, era su recordatorio.

Cassian permaneció en silencio durante largos minutos, antes de volver su mirada hacia el oeste. Como si pudiera ver todo el camino hasta Velaris.

Rhys lo quería en casa para el Solsticio, y él obedecería.

Aun si Nesta...

Nesta.

Incluso en sus pensamientos, el nombre resonaba a través de él, hueco y frío.

Ahora no era el momento para pensar en ella. No aquí.

Rara vez se permitía pensar en ella, de todas maneras. Usualmente eso no terminaba bien para quien fuera que estuviese en el ruedo de entrenamiento con él.

Extendiendo las alas, Cassian echó una mirada final alrededor del campamento que había arrasado hasta los cimientos. Otro recordatorio, también: de lo que era capaz cuando lo presionaban demasiado.

Ser cuidadoso, aun cuando Devlon y los otros lo hicieran desear bramar. Él y Az eran los ilirios más poderosos en su larga historia sangrienta. Cada uno de ellos usaba siete Sifones, algo sin precedente, solo para manejar la marea brutal de poder asesino que poseían. Era un obsequio y una carga que él nunca había tomado con liviandad.

Tres días. Tenía tres días hasta regresar a Velaris.

Trataría de que sirvieran.



CAPÍTULO

4

Feyre

El Arcoíris era un zumbido de actividad, incluso con los flotantes velos de la nieve.

Tantos los Altos Fae y las hadas entraban y salían de las diversas tiendas y estudios, algunos trepados de escaleras para colgar guirnaldas de pino y acebo entre las lámparas de luz, algunos barrían terrones de nieve de sus umbrales, otros —sin duda artistas— simplemente de pie sobre los pálidos adoquines, giraban en el sitio, con las caras alzadas hacia el cielo gris, el pelo y la piel y la ropa cubiertos de fino polvo.

Esquivando a una de esas personas en el medio de la calle —un hada con piel como ónix reluciente y ojos como racimos arremolinados de estrellas— me dirigí al frente de una pequeña y bonita galería, cuya vidriera mostraba una variedad de pinturas y cerámica. El lugar perfecto para hacer algunas compras del Solsticio. Una guirnalda de siemprevivas colgaba sobre la puerta azul, recién pintada, con campanitas de bronce pendientes de su centro.

La puerta: nueva. La vidriera: nueva.

Ambas habían sido destruidas y manchadas de sangre meses atrás. Toda la calle había sufrido lo mismo.

Era un esfuerzo no mirar las polvorientas piedras de la calle, que ascendía empinadamente desde la base, donde corría el tortuoso río Sidra. Desde la pasarela junto al río, llena de clientes y artistas, donde yo había estado meses atrás y había llamado a los lobos aletargados en el

agua. La sangre había fluido sobre esos adoquines entonces, y no había habido canciones y risas en las calles, sino gritos y ruegos.

Respiré hondo, el aire helado me cosquilleó en la nariz. Lentamente lo solté en una larga exhalación, viendo cómo se formaba una nube frente a mí. Me observé en el reflejo de la vidriera: apenas reconocible en mi pesado abrigo gris, cubierto con una bufanda roja y gris que había extraído del armario de Mor; mis ojos amplios y distantes.

Un latido más tarde, advertí que no era la única que miraba mi imagen.

Dentro de la galería, no menos de cinco personas hacían lo posible por no mirarme asombrados mientras estudiaban la colección de pinturas y cerámica.

Mis mejillas se caldearon, mi corazón era un ritmo de staccato, y ofrecí una apretada sonrisa antes de seguir camino.

No importaba que había visto una pieza que me había llamado la atención. No importaba que hubiera deseado entrar.

Mantuve mis manos enguantadas en los bolsillos de mi abrigo, mientras bajaba por la calle empinada, cuidando mis pasos sobre los adoquines resbaladizos. Aunque Velaris tenía muchos hechizos para mantener los palacios y los cafés y las plazas cálidas durante el invierno, parecía que para esta primera nieve, muchos de ellos habían sido anulados, como si todo el mundo quisiera sentir su beso helado.

De hecho, había enfrentado la caminata desde la casa de la ciudad, no solo porque quisiera respirar el aire crujiente y nevado, sino también para absorber la restallante excitación de los que se aprestaban para el Solsticio, en vez de simplemente esquivarlos o volar por encima de ellos.

Aunque Rhys y Azriel me instruían siempre que podían, aunque verdaderamente me encantaba volar, la idea de exponer las alas sensibles al frío me hacía estremecer.

Poca gente me reconoció cuando pasé a su lado, mi poder estaba firmemente refrenado en mi interior. De todos modos, la mayoría estaba demasiado preocupada con la decoración o con disfrutar la primera nieve para advertir a la gente que los rodeaba.

Un pequeño alivio, aunque sin dudas no me importaba que se me acercaran.

Como Suprema Dama, era anfitriona de audiencias semanales abiertas con Rhys en la Casa del Viento. Los pedidos oscilaban desde algunos pequeños —se había roto un poste de luz hada— hasta otros

complicados, como si podíamos dejar de importar bienes de otras cortes porque eso ejercía un impacto sobre los artesanos locales.

Algunos eran temas que Rhys había tratado durante siglos, pero nunca actuaba como si lo hubiera hecho.

No, escuchaba cada pedido, planteaba preguntas detalladas, y después los despedía con la promesa de enviarles una respuesta pronto. Me había llevado unas cuantas sesiones entenderlo... las preguntas que formulaba, la *manera* en que escuchaba. No me había obligado a intervenir, a menos que fuera necesario, me había dado el espacio suficiente para interpretar el ritmo y el estilo de estas audiencias y para empezar a hacer preguntas por mi cuenta. Y después empecé también a escribir respuestas a los solicitantes. Rhys en persona respondía a cada uno de ellos. Y ahora yo también lo hacía.

De allí las pilas de papeles cada vez más altas en tantas habitaciones de la casa de la ciudad.

Cómo se las había arreglado tanto tiempo sin un equipo de secretarías que lo ayudaran, era un misterio.

Pero mientras bajaba la empinada cuesta de la calle, vi los coloridos edificios del Arcoíris brillando a mi alrededor como un centelleante recuerdo del verano y otra vez volví a pensar en eso.

Velaris no era en absoluto pobre, su gente en general estaba bien cuidada, los edificios y las calles bien mantenidos. Mi hermana, según parecía, se las había arreglado para encontrar lo único relativamente semejante a un barrio pobre. E insistía en vivir allí, en un edificio que era más viejo que Rhys y que estaba absolutamente necesitado de arreglos.

Solo había unas pocas manzanas así en la ciudad. Cuando le había preguntado a Rhys sobre ellas, por qué no las habían mejorado, él dijo tan solo que lo había intentado. Pero desplazar a la gente mientras sus hogares eran derrumbados y vueltos a construir... era delicado.

No me había sorprendido, dos días atrás, cuando Rhys me había entregado una hoja de papel y me había preguntado si quería añadir algo. Sobre la hoja había una lista de obras de caridad que había realizado alrededor del momento del Solsticio, desde ayudar a los pobres, a los enfermos y a los ancianos hasta subsidios para las madres jóvenes para que iniciaran sus propios comercios. Yo había agregado tan solo dos puntos, ambos sobre sociedades de las que había oído hablar a través de mi propio voluntariado: donaciones a los humanos desplazados por la guerra con Hybern, así como donaciones para las viudas de la guerra

iliria y sus familias. Las sumas asignadas eran considerables, más dinero del que yo había soñado poseer alguna vez.

Una vez, todo lo que había querido era suficiente comida, dinero y tiempo para pintar. Nada más. Hubiera estado satisfecha con permitir que mis hermanas se casaran, con quedarme y cuidar a mi padre.

Pero más allá de mi pareja, de mi familia, más allá de ser Suprema Dama... el simple hecho de que ahora viviera aquí, de que pudiera caminar a través de todo un barrio de artistas cada vez que se me antojaba...

Otra avenida dividía en dos la calle a mitad de camino de la cuesta, y tomé por ella, las ordenadas filas de casas y galerías y estudios que se alejaban, curvándose en la nieve. Pero aun entre los colores brillantes había tramos de gris, de vacío.

Me aproximé a uno de esos lugares huecos, un edificio semiderruido. Su pintura verde menta se había vuelto grisácea, como si la propia luz hubiera perdido el color cuando el edificio se destruyó. De hecho, los pocos edificios que lo rodeaban también estaban desteñidos y agrietados, una galería al otro lado de la calle estaba clausurada.

Pocos meses atrás, había empezado a donar una parte de mi salario mensual —la idea de recibir algo así todavía me resultaba absolutamente ridícula— para reconstruir el Arcoíris y ayudar a sus artistas, pero las cicatrices permanecían, tanto en estos edificios como en sus residentes.

Y el montículo de basura empolvada de nieve que había ante mí: ¿quién había vivido aquí, trabajado aquí? ¿Vivían o habían sido asesinados en el ataque?

Había muchos sitios así en Velaris. Los había visto en mi trabajo, mientras entregaba abrigos de invierno y me encontraba con familias en su hogar.

Exhalé nuevamente. Sé que con frecuencia me demoraba demasiado en estos sitios. Sé que debía seguir adelante, sonriendo como si nada me molestara, como si todo estuviera bien. Y sin embargo...

—Salieron a tiempo —dijo una voz femenina a mis espaldas.

Me volví y mis botas patinaron en los adoquines resbalosos. Extendiendo una mano para recuperar el equilibrio, me aferré a lo primero con lo que hice contacto: un pedazo de roca caído de la casa en ruinas.

Pero fue ver quién estaba exactamente detrás de mí, mirando los escombros, lo que me hizo abandonar cualquier mortificación.

No la había olvidado durante los meses transcurridos desde el ataque.

No había olvidado aquella visión de ella, de pie fuera de la puerta de la tienda, una tubería oxidada alzada sobre un hombro, cuadrándose ante los soldados reunidos de Hybern, lista para bajar balanceándose en busca de la gente aterrada apiñada allí adentro.

Un leve matiz rosado resplandecía hermosamente sobre su piel verde pálida, su pelo negro azabache cayendo sobre su pecho. Se protegía del frío con un abrigo marrón, una bufanda rosada que le envolvía el cuello y la parte inferior de su rostro, pero sus dedos largos y delicados no tenían guantes. Estaba cruzada de brazos.

Hada... y no de una clase que yo hubiera visto con mucha frecuencia. Su rostro y su cuerpo me recordaban a la Suprema Fae, aunque sus orejas eran más delgadas, más largas que las mías. Su forma delgada, impecable, aun con el pesado abrigo.

La miré a los ojos, un ocre vibrante que me hizo preguntar qué pinturas tendría que mezclar para capturar su semejanza, y le ofrecí una pequeña sonrisa.

—Me alegra escucharlo.

Cayó el silencio, interrumpido por el alegre canto de unas pocas personas en la calle y las ráfagas de viento que llegaban del Sidra.

El hada solo inclinó su cabeza.

—Señora.

Busqué palabras, algo propio de una Suprema Dama y a la vez accesible, y me quedé vacía. Me quedé tan vacía que solté:

—Está nevando.

Como si los flotantes velos blancos pudieran ser otra cosa.

El hada volvió a inclinar la cabeza.

—Así es. —Sonrió hacia el cielo, mientras la nieve se enredaba en su pelo negro—. Y una hermosa primera nieve.

Observé la ruina a sus espaldas.

—Tú... tú ¿conoces a la gente que vivía aquí?

—La conocía. Ahora están viviendo en la granja de un pariente de las tierras bajas.

Agitó una mano hacia el distante mar, la chata extensión de tierra entre Velaris y la costa.

—Ah —conseguí decir, después hice un gesto con el mentón hacia la tienda clausurada al otro lado de la calle—. ¿Y qué paso con esta?

El hada miró hacia donde le había indicado. Su boca —de rosa cereza— se tensó.

—Nada de un final feliz, me temo.

Mis palmas sudaron dentro de los guantes de lana.

—Ya veo.

Ella volvió a mirarme, el pelo sedoso enmarcaba su rostro.

—Su nombre era Polina. Esa era su galería. Por siglos.

Ahora era un oscuro murmullo quieto.

—Lo siento —dije, sin saber qué otra cosa decir.

Las delgadas y oscuras cejas del hada se entrecerraron.

—¿Por qué lo sentiría, señora mía? —agregó.

Me mordí el labio. Discutir esas cosas con desconocidos... tal vez no era una buena idea. Así que ignoré su pregunta y dije:

—¿Tiene familia?

Esperaba que al menos hubieran sobrevivido.

—También viven en las tierras bajas. Su hermana y sus sobrinas y sobrinos. —El hada volvió a estudiar el frente cerrado—. Ahora está en venta.

Parpadeé, captando el ofrecimiento implícito.

—Oh... oh, no lo preguntaba por esa razón. —Ni si quiera se me había ocurrido.

—¿Por qué no?

Una pregunta franca y fácil. Tal vez más directa de lo que casi toda la gente, sin duda extranjeros, se atrevían a plantearme.

—Yo... ¿de qué me podría servir?

Hizo un gesto hacia mí con la mano, un movimiento naturalmente gracioso.

—Los rumores dicen que eres una buena artista. Se me ocurre que ese espacio puede tener muchos usos.

Desvié la mirada, odiándome un poco por ello.

—No estoy en el mercado, me temo.

El hada encogió un hombro.

—Bien, estés o no estés no tienes necesidad de andar merodeando por aquí. Como ya sabes, todas las puertas están abiertas para ti.

—¿Como Suprema Dama? —me atreví a preguntar.

—Como una de nosotras —dijo simplemente.

Las palabras cayeron raras y, sin embargo, como una pieza que no sabía que faltaba. Una mano ofrecida que no había advertido hasta qué

punto deseaba apretar.

—Soy Feyre —dije, quitándome el guante y extendiendo el brazo.

El hada apretó mis dedos con fuerza pese a su complexión delicada.

—Ressina.

No era alguien que tendiera a sonreír demasiado pero aun así estaba llena de una práctica clase de calidez.

Las campanas del mediodía doblaron en una torre al borde del Arcoíris, y el sonido fue prontamente repetido por el eco en toda la ciudad de las otras torres hermanas.

—Debería irme —dije, soltando la mano Ressina y retrocediendo un paso—. Fue agradable conocerte.

Volví a ponerme el guante, mis dedos ya me quemaban por el frío. Tal vez este invierno me tomaría más tiempo para dominar con mayor precisión mis dotes para el fuego. Aprender cómo calentar la ropa y la piel sin quemarme sería muy útil.

Ressina señaló un edificio en la misma calle... en la intersección por la que acababa de pasar. El mismo edificio que ella había defendido, con paredes pintadas de rosado frambuesa y puertas y ventanas de un brillante turquesa, como el agua alrededor de Adriata.

—Soy una de las artistas que usa ese espacio para estudio. Si alguna vez necesitas una guía, o incluso alguna compañía, estoy allí casi todos los días. Vivo arriba del estudio. Hizo un elegante gesto hacia las diminutas ventanas redondas del segundo nivel.

Me llevé la mano al pecho.

—Gracias.

Otra vez ese silencio, y observé la tienda, el umbral ante el cual había estado Ressina, protegiendo su hogar y el de otros.

—Lo recordamos, como sabrás... —dijo Ressina suavemente, distrayendo mi mirada. Pero su atención se había centrado en los escombros que estaban a nuestras espaldas en el estudio tapiado, en la calle, como si ella también pudiera ver a través de la nieve la sangre que había corrido entre los adoquines— que ese día viniste a defendernos.

No supe qué hacer con mi cuerpo, mis manos, así que opté por quedarme quieta. Finalmente, Ressina miró mis ojos con los suyos, ocre, brillantes.

—Nos mantuvimos lejos, para dejar que tuvieras intimidad, pero no pienses por un momento que hay alguno de nosotros que no sabe y

recuerda, que no está agradecido de que hayas venido a luchar por nosotros.

Ni siquiera así había bastado. El ruinoso edificio a mi espalda era prueba de ello. La gente había muerto.

Ressina dio unos pocos pasos sin apuro hacia su estudio, después se detuvo.

—Algunas de nosotros nos juntamos en mi estudio una noche a la semana. Nos encontramos dentro de dos días. Sería un honor que vinieras.

—¿Qué clase de cosas pintan? —mi pregunta fue suave como la nieve que caía a nuestro alrededor.

Ressina sonrió levemente.

—Las cosas que necesitan contarse.

* * *

A pesar de que la helada noche pronto descendería sobre Velaris, la gente atestaba las calles, cargada con bolsos y cajas, algunos arrastrando enormes canastos de frutas de alguno de los muchos puestos que ahora ocupaban ambos Palacios.

Con mi capucha forrada de piel protegiéndome del frío, miré los carros de vendedores y escaparates del Palacio de Hilos y Joyas, examinando con atención los últimos.

Alguna de las áreas públicas estaban calefaccionadas, pero buena parte de Velaris había quedado temporalmente expuesta al cortante viento y deseé haber optado por un abrigo más grueso. Aprender a caldearme sin convocar una llama sería de hecho muy útil. Si alguna vez tenía el tiempo necesario para hacerlo.

Estaba regresando para observar un exhibidor de una de las tiendas construidas bajo altos cuando un brazo se enredó en el mío y Mor me dijo:

—Amren te amará por siempre si le compras un zafiro así de grande.

Me reí, quitándome la capucha lo suficiente como para poder verla. Las mejillas de Mor estaban sonrojadas por el frío, su pelo dorado trenzado y cayendo sobre el forro blanco de su manto.

—Por desgracia, no creo que nuestros cofres vayan a sentir lo mismo.

Mor esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Sabes que estamos bien, ¿no es cierto? Podríamos llenar una bañera con esas cosas... —Señaló con el mentón el zafiro del tamaño de un huevo del escaparate de la joyería—. Y eso casi no haría mella en nuestras finanzas.

Lo sabía. Había visto las listas de valores. Mi mente todavía no alcanzaba a abarcar la enormidad de la fortuna de Rhys. *Mi* riqueza. No parecían reales esos números y cifras. Como cuando los niños juegan con dinero. Yo solo compraba lo que necesitaba.

Pero ahora...

—Estoy buscando algo que comprarle para el Solsticio.

Mor examinó la exhibición de joyas, tanto sin cortar como engarzadas, que se veían en el escaparate. Algunas relucían como estrellas caídas. Otras humeaban, como si hubieran sido excavadas del ardiente corazón de la Tierra.

—Amren merece un obsequio digno este año, ¿no es cierto?

Después de lo que Amren había hecho durante esa batalla final para destruir los ejércitos de Hybern, su elección de quedarse aquí...

—Todos lo merecemos.

Mor me tocó con el codo, aunque sus ojos pardos relucían.

—¿Y crees que Varian se unirá a nosotras?

Solté un bufido.

—Cuando le pregunté ayer, ella dio rodeos.

—Creo que eso significa que sí. O que al menos la visitará a *ella*.

Sonreí ante la idea y arrastré a Mor al siguiente escaparate, apretando su costado en busca de calor. Amren y el príncipe de Adriata no habían declarado nada oficialmente, pero a veces yo también lo soñaba... el momento en que ella se despojaba de su piel inmortal y Varian caía de rodillas.

Una criatura de fuego y azufre, construida en otro mundo para infligir un cruel juicio de Dios, para ser su ejecutor sobre las masas de indefensos mortales. Ella había estado atascada en este mundo durante mil quinientos años.

Y no había amado, no de la manera que podía alterar la historia, alterar el destino, hasta ese príncipe de Adriata de pelo plateado. O al menos no había amado a la manera en que Amren era capaz de amar algo.

Entonces, sí: nada se había declarado entre ellos. Pero yo sabía que él la visitaba secretamente en esta ciudad. En especial porque algunas mañanas Amren solía pavonearse por la casa de la ciudad sonriendo con suficiencia como un gato.

Pero aquello de lo que había querido alejarse para que nosotros pudiéramos salvarnos...

Mor y yo vimos la pieza en el escaparate en el mismo momento.

—Esa —declaró ella.

Yo ya me dirigía a la puerta de entrada de cristal, una campanilla de plata tintineó alegremente cuando entramos.

La dueña estaba asombrada pero exultante cuando señalamos la pieza, y rápidamente la colocó sobre un panel de terciopelo negro. Nos dio una amable excusa diciendo que iba a buscar algo de la trastienda, dándonos intimidad para examinar la joya ante el mostrador de madera lustrada.

—Es perfecta —susurró Mor; las piedras fracturaban la luz y ardían con su propio fuego interior.

Pasé un dedo sobre el fresco engarce de plata.

—¿Qué es lo que tú quieres como regalo?

Mor se encogió de hombros, su grueso abrigo marrón combinaba con el rico suelo de sus ojos.

—Tengo todo lo que necesito.

—Intenta decirle eso a Rhys. Dice que el Solsticio no es para recibir regalos que una *necesita*, sino esos que tú nunca te comprarías. —Mor miró hacia arriba. Aunque yo también me inclinaba a esa misma actitud de prescindencia, insistí—: Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Ella pasó un dedo sobre una piedra cortada.

—Nada. Yo... no hay nada que quiera.

Fuera de las cosas que no estaba dispuesta a pedir, ni a buscar.

Otra vez examiné la pieza y pregunté casualmente:

—Has estado mucho en lo de Rita últimamente. ¿Hay alguien que te gustaría llevar a la cena del Solsticio?

Los ojos de Mor se clavaron en los míos.

—No.

Era cosa de ella cuándo y cómo informarles a los demás lo que me había dicho durante la guerra. Cuándo y cómo contárselo especialmente a Azriel.

Mi único papel en eso era estar de su lado... respaldarla cuando lo necesitara.

Así que, proseguí:

—¿Qué vas a *llevarle* a los otros?

Frunció el ceño.

—Después de siglos de regalos, es un terrible incordio encontrar algo nuevo para todos ellos. Estoy casi segura de que Azriel tiene un cajón lleno de las dagas que le he comprado durante siglos, y es demasiado cortés para tirarlas, aunque no las usará nunca.

—¿De veras crees que alguna vez haya descartado al que Dice la Verdad?

—Se lo dio a Elain —dijo Mor, admirando un collar de piedra lunar en la vitrina del mostrador.

—Ella se lo devolvió —la corregí, sin poder bloquear la imagen de la hoja negra atravesando la garganta del rey de Hybern. Pero Elain *sí* se la había devuelto... la había puesto en las manos de Azriel después de la batalla, igual que él la había puesto en las manos de ella antes de la batalla. Y después se había alejado sin mirar atrás.

Mor tarareó para sí. La joyera volvió un momento más tarde, y yo cargué la compra a mi cuenta de crédito personal, tratando de no horrorizarme ante la enorme suma de dinero que acababa de desaparecer con el trazo de una lapicera de oro.

—Hablando de guerreros ilirios... —dije mientras entrábamos en la atestada plaza del palacio y rodeábamos un carro pintado de rojo que vendía tazas de chocolate fundido—. ¿Qué demonios les compro a ellos?

No tenía el coraje de preguntar qué debía comprarle a Rhys, ya que aunque adoraba a Mor parecía que estaba mal pedirle consejo a otra persona sobre qué comprarle a mi pareja.

—Honestamente podrías darle a Cassian un nuevo cuchillo y él te besaría por eso. Pero Az probablemente prefiera no recibir regalos, simplemente para evitar la tensión del momento de abrirlos.

Me reí.

—Es verdad.

Tomadas del brazo, seguimos adelante, los aromas de las avellanas asadas, los conos de piña y el chocolate reemplazando el usual aroma de sal y limón y verbena que colmaba la ciudad.

—¿Piensas visitar a Viviane durante el Solsticio?

En los meses desde que había terminado la guerra, Mor había permanecido en contacto con la Dama de la Corte del Invierno, que tal vez pronto sería Dama *Suprema*, si Viviane tenía algo que ver con eso. Habían sido amigas durante siglos, hasta que el reino de Amarantha había cortado el contacto, y aunque la guerra con Hybern había sido brutal, una de las cosas buenas que había resultado de ella había sido el renacimiento de su amistad. Rhys y Kallias tenían aún una alianza tibia, pero parecía que la relación de Mor con la pareja del Supremo Señor del Invierno sería el puente entre nuestras dos cortes.

Mi amiga sonrió con calidez.

—Tal vez uno o dos días después. La celebración de ellos dura toda una semana.

—¿Has estado antes?

Meneó la cabeza, y su pelo dorado brilló bajo la luz hada.

—No. Usualmente mantienen sus fronteras cerradas, incluso para los amigos. Pero ahora que Kallias está en el poder, y especialmente con Viviane a su lado, están empezando a abrirse nuevamente.

—Solo puedo imaginar sus celebraciones.

Los ojos de ella brillaron.

—Viviane me contó una vez sobre ellas. A su lado, las nuestras son positivamente aburridas. Danzas y bebida, banquetes y regalos. Rugientes fogatas hechas con troncos enteros y calderos llenos de ponche, el canto de mil trovadores fluyendo a través del palacio, al que responden las campanas que repican en los grandes trineos arrastrados por esos hermosos osos blancos —suspiró. Yo me hice eco de la imagen que ella había armado, flotando en el aire helado entre nosotras.

Aquí, en Velaris, celebraríamos la noche más larga del año. Parecía que en el territorio de Kallias celebrarían el invierno mismo.

La sonrisa de Mor desapareció.

—Te busqué por una razón, debo decirte.

—¿No solo para ir de compras?

Ella me empujó con el codo.

—Esta noche iremos a la Ciudad Tallada.

Me acobardé.

—¿Iremos todos nosotros?

—Por lo menos tú, yo y Rhys.

Refrené un gruñido.

—¿Por qué?

Mor se detuvo ante un vendedor para examinar las bufandas cuidadosamente dobladas.

—Es la tradición. Alrededor del Solsticio hacemos una pequeña visita a la Corte de las Pesadillas para dejarles nuestros buenos deseos.

—¿De veras?

Mor hizo una mueca, asintiendo al vendedor antes de seguir caminando.

—Como ya dije, es la tradición. Para estimular la buena voluntad. O al menos la que tenemos. Y después de las batallas de este verano, no viene mal.

Después de todo, Keir y su ejército de Portadores de Oscuridad habían luchado.

Detuvimos el paso a través del atestado corazón del palacio, pasando bajo un enrejado de luces Fae, que empezaban a encenderse sobre nuestras cabezas. De un aletargado y callado lugar de mi interior surgió el nombre pintado. *Hielo y estrellas*.

—Entonces ¿tú y Rhys decidieron decírmelo apenas unas horas antes de ir?

—Rhys ha estado afuera todo el día. Yo decidí que iríamos esta noche. Como no queremos arruinar el verdadero Solsticio con visitas, ahora es mejor.

Había muchos días entre este momento y la víspera del Solsticio para hacerlo. Pero la expresión de Mor siguió siendo casual.

Insistí:

—Presides sobre la Ciudad Tallada, y tratas con ellos todo el tiempo.

Prácticamente la regía cuando Rhys no estaba allí. Y le daba mucho a su horrible padre.

Mor percibió la pregunta en mi afirmación.

—Eris estará allí esta noche. Az me lo dijo esta mañana.

Permanecí en silencio, esperando.

Los pardos ojos de Mor se oscurecieron.

—Quiero ver por mí misma cuán íntimos están él y mi padre.

Para mí, esa era una razón suficientemente buena.



CAPÍTULO

5

Feyre

Estaba hecha un ovillo sobre la cama, calentita y adormilada envuelta en capas de mantas y edredones, cuando Rhys finalmente volvió a casa por la noche.

Sentía su poder, que me atraía, mucho antes de que se acercara a la casa, una oscura melodía a través del mundo.

Mor había anunciado que no iríamos a la Ciudad Tallada hasta dentro de una hora o algo así, tiempo suficiente para que no tocara los papeles que estaban en la mesa de palo de rosa al otro lado de la habitación. En su lugar, había abierto un libro. Apenas había leído diez páginas antes de que Rhys abriera la puerta del dormitorio.

Sus cueros ilirios relucían con la nieve derretida, y más nieve brillaba en su pelo oscuro y sobre sus alas cuando cerró silenciosamente la puerta.

—En el mismo lugar donde te dejé.

Sonreí, dejando el libro a mi lado. Fue casi tragado por el edredón de color marfil.

—¿Acaso no soy buena solo para esto?

Con una sonrisa burlona torciendo una comisura de su boca, Rhys empezó a quitarse las armas, después la ropa. Pero pese al humor que encendía sus ojos, cada movimiento era pesado y lento... como si con cada respiración luchara contra el agotamiento.

—Tal vez deberíamos decirle a Mor que postergue la reunión en la Corte de las Pesadillas —dije y fruncí el ceño.

Él se quitó la chaqueta y el cuero retumbó al aterrizar sobre la silla del escritorio.

—¿Por qué? Si de veras Eris está allí, me gustaría sorprenderlo con una pequeña visita personal.

—Porque luces agotado, por eso.

Puso una mano dramática sobre su corazón.

—Tu preocupación me calienta más que cualquier fuego invernal, mi amor.

Miré hacia arriba y me incorporé.

—¿Por lo menos comiste?

Él se encogió de hombros. Su camisa oscura se tensó sobre sus anchos hombros.

—Estoy bien.

Su mirada se deslizó sobre mis piernas desnudas cuando me quité las mantas.

El calor florecía en mí, pero me calcé las pantuflas.

—Te traeré comida.

—No quiero...

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Un silencio hosco.

—Eso pensé. —Me envolví con un abrigo forrado de lana—. Lávate y cámbiate. Nos vamos en cuarenta minutos. Volveré pronto.

Plegó las alas, la luz hada dorando las garras sobre cada una.

—No necesitas...

—Quiero hacerlo y voy a hacerlo.

Con esas palabras traspuse la puerta y atravesé el vestíbulo azul cerúleo.

Volví cinco minutos más tarde. Rhys mantuvo la puerta abierta para mí, y estaba allí parado con sus pantalones cortos mientras yo entraba con la bandeja en la mano.

—Considerando que trajiste toda la condenada cocina —caviló mientras yo me encaminaba hacia la mesa, aún sin vestirme en absoluto para nuestra visita—, hubiera sido mejor que yo bajara.

Le saqué la lengua, pero fruncí el ceño mientras buscaba espacio libre en la mesa llena de cosas. No había. Hasta la mesita que estaba

junto a la ventana estaba cubierta de cosas. Todas cosas importantes, vitales. Me arreglé con la cama.

Rhys se sentó, plegando las alas detrás suyo antes de extender la mano para sentarme en su falda. Yo esquivé sus manos y mantuve una distancia saludable.

—Come la comida primero.

—Entonces te comeré después —me contestó, con una sonrisa perversa. Atacó la comida.

La velocidad y la intensidad con que comía bastó para atenuar cualquier calor que pudiera sentir por sus palabras.

—¿Comiste *algo* hoy?

Vi un destello de sus ojos violetas cuando terminó el pan y empezó con la carne asada.

—Una manzana esta mañana.

—Rhys.

—Estaba ocupado.

—*Rhys*.

Dejó el tenedor, mientras su boca se contorsionaba en una sonrisa.

—Feyre.

Crucé los brazos.

—Nadie está demasiado ocupado para comer.

—Estás haciendo un escándalo.

—Es mi tarea. Y, además, tú haces muchos escándalos. Por cosas mucho más triviales.

—Tu ciclo *no es* trivial.

—Estaba *un poco* dolorida...

—Te retorcías en la cama, como si alguien te hubiera destripado.

—Y tú actuabas como una dominante madre gallina.

—No vi que le gritaras a Cassian, Mor o Az cuando ellos expresaban preocupación por ti.

—¡Ellos no intentaban alimentarme con una cuchara como si fuera una inválida!

Rhys soltó una risita y terminó su comida.

—Comeré alimentos regularmente si permites que me convierta en una dominante madre gallina dos veces al año.

Claro... porque mi ciclo era tan diferente en este cuerpo. Ya no tenía las incomodidades mensuales. Me parecía un regalo.

Eso había sucedido dos meses atrás, cuando había ocurrido el primero.

En lugar de esas incomodidades mensuales, humanas, experimentaba dos veces al año una semana de agonía que me desgarraba el estómago. Ni siquiera Madja, la sanadora favorita de Rhys, podía hacer algo para aliviar el dolor a menos que me dejara inconsciente. Hubo un momento en esa semana en que el dolor partía de mi espalda y mi estómago y bajaba hasta mis muslos, para subir por los brazos, como vivientes bandas de relámpago que centelleaban a través de mí. Cuando era humana, mi ciclo nunca había sido sencillo, y por cierto había habido días en los que no podía salir de la cama. Parecía que, al estar Hecha, la amplificación de mis atributos no se había detenido ante las características y la fuerza Fae. En absoluto.

Mor tenía poco para ofrecerme, más allá de su conmiseración y té de jengibre. Al menos era tan solo dos veces al año, me consolaba. Conseguí gemirle que aún quedaba una semana más.

Rhys se había quedado conmigo todo el tiempo, acariciándome el cabello, reemplazando las mantas calientes que yo empapaba de sudor, incluso limpiándome. La sangre es sangre, fue todo lo que dijo cuando objeté al verlo cómo me despojaba de mi ropa interior manchada. En ese momento, apenas si podía moverme sin gemir, así que mis palabras no habían sido comprendidas.

Y lo que implicaba esa sangre. Al menos la infusión anticonceptiva que él tomaba funcionaba. Pero concebir entre los Fae era raro y tan difícil que a veces me preguntaba si esperar hasta estar lista para tener niños no podría terminar mordéndome el trasero.

No había olvidado la visión del Tallador de Huesos, cómo se me había aparecido. Sabía que tampoco la había olvidado Rhys.

Pero él no había insistido, ni preguntado. Una vez le dije que quería vivir con él, experimentar la *vida* con él, antes de que tuviéramos hijos. Y todavía me atenía a eso. Había tanto que hacer, nuestros días estaban demasiado ocupados como para pensar incluso en traer un niño al mundo, mi vida estaba tan llena que, pese a que sería una bendición infinita, por ahora soportaría la agonía dos veces al año. Y también ayudaría a mis hermanas con ellas.

Los ciclos de fertilidad Fae nunca habían sido algo que yo considerara, y explicárselos a Nesta y a Elain había sido incómodo, para decir lo menos.

Nesta solo me había mirado fijo, con su manera fría e impasible. Elain se había sonrojado, mascullando sobre la incorrección de esas cosas. Pero ellas habían sido Hechas casi seis meses atrás. Ya vendría. Pronto. Si ser Hecha no interfería con eso de alguna manera.

Tenía que encontrar algún modo de convencer a Nesta de que me avisara cuando su ciclo empezara. De ninguna manera permitiría que soportara sola ese dolor. No estaba segura de que *pudiera* soportarlo sola.

Elain, al menos, sería demasiado cortés como para alejar a Lucien cuando él quisiera ayudarla. Incluso era demasiado cortés para echarlo en un día normal. Simplemente lo ignoraba o apenas si le hablaba hasta que él entendía la insinuación y se marchaba. Por lo que sabía, él no se había acercado desde aquella batalla final. No, ella atendía a sus jardines aquí, lamentando en silencio su vida humana perdida. Llorando a Graysen.

No sé cómo lo soportaba Lucien. Y no porque hubiera mostrado algún interés por cerrar esa distancia entre ellos.

—¿Dónde fuiste? —preguntó Rhys, mientras bebía su vino y dejaba la bandeja a un lado.

Si yo quisiera hablar, él escucharía. Si no quería, lo ignoraría. Ese había sido nuestro pacto tácito desde el principio... escuchar cuando el otro lo necesitaba, y dar espacio cuando hacía falta. Él todavía estaba tratando de contarme todo lo que le habían hecho, todo lo que había visto Bajo la Montaña. Todavía había noches en las que yo besaba sus lágrimas una a una.

Ese tema, sin embargo, no era difícil de tratar.

—Estaba pensando sobre Elain —dije, apoyándome contra el borde de la mesa—. Y sobre Lucien.

Rhys arqueó una ceja, y le dije.

—Cuando terminé, su rostro era contemplativo.

—¿Lucien estará con nosotros para el Solsticio?

—¿Está mal si lo hace?

Rhys soltó un tarareo, mientras sus alas se apretaban más. No tenía idea de cómo soportaba el frío cuando volaba, incluso con un escudo. Cuando lo había intentado durante los últimos días, apenas si había durado unos pocos minutos. La única vez que lo había logrado había sido la semana pasada, cuando nuestro vuelo desde la Casa del Viento se había hecho más cálido.

Rhys dijo al fin:

—Puedo soportar estar cerca de él.

—Estoy segura de que adoraría escuchar esa emocionante aprobación.

Una semisonrisa me hizo caminar hacia él, deteniéndome entre sus piernas. Él puso sus manos despreocupadamente sobre mis caderas.

—Puedo ignorar las burlas —dijo, estudiando mi rostro—. Y el hecho de que aún albergue alguna esperanza de reunirse algún día con Tamlin. Pero no puedo dejar pasar cómo te trató después de Bajo la Montaña.

—Yo sí. Lo perdoné por eso.

—Bien, tú me perdonarías a mí si yo no pudiera. —Una furia helada oscureció las estrellas de esos ojos violeta.

—Tú todavía apenas si puedes hablarle a Nesta —dije—. Y sin embargo puedes hablarle perfectamente a Elain.

—Elain es Elain.

—Si culpas a una, tienes que culpar a la otra.

—No, no lo hago. Elain es Elain —repitió—. Nesta es... es iliria. Lo digo como un cumplido, pero es una iliria de corazón. Así que no tiene excusa para su conducta.

—Lo compensó de sobra este verano, Rhys.

—No puedo perdonar a nadie que te haya hecho sufrir.

Palabras frías y brutales, pronunciadas con tanta gracia.

Pero no le importaban aquellos que lo habían hecho sufrir a *él*. Pasé una mano sobre las volutas y espirales de los tatuajes en su pecho musculoso, siguiendo las intrincadas líneas. Él se estremeció bajo mis dedos, y sus alas temblaron.

—Son mi familia. Tienes que perdonar a Nesta en algún momento.

Apoyó la frente sobre mi pecho, justo entre mis senos, y enredó los brazos en mi cintura. Por un largo minuto, solo inhaló mi aroma, como si lo llevara profundamente a sus pulmones.

—¿Ese debería ser mi regalo del Solsticio para ti? —murmuró—. ¿Perdonar a Nesta por dejar que su hermana de catorce años fuera a esos bosques?

Enganché un dedo bajo su mentón y le levanté la cabeza.

—No recibirás ningún regalo de Solsticio de *mi* parte si sigues con esta tontería. —Su cara mostró una mueca perversa.

—Tarado —dije entre dientes, tratando de dar un paso atrás, pero sus brazos se cerraron sobre mi cintura.

Quedamos en silencio, simplemente mirándonos. Después Rhys me dijo a través del vínculo: *¿Una idea por una idea, querida Feyre?*

Sonreí ante el pedido, el viejo juego entre nosotros. Pero se esfumó cuando respondí. *Hoy fui al Arcoíris.*

¿Eh? Acarició con la nariz mi estómago.

Pasé las manos por su pelo oscuro, saboreando esos mechones sedosos contra mis callos. *Hay una artista, Ressina. Me invitó a pintar con ella y algunos otros dentro de dos noches.*

Rhys se echó atrás para estudiar mi rostro. Luego arqueó una ceja.

—¿Por qué no sueñas excitada al respecto?

Hice un gesto hacia nuestro cuarto, la casa de la ciudad, y exhalé un suspiro.

—No he pintado nada desde hace un tiempo.

No desde que volvimos de la batalla. Rhys permaneció quieto, dejándome elegir a través del laberinto de palabras de mi interior.

—Suenas egoísta —admití—. Tomarse ese tiempo, cuando hay tanto para hacer y...

—No es egoísta. —Sus manos se aferraron a mis caderas—. Si quieres pintar, pinta, Feyre.

—La gente de esta ciudad todavía no tiene casa.

—El hecho de que te tomes unas horas por día para pintar no cambiará eso.

—No es solo eso. —Me incliné hasta que mi frente descansó sobre la de él, su olor a citrus y mar colmaban mis pulmones, mi corazón—. Hay demasiadas... cosas que quiero pintar. Que necesito. Elegir una... —Inspiré entrecortadamente y me tiré atrás—. No estoy muy segura de estar preparada para ver lo que emerja cuando pinte alguna de esas cosas.

—Ah. —Él trazó líneas tranquilizadoras y amorosas por mi espalda—. Ya sea que te reúnas con ellos esta semana, o dentro de dos meses, creo que deberías ir. Probarlo. —Observó el cuarto, la gruesa alfombra, como si pudiera ver toda la casa de la ciudad debajo—. Podemos convertir tu antiguo dormitorio en un estudio, si quieres...

—Está bien —lo interrumpí—. La luz no es ideal allí. —Cuando enarcó las cejas, admití—: lo observé. La única habitación que sirve para eso es la sala, y prefiero no llenar la casa de olor a pintura.

—No creo que a nadie le moleste.

—A mí me molestaría. Y de todas maneras me gusta tener intimidad. Lo último que quiero es a Amren de pie detrás de mí, criticando mi trabajo mientras pinto.

Rhys soltó una risita.

—Podemos manejar a Amren.

—No estoy segura de que tú y yo estemos hablando de la misma Amren, entonces.

Él se rio, atrayéndome otra vez, y murmuró contra mi estómago:

—Cumple años durante el Solsticio.

—¿Y entonces? —Había tratado de olvidar ese hecho. Y dejar también que los demás se olvidaran.

La sonrisa de Rhys se volvió tenue, felina.

—Entonces eso significa que tendrás *dos* regalos.

Gruñí.

—Jamás tendría que habértelo dicho.

—Naciste la noche más larga del año. —Otra vez sus dedos me acariciaron la espalda. Más abajo—. Desde el principio estabas destinada a estar a mi lado.

Recorrió mi espalda con una caricia larga y lenta. Conmigo de pie ante él de esta manera, instantáneamente podía oler el cambio de mi olor cuando mi núcleo se calentaba.

Logré decir a través del vínculo antes de que las palabras me fallaran: *Tu turno. Un pensamiento por otro.*

Me oprimió para besar mi estómago, justo sobre mi ombligo.

—¿Te he contado sobre esa primera vez que me elegiste y me hiciste caer en la nieve?

Le di una palmada en el hombro, el músculo duro como piedra.

—¿Eso es para ti un pensamiento por otro?

Él sonrió contra mi estómago, sus dedos aún explorando, persuadiéndome.

—Me tacleaste como un ilirio. Forma perfecta, un golpe directo. Pero después yaciste sobre mí, jadeando. Todo lo que deseaba era que nos desnudáramos.

—¿Por qué no estoy sorprendida? —Enredé mis dedos en su pelo.

La tela de mi bata era apenas más que una telaraña entre nosotros cuando él soltó una risa en mi vientre. No me había molestado en ponerme nada debajo.

—Me enloqueciste. Todos esos meses. Todavía no creo del todo que tengo esto. Que te tengo a ti.

Se me tensó la garganta. Ese era el pensamiento que él quería cambiar conmigo, que necesitaba compartir.

—Te deseaba, incluso Bajo la Montaña —dije suavemente—. Se lo atribuí a esas circunstancias horribles, pero después de que la matamos, cuando no podía decirle a nadie cómo me sentía... lo mal que estaban las cosas, sin embargo, te lo dije. Siempre he podido hablar contigo. Creo que mi corazón sabía que eras mío mucho antes de que me diera cuenta.

Sus ojos brillaron, y otra vez enterró la cara entre mis pechos, mientras sus manos acariciaban mi espalda.

—Te amo —susurró—. Más que la vida, más que mi territorio, más que mi corona.

Lo sabía. Había dado esa vida para volver a forjar el Caldero, la materia misma del mundo, para que yo pudiera sobrevivir. Después no estuvo en mí enfurecerme con él, ni en los meses ulteriores. Él había vivido... era un regalo por el que nunca dejaría de estar agradecida. Y al fin, sin embargo, nos habíamos salvado mutuamente. Todos nosotros.

Lo besé en la cabeza.

—Te amo —susurré en su cabello negro azulado.

Las manos de Rhys se aferraron a la parte trasera de mis muslos, la única advertencia antes de que me hiciera girar, inmovilizándome en la cama mientras me acariciaba el cuello.

—Una semana —dijo en mi piel, plegando con gracia las alas detrás suyo—. Una semana para tenerte en esta cama. Eso es todo lo que quiero para el Solsticio.

Reí sin aliento, pero él flexionó las caderas, y empujó contra mí, las barreras que nos separaban eran apenas más que retazos de tela. Me dio un beso en la boca y sus alas parecían una oscura pared detrás de sus hombros.

—Crees que estoy bromeando.

—Somos fuertes para ser Altos Fae —cavilé, luchando por concentrarme mientras él tiraba del lóbulo de mi oreja con sus dientes—. Pero ¿una semana entera de sexo? No creo que pudiera caminar luego de eso, o que tú pudieras funcionar. Al menos con tu parte favorita.

Mordisqueó el delicado arco de mi oreja, y los dedos de mis pies se curvaron.

—Después solo tendrás que besar mi parte favorita y mejorarla.

Deslicé una mano a esa parte favorita —*mi parte favorita*— y lo aferré a través de sus pantaloncitos. Él gruñó, apretándose contra mí, y la prenda desapareció, dejando solo mi palma contra su aterciopelada dureza.

—Necesitamos vestarnos —conseguí decir, incluso mientras mis manos lo acariciaban.

—Más tarde —masculló, mientras succionaba mi labio inferior.

Rhys se echó atrás, sus brazos tatuados apretados a cada lado de mi cabeza. Uno estaba cubierto con sus marcas ilirias, el otro con el tatuaje gemelo de uno que había en mis brazos: el último pacto que habíamos hecho. Permanecer juntos a través de todo lo que esperaba adelante.

Mi núcleo latió, hermano de mi corazón atronador, la necesidad de tenerlo sepultado dentro de mí, de tenerlo...

Como una burla de esos latidos gemelos que había en mi interior, llamaron a la puerta del dormitorio.

—Ya lo saben —gorjeó Mor desde el otro lado—, *tenemos* que irnos pronto.

Rhys soltó un gruñido grave, que recorrió mi piel, su pelo cayó sobre la frente cuando giró la cabeza hacia la puerta. Solo se veía una intención predatoria.

—Tenemos treinta minutos —dijo, con notable fluidez.

—Y te lleva dos horas vestirme —bromeó Mor a través de la puerta—. Y no estoy hablando de Feyre.

Rhys se rio, refunfuñando, y posó su frente contra la mía. Cerré los ojos, aspirando su olor, aun cuando mis dedos se desprendieron de él.

—Esto no está terminado —me prometió, con voz ronca, mientras besaba el hueco de mi garganta y se separaba—. Vete a aterrorizar a algún otro —le dijo a Mor, girando el cuello mientras sus alas desaparecían y él se dirigía al cuarto de baño—. Necesito acicalarme.

Mor se rio, y sus leves pasos pronto se alejaron.

Me dejé caer sobre las almohadas y respiré hondo, enfriando la necesidad que recorría mi interior. El agua burbujeaba en el cuarto de baño, seguida por un suave gañido.

Por lo que parecía, yo no era la única que necesitaba enfriarme.

De hecho, cuando entré en el cuarto de baño, pocos minutos más tarde, Rhys todavía se encogía mientras se lavaba en la bañera.

Sumergí los dedos en el agua jabonosa y confirmé mi sospecha: estaba helada.



CAPÍTULO

6

Morrigan

No había luz en este sitio.

Nunca había habido.

Ni siquiera las guirnaldas de siemprevivas, las coronas de acebo y las crujientes fogatas de abedul en honor del Solsticio podían penetrar la eterna oscuridad que moraba en la Ciudad Tallada.

No era la clase de Oscuridad que Mor había llegado a amar en Velaris, la clase de oscuridad que era tanto una parte de Rhys como su sangre.

Era la oscuridad de las cosas putrefactas, de la decadencia. La oscuridad que todo lo ahogaba, que marchitaba la vida.

Y el varón de pelo dorado, de pie ante ella, en la habitación del trono, entre las altas columnas talladas de bestias serpenteantes, escamosas... él había sido creado de ella, florecía en ella.

—Me disculpo si interrumpimos tus festividades —arrulló Rhysand. A Keir. Y al varón junto a él.

Eris.

La habitación del trono estaba vacía ahora. Una palabra de Feyre y la ralea que usualmente cenaba y bailaba y complotaba aquí había desaparecido, dejando solo a Keir y al hijo mayor del Supremo Señor del Otoño.

Keir habló primero, arreglándose las solapas de su chaqueta negra.

—¿A qué debemos este placer?

El tono era burlón. Ella todavía podía escuchar los insultos siseados, susurrados mucho tiempo atrás en el departamento privado de su familia, susurrado en cada reunión y cada encuentro cuando su primo no estaba presente. *Monstruosidad mestiza. Una desgracia para el linaje de sangre.*

—Alto Señor.

Las palabras salieron de ella sin pensarlas. Y su voz, la voz que usaba aquí... no era la suya. Nunca era la suya, nunca aquí, con ellos en la oscuridad. Mor mantuvo su voz tan fría e implacable mientras corregía.

—A qué debemos este placer, *Supremo Señor.*

No se molestó en impedir que sus dientes centellearan.

Keir la ignoró.

Su método preferido de insultar: actuar como si una persona no valiera el aliento que consumiría hablar con ella.

Intenta algo nuevo, tú bastardo miserable.

Rhys se interpuso antes de que Mor pudiera contemplar decir precisamente eso, su oscuro poder llenaba la habitación, la montaña.

—Vinimos, por supuesto, para desearles buenaventura a ti y a los tuyos en este Solsticio. Pero parece que ya tienes un invitado para entretener.

La información de Az había sido impecable, como siempre. Cuando él la había encontrado leyendo sobre las costumbres de la Corte del Invierno en la Biblioteca de la Casa del Viento esta mañana, no le había preguntado *cómo* se había enterado de que Eris iría esta noche. Hacía mucho que sabía que era probable que Az no le dijera nada.

Pero el varón de la Corte del Otoño, de pie junto a Keir... Mor se obligó a mirar a Eris. A sus ojos color ámbar.

Más frío que cualquier sala de la corte de Kallias. Habían sido así desde el momento en que ella lo conoció, cinco siglos atrás.

Eris apoyó una mano pálida en el pecho de su chaqueta de color peltre, el retrato de la galantería de la Corte del Otoño.

—Pensé que manifestaría algunos saludos del Solsticio por mi cuenta.

Esa voz. Esa voz sedosa, arrogante. No se había alterado, ni en tono ni en timbre, en todos los siglos pasados. No había cambiado desde aquel día.

Una luz del sol cálida y suave a través de las hojas, que las hacía relucir como rubíes y cuarzo. El aroma húmedo, terroso de las cosas pudriéndose bajo las hojas y las raíces sobre las que yacía ella. Sobre las que la habían arrojado y la habían dejado.

Todo dolía. Todo. No se podía mover. No podía hacer nada más que mirar el sol que derivaba a través del rico dosel muy arriba, escuchar el viento entre los troncos plateados.

Y el centro de ese dolor, irradiando hacia afuera como fuego vivo, con cada respiración desapareja, áspera...

Leves pasos firmes que crujían sobre las hojas. Seis pares. Una guardia fronteriza, una patrulla.

Ayuda. Alguien que ayude...

Una voz masculina, extranjera y profunda, insultó. Después, silencio.

Silencio mientras se acercaba un par de pasos. Ella no podía girar la cabeza, no soportaba el dolor. No podía hacer nada más que inhalar cada respiración húmeda, trémula.

—No la toquen.

Esos pasos se detuvieron.

No era una advertencia para protegerla. Para defenderla.

Conocía la voz que había hablado. Había temido escucharla.

Sintió que él se acercaba ahora. Sintió cada reverberación de las hojas, el musgo, las raíces. Como si la tierra misma se estremeciera ante él.

—Nadie la toque —dijo Eris—. En el momento en que lo hagamos, será nuestra responsabilidad.

Palabras frías, insensibles.

—Pero... pero clavaron un...

—Nadie la toque.

Clavaron.

Le habían puesto clavos en su interior.

La habían pinchado, inmovilizándola mientras gritaba, la habían inmovilizado mientras ella rugía, luego les suplicaba. Y después habían traído esos largos y brutales clavos de hierro. Y el martillo.

Tres de ellos.

Tres golpes del martillo, ahogados por sus gritos, por el dolor.

Ella empezó a temblar, odiándolo tanto como había odiado sus súplicas. Su cuerpo bramó en agonía, esos clavos en su abdomen

implacables.

Un rostro pálido, bello, apareció sobre ella, bloqueando las hojas como joyas de arriba. Frío. Impasible.

—Entiendo que no quieres vivir aquí, Morrigan.

Ella prefería morir aquí, desangrarse aquí. Preferiría morir y volver... volver como algo perverso y cruel, y destrozarlos a todos.

Él debe haberlo leído en sus ojos. Una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Eso pensé.

Eris se incorporó, volviéndose. Sus dedos se enredaron en las hojas y en el suelo arcilloso.

Deseó poder hacer crecer garras —garras como las que podía hacer crecer Rhys— y desgarrar esa pálida garganta. Pero ese no era su don. Su don... su don la había dejado aquí. Rota y sangrante.

Eris se alejó un paso.

Alguien detrás de él espetó:

—No podemos dejarla aquí...

—Podemos, y lo haremos —dijo Eris simplemente, con paso firme mientras se alejaba—. Ella eligió mancillarse; su familia eligió tratarla como basura. Ya les dije mi decisión en este asunto. —Una larga pausa, más cruel que el resto—. Y no estoy acostumbrado a recoger sobras ilirias.

Ella no pudo detenerlas, entonces. Las lágrimas que manaban, calientes y quemantes.

Sola. La dejarían aquí sola. Sus amigos no sabían dónde estaba. Ella misma apenas si sabía dónde estaba.

—Pero...

La voz que disentía volvió a irrumpir.

—Vete.

No hubo discusión después de eso.

Y cuando los pasos se esfumaron, y después desaparecieron, el silencio volvió.

El sol y el viento y las hojas.

La sangre y el hierro y el polvo bajo sus uñas.

El dolor.

Un sutil roce de la mano de Feyre contra la suya la sacó de allí, lejos de ese sangriento claro en la frontera de la Corte del Otoño.

Mor lanzó a su Suprema Dama una mirada agradecida, que Feyre ignoró sabiamente, volviendo a atender la conversación. En ningún momento había dejado de concentrarse en ella.

Feyre había caído en el rol de señora de esta horrible ciudad, con mucha más facilidad que ella misma. Ataviada con un centelleante manto de ónix, la diadema de cuarto creciente sobre su cabeza, su amiga se veía en todo como la imperiosa regente. Una parte de este sitio, tanto como las bestias serpentinas enroscadas, talladas y grabadas en todas partes. Que Kair, tal vez, había pintado un día para la propia Mor.

No el vestido rojo que usaba Mor, brillante y audaz, o las joyas de oro de sus muñecas, de sus orejas, centelleando como el sol aquí en la oscuridad.

—Si querías que esta pequeña reunión fuera privada —dijo Rhys con calma letal—, tal vez una junta pública no era el lugar más adecuado para ello.

Por cierto.

El Administrador de la Ciudad Tallada hizo un gesto con la mano.

—¿Por qué tendríamos que tener algo que ocultar? Después de la guerra, todos somos tan buenos amigos.

Ella con frecuencia soñaba con destriparlo. A veces con un cuchillo, a veces con sus propias manos desnudas.

—¿Y cómo le va a la Corte de tu padre, Eris? —una pregunta suave, aburrida de Feyre.

Sus ojos de color ámbar solo mostraban disgusto.

Un rugido llenó la cabeza de Mor ante esa mirada. Apenas si pudo escuchar la respuesta lenta. Ni la réplica de Rhys.

Alguna vez la había deleitado burlarse de Keir y esta corte, mantenerlos sobre ascuas. Demonios, incluso había quebrado unos pocos huesos del Administrador esta primavera... después de que Rhys hubiera dejado inútiles sus brazos. Le había gustado hacerlo, después de lo que Keir le había dicho a Feyre, y después le había encantado cuando su madre la había echado de sus habitaciones privadas. Una orden todavía válida. Pero desde el momento en que Eris había entrado en esa cámara del concejo, tantos meses atrás...

Tienes más de quinientos años, solía recordarse con frecuencia. Podía enfrentarlo, podía manejarlo mejor que esto.

No estoy acostumbrado a recoger sobras ilirias.

Incluso ahora, incluso después de que Azriel la hubiera encontrado en esos bosques, después de que Madja la había curado hasta que ningún rastro de esos clavos marcara su estómago... No tendría que haber venido aquí esta noche.

Su piel se puso tensa, su estómago se agitó. *Cobarde*.

Había enfrentado enemigos, luchado en muchas guerras, y sin embargo esto, estos dos varones juntos...

Mor sintió a Feyre ponerse tensa a su lado por algo que había dicho Eris.

Su Suprema Dama respondió a Eris:

—Tu padre tiene prohibido cruzar a las tierras humanas. —Ningún lugar para la concesión en ese tono, en el acero de los ojos de Feyre.

Eris solo se encogió de hombros.

—No creo que sea tu decisión.

Rhys deslizó las manos en sus bolsillos, el retrato de la gracia casual. Las sombras y la oscuridad punteada de estrellas que irradiaba hacía temblar la montaña bajo cada uno de sus pasos... esa era el verdadero rostro del Supremo Señor de la Corte de la Noche. El Supremo Señor más poderoso de la historia.

—Sugeriría recordarle a Beron que la expansión territorial no está en discusión. Para ninguna corte.

Eris no se alteró. Nada lo había perturbado nunca, nada lo había molestado. Mor lo había odiado desde el momento en que lo conoció... esa distancia, esa frialdad. Esa falta de interés o de sentimiento por el mundo.

—Entonces te sugeriría, Supremo Señor, que hables con tu querido amigo Tamlin al respecto.

—¿Por qué? —la pregunta de Feyre fue filosa como una espada.

La boca de Eris se curvó en una sonrisa de víbora.

—Porque el territorio de Tamlin es el único que limita con las tierras humanas. Creo que cualquiera que quiera expandirse tendría que pasar primero por la Corte de la Primavera. O al menos obtener su permiso.

Otra persona que mataría algún día. Si Feyre y Rhys no lo hacían primero.

No importaba lo que Tamlin había hecho en la guerra, si había llevado con él a Beron y las fuerzas humanas. Si había usado a Hybern.

Era otro día, otra mujer yaciendo en la tierra, que Mor no podía olvidar, que no podía perdonar.

Sin embargo, el rostro frío de Rhys se volvió contemplativo. Ella podía leer fácilmente la reticencia en sus ojos, el fastidio de que Eris le diera un dato, pero la información era información.

Mor miró a Keir y encontró que él la estaba mirando.

Salvo por su orden inicial al Administrador, ella no había dicho una sola palabra. Había contribuido a la reunión. Ayudado.

Podía verlo en los ojos de Keir. La satisfacción.

Di algo. Piensa en algo para decir. Algo para convertirlo en nada.

Pero Rhys consideró que ya habían terminado, entrelazó su brazo con el de Feyre y los guio a todos, mientras la montaña temblaba bajo sus pasos. Lo que le había dicho a Eris, Mor no tenía idea.

Patético. Cobarde y patético.

La verdad es tu don. La verdad es tu maldición.

Di algo.

Pero las palabras para golpear a su padre no vinieron.

Con su vestido rojo flotando detrás, Mor le volvió la espalda al satisfecho heredero del Otoño, y siguió a su Supremo Señor y Señora a través de la oscuridad, de regreso a la luz.



CAPÍTULO

7

Rhysand

—De veras que sabes dar regalos de Solsticio, Az.

Me alejé de la pared de ventanas de mi estudio privado de la Casa del Viento mientras Velaris se teñía con los matices de la mañana temprana.

Mi jefe de espías y hermano estaba al otro lado del enorme escritorio de roble, cuya superficie se encontraba cubierta por mapas y documentos que había presentado. Su expresión podría haber sido de piedra. Había sido así desde el momento que había golpeado las puertas dobles del estudio, justo después del alba. Como si hubiera sabido que el sueño había sido fútil para mí después de la advertencia poco sutil de Eris sobre Tamlin y sus fronteras.

Feyre no lo había mencionado cuando volvimos a casa. No parecía dispuesto a discutirlo: cómo manejar al Supremo Señor de la Primavera. Ella se había quedado dormida rápidamente, dejándome cavilar frente al fuego, en la sala.

No era raro que hubiera venido aquí antes del amanecer, ansioso porque el frío mordiente despejara el peso de la noche sin dormir que había pasado. Mis alas todavía estaban ateridas en algunos sitios después del vuelo.

—Querías información —dijo suavemente Az. A su lado, la empuñadura de obsidiana del Que Dice la Verdad parecía absorber los primeros rayos del sol.

Miré hacia arriba, recostándome contra el escritorio y haciendo un gesto hacia el material que él había compilado.

—¿No podías haber esperado hasta después del Solsticio para traerme esta gema en particular? —Miré el ilegible rostro de Azriel y agregué—: Ni te molestes en responder eso.

Una comisura de la boca de Azriel se plegó hacia arriba, las sombras a su alrededor se deslizaban sobre su cuello como tatuajes vivos, mellizos a los ilirios marcados debajo de sus cueros.

Sombras diferentes de todo lo que mis poderes podían convocar, podían hablar. Nacidas en una prisión sin luz y sin aire con el propósito de quebrarlo.

En cambio, él había aprendido su lenguaje.

Aunque los Sifones cobalto eran prueba de que su herencia iliria era cierta, ni siquiera la sabiduría de ese pueblo guerrero, *mi* pueblo guerrero, tenía una explicación acerca de la procedencia de los dones de cantasombras. Esos dones, por cierto, no estaban relacionados con los Sifones, con el descarnado poder de matar que casi todos los ilirios poseían y canalizaban a través de las piedras para evitar que destruyeran todo lo que estuviera en su camino. Incluyendo al portador.

Quitando los ojos de las piedras que él tenía en las manos, fruncí el ceño ante la pila de papeles que Az había presentado momentos atrás.

—¿Le has dicho a Cassian?

—Vine derecho hacia aquí —dijo Azriel—. De todos modos, llegará muy pronto.

Me mordí el labio mientras estudiaba el mapa del territorio de iliria.

—Hay más clanes de los que esperaba —admití, y envié una manada de sombras a través de la habitación para calmar el poder que ahora se agitaba, inquieto, en mis venas—. Incluso en mis peores cálculos.

—No son todos los miembros de estos clanes —dijo Az, el rostro sombrío en un intento de suavizar el golpe—. Este número general solo refleja los lugares en los que se está difundiendo el descontento, no donde están las mayorías. —Señaló con un dedo lleno de cicatrices uno de los campamentos—. Hay solo dos mujeres aquí que parecen estar lanzando veneno sobre la guerra. Una es una viuda, y la otra es la madre de un soldado.

—Donde hay humo, hay fuego —respondí.

Azriel estudió el mapa durante un largo minuto. Le permití el silencio, sabiendo que solo hablaría cuando estuviera completamente

listo. Cuando éramos niños, Cassian y yo habíamos dedicado horas a darle una paliza a Az, tratando de hacerlo hablar. Nunca se rindió.

—Los ilirios son una verdadera mierda —dijo con demasiada tranquilidad.

Abrí la boca y la cerré.

Las sombras se juntaron en torno de sus alas, saliendo de él y cayendo sobre la gruesa alfombra roja.

—¿Se entrenan y entrenan como guerreros, y cuando no vuelven a casa sus familias nos convierten a nosotros en villanos por mandarlos a la guerra?

—Sus familias perdieron algo irremplazable —dije cuidadosamente.

Azriel agitó una mano llena de cicatrices, su Sifón cobalto centelleaba con el movimiento mientras sus dedos cortaban el aire.

—Son hipócritas.

—¿Y qué querrías que hiciera, entonces? ¿Desbandar el mayor ejército de Prythian?

Az no respondió.

No obstante, le sostuve la mirada. Le sostuve esa mirada fría como el hielo que aún a veces me hacía morir de miedo. Había visto lo que les había hecho a sus medio hermanos siglos atrás. Todavía soñaba con eso. El acto mismo no era lo que persistía. Cada parte de él había sido merecida. Cada condenada parte.

Pero era el helado precipicio en el que Az había caído el que a veces se alzaba del pozo de mi memoria.

El principio de esa escarcha crujió sobre sus ojos ahora. Entonces dije con calma, aunque dejando poco lugar a la argumentación.

—No voy a desbandar a los ilirios. De todos modos, no tienen dónde ir. Y si intentamos sacarlos de esas montañas, podrían lanzar precisamente el mismo ataque que intentamos desactivar.

Az no dijo nada.

—Pero tal vez es más urgente —continué, golpeando con un dedo el extenso continente—, el hecho de que las reinas humanas no hayan regresado a sus propios territorios. Se demoran en ese palacio conjuntos. Más allá, el populacho de Hybern no está demasiado encantado de haber perdido esta guerra. Y, con el muro desaparecido, ¿quién sabe qué otros territorios Fae pueden intentar tomar tierras humanas? —Mi mandíbula se tensó con esa última pregunta—. Esta paz es tenue.

—Lo sé —dijo Az, finalmente.

—Así que podríamos volver a necesitar a los ilirios antes de que se termine. Necesitarlos dispuestos a derramar sangre.

Feyre sabía. Yo la había estado informando de cada reporte y reunión. Pero este último...

—Mantendremos vigilados a los disidentes —finalicé, permitiendo que Az sintiera un rumor del poder que rondaba en mi interior, dejando que *sintiera* que yo decía en serio cada palabra—. Cassian sabe que está creciendo en los campamentos y está dispuesto a hacer lo necesario para arreglarlo.

—No sabe cuántos son.

—Y tal vez debemos esperar para decirle. Hasta después de las fiestas. —Az parpadeó. Le expliqué tranquilamente—. Tendrá mucho que enfrentar. Dejémoslo disfrutar el feriado mientras pueda.

Az y yo nos ocupamos de no mencionar a Nesta. No entre ambos, y por cierto no delante de Cassian. Yo ni siquiera me permitía contemplarlo. Tampoco Mor, dado su inusual silencio sobre el asunto desde que la guerra había terminado.

—Se enojará con nosotros por ocultárselo.

—Ya sospecha mucho, así que en este punto no es más que una confirmación.

Az pasó un dedo por la empuñadura negra del que Dice la Verdad, las runas plateadas sobre la oscura vaina centelleaban bajo la luz.

—¿Y qué pasa con las reinas humanas?

—Las seguimos vigilando. *Tú* las sigues vigilando.

—Vassa y Jurian todavía están con Graysen. ¿Las incluimos?

Una extraña reunión, allá en las tierras humanas. Con ninguna reina que hubiera sido designada para la franja de territorio de la base de Prythian. Solo un concejo de ricos señores y mercaderes, y Jurian de alguna manera había irrumpido para conducir. Usando la propiedad familiar de Graysen como sede de comando.

Y Vassa... ella había permanecido. Su *guardián* le había concedido una prórroga de su maldición... el hechizo que la convertía en pájaro de fuego durante el día y mujer por la noche. Y que la ataba a su lago en lo profundo del continente.

Nunca había visto un hechizo así. Le había enviado mi poder, también Helion, buscando cualquier vía posible para desatarlo. No había sido posible. Era como si la maldición estuviera tejida en su propia sangre.

Pero la libertad de Vassa terminaría. Lucien lo había dicho muchos meses atrás, y aún la visitaba con suficiente frecuencia, pero yo no sabía que algo hubiera mejorado en ese aspecto. Ella debía volver al lago, al señor hechicero que la mantenía prisionera, vendida a él por las mismas reinas que otra vez se habían reunido en su castillo conjunto. Antes era también el castillo de Vassa.

—Vassa sabe que las Reinas del Reino serán una amenaza hasta que se las enfrente —dije, finalmente. Otro bocadillo especial que Lucien nos había dicho. Bien, al menos a Az y a mí—. Pero a menos que las reinas traspasen los límites, no nos corresponde enfrentarlas. Si interferimos, aunque sea para impedirles que desaten otra guerra, seremos vistos como conquistadores, no como héroes. Necesitamos que los humanos de otros territorios confíen en nosotros, si es que tenemos la esperanza de lograr una paz duradera.

—Entonces tal vez Jurian y Vassa deban enfrentarlas. Mientras Vassa sea libre de hacerlo.

Lo pensé. Feyre y yo lo habíamos discutido casi toda la noche. Varias veces.

—Hay que dar a los humanos una alternativa de gobernarse. Decidir por ellos. Incluso a nuestros aliados.

—Envía a Lucien, entonces. Como nuestro emisario humano.

Estudí la tensión en los hombros de Azriel, las sombras velando la mitad de él de la luz del sol.

—Lucien no está en este momento.

Az enarcó las cejas.

—¿Dónde está?

Le hice un guiño.

—Eres mi jefe de espías, ¿no deberías saberlo?

Az cruzó los brazos, su rostro tan elegante y frío como la legendaria daga que estaba a su lado.

—No me ocupo de vigilar sus movimientos.

—¿Por qué?

Ni un gramo de emoción.

—Es la pareja de Elain.

Esperé.

—Seguirlo sería una invasión de la intimidad de ella.

Saber cuándo Lucien la buscaba, si la buscaba. Qué hacían juntos.

—¿Estás seguro de eso? —le pregunté suavemente.

Los Sifones de Azriel parpadearon, las piedras se hicieron tan oscuras y premonitorias como el más profundo mar.

—¿Dónde fue Lucien?

Me incorporé ante las palabras. Pero dije, arrastrando la voz:

—Fue a la Corte de la Primavera. Estará allí para el Solsticio.

—Tamlin lo echó la última vez.

—Lo hizo. Pero lo invitó para esta fiesta. —Probablemente porque Tamlin se dio cuenta que pasaría la fiesta solo en esa casa solariega. O en lo que quedara de ella.

No sentía lástima al respecto.

No cuando aún podía sentir el absoluto terror de Feyre cuando Tamlin irrumpió en el estudio. Cuando la encerró en esa casa.

También Lucien le había permitido hacerlo. Pero yo había hecho la paz con él. O había tratado de hacerla.

Con Tamlin, las cosas eran más complicadas. Más complicadas de lo que yo mismo usualmente me permitía.

Él todavía estaba enamorado de Feyre. No podía culparlo de eso. Aun cuando me hiciera desear desgarrarle la garganta.

Dejé de lado la idea.

—Hablaré de Vassa y Julian con Lucien cuando él vuelva. Veré si está dispuesto a otra visita —torcí la cabeza—. ¿Crees que puede manejar estar cerca de Graysen?

El rostro sin expresión de Az era precisamente la razón por la que nunca perdía cuando jugábamos a las cartas.

—¿Por qué debería ser yo el juez de eso?

—¿Quieres decir que no estabas mintiendo cuando dijiste que no vigilabas cada movimiento de Lucien?

Nada. Absolutamente nada en ese rostro, en su olor. Las sombras, estuvieran donde estuvieran, lo ocultaban demasiado bien. Demasiado. Azriel solo dijo fríamente:

—Si Lucien mata a Graysen, que le vaya bien.

Yo tendía a estar de acuerdo. Igual que Feyre... y Nesta.

—Estoy tentado a darle a Nesta derechos de cacería para el Solsticio.

—¿Lo piensas como un regalo?

No. Algo así.

—Pensé que costear su departamento y la bebida era suficiente regalo.

Az se pasó una mano por el pelo oscuro.

—¿Se supone que...? —Era inusual para él vacilar con las palabras—. ¿Se supone que les daremos regalos a las hermanas?

—No —dije, y era en serio. Az pareció exhalar un suspiro de alivio. Pareció, ya que ni una ráfaga de aire pasó entre sus labios—. No creo que a Nesta le importe, y no creo que Elain espere recibir nada de nosotros. Dejaré que las hermanas intercambien presentes entre ellas.

Az asintió de manera distante.

Hice tamborilear los dedos sobre el mapa, justo encima de la Corte de la Primavera.

—Puedo decírselo a Lucien yo mismo, en uno o dos días. Sobre ir a la casa solariega de Graysen.

Azriel arqueó una ceja.

—¿Te refieres a visitar la Corte del Verano?

Me hubiera gustado poder decir otra cosa. Pero en cambio le dije lo que Eris había sugerido: que a Tamlin tal vez no le importara reforzar sus límites con el reino humano o que tal vez quisiera permitir que cualquiera los traspusiera. Dudaba que pudiera tener una noche de descanso decente hasta que no lo descubriera por mí mismo.

Cuando terminé, Az quitó una invisible mota de polvo de las escamas de cuero de su manopla. El único signo de su molestia.

—Puedo ir contigo.

Yo meneé la cabeza.

—Es mejor que lo haga yo solo.

—¿Hablas de ver a Lucien o a Tamlin?

—A los dos.

A Lucien podía soportarlo. A Tamlin... tal vez no quería ningún testigo de lo que podía decirse. O hacerse.

—¿Le pedirás a Feyre que te acompañe? —Una mirada a los ojos de color avellana de Azriel me hizo saber que él era consciente de mis motivos para ir solo.

—Le preguntaré en unas pocas horas —dije—, pero dudo de que ella quiera venir. Y dudo de que intente todo lo posible para convencerla de que cambie de opinión.

Paz. Teníamos la paz a nuestro alcance. Y, sin embargo, había deudas sin pagar que yo no podía dejar así.

Az asintió. Siempre era el que mejor me entendía... más que los demás. Salvo mi pareja. Si era porque sus dones le permitían hacerlo, o

tan solo por el hecho de que él y yo éramos más semejantes de lo que todos suponían, nunca lo supe.

Pero Azriel sabía una o dos cosas acerca de las viejas cuentas por saldar. Desequilibrios que debían resolverse.

Lo mismo ocurría con casi todos los de mi círculo íntimo, supuse.

—Ni una palabra sobre Bryaxis, supongo. —Miré el mármol bajo mis botas, como si pudiera ver todo el camino hasta la biblioteca bajo esta montaña y los ahora vacíos niveles inferiores que antes habían estado ocupados.

Az también estudió el suelo.

—Ni un susurro. O un grito, da lo mismo.

Me reí. Mi hermano tenía un sentido del humor sutil y malicioso. Había planeado rastrear a Bryaxis durante meses... permitir que Feyre rastreara la entidad que, por falta de una mejor explicación, parecía ser el miedo mismo. Pero, como ocurría con muchos de mis planes para mi pareja, regir esta corte e imaginar el mundo que estaba más allá había interferido.

—¿Quieres que yo lo busque? —una pregunta sencilla, directa.

Hice un gesto con la mano, mi banda de pareja brilló bajo la luz matinal. Que no haya oído nada de Feyre me decía que aún dormía. Y, por tentador que fuera despertarla solo para oír el sonido de su voz, sentía poco deseo de que me clavara las bolas contra la pared por perturbar su sueño.

—Deja que Bryaxis también disfrute el Solsticio —dije.

Una extraña sonrisa torció la boca de Az.

—Generoso de tu parte.

Incliné la cabeza dramáticamente, el retrato de la magnanimidad real, y me dejé caer en la silla antes de apoyar los pies sobre el escritorio.

—¿Cuándo te marchas a Rosehall?

—La mañana después del Solsticio —respondió, volviéndose hacia la centelleante extensión de Velaris. Hizo un leve gesto de dolor—. Todavía debo hacer algunas compras antes de irme.

Le ofrecí a mi hermano una sonrisa sesgada.

—Cómprale a ella algo de mi parte, ¿quieres? Y esta vez, ponlo en mi cuenta.

Sabía que Az no lo haría, pero de todas maneras asintió.



CAPÍTULO 8 Cassian

Se avecinaba una tormenta.

Justo a tiempo para el Solsticio. No llegaría hasta dentro de uno o dos días, pero Cassian podía olerla en el viento. En el campamento del Refugio del Viento también podían olerla, la usual oleada de actividad ahora se había convertido en un ágil y eficaz tamborileo. Casas y tiendas revisadas, guisos y asados en plena preparación, gente que partía o llegaba más temprano de lo esperado para evitar la tormenta.

Cassian le había dado a las jóvenes el día libre a causa de ella. Había ordenado que todos los entrenamientos y ejercicios, de los varones incluidos, fueran postergados hasta después de la tormenta. Las patrullas limitadas seguían saliendo, solo formadas por los más capacitados y ansiosos de probarse contra los vientos, seguramente brutales, y las temperaturas heladas. Aun durante una tormenta, los enemigos podían atacar.

Si la tormenta era tan grande como él percibía que sería, este campamento quedaría sepultado bajo la nieve durante varios días.

Por eso, se preparaba de pie en el pequeño centro de artesanos del campamento, más allá de las tiendas y el puñado de casas permanentes. Solo unas pocas tiendas ocupaban ambos lados del camino sin pavimentar, usualmente una huella de tierra en los meses más cálidos. Solo quedaban una tienda de ramos generales, que ya había colocado un

cartel de vendido, dos herreros, un remendón, un tallador de madera y un sastre.

El edificio de madera del sastre era relativamente nuevo. Al menos según los estándares ilirios... tal vez unos diez años de antigüedad. Encima de la tienda del primer piso, parecía haber habitaciones ocupadas, se veían lámparas que brillaban intensamente dentro. Y, en el escaparate de la tienda, exactamente lo que él había venido a buscar.

Una campana en lo alto de la puerta de vitral tintineó cuando Cassian entró, apretando sus alas fuertemente aun con el vano más ancho de lo usual. El calor lo golpeó, bienvenido y delicioso, y rápidamente cerró la puerta a sus espaldas.

La delgada mujer joven detrás del mostrador de pino ya estaba de pie, inmóvil. Observándolo.

Cassian advirtió primero las cicatrices en sus alas. Las cuidadosas cicatrices brutales a lo largo de los tendones centrales.

Sintió náuseas, aun mientras ofrecía una sonrisa y caminaba hacia el pulido mostrador. Mutilada. Había sido mutilada.

—Estoy buscando a Proteus —dijo, mirando los ojos pardos de la mujer. Agudos e inteligentes. Sorprendida por su presencia, pero sin miedo. Su pelo oscuro estaba simplemente trenzado, y ofrecía una clara vista de la piel morena y del rostro angosto y anguloso. No un rostro bello, pero sí notable. Interesante. No bajó los ojos, no a la manera en que las mujeres ilirias habían sido entrenadas y les habían ordenado hacer. No, aun con las cicatrices de mutilación que probaban que las costumbres tradicionales funcionaban brutal y profundamente en su familia, ella le sostuvo la mirada. Esa mirada le recordaba a Nesta. Franca y perturbadora.

—Proteus era mi padre —dijo ella, desatando su delantal blanco para revelar un simple vestido marrón antes de emerger de atrás del mostrador. *Era*.

—Lo siento —dijo él.

—No volvió a casa de la guerra.

Cassian evitó que se le cayera el mentón.

—Lo lamento aún más, entonces.

—¿Por qué habrías de lamentarlo? —una pregunta fría, desinteresada. Extendió una mano delgada—. Soy Emerie. Esta es mi tienda ahora.

Para establecer un límite. Y un límite inusual. Cassian estrechó la mano de ella, sin sorprenderse al sentir su apretón fuerte y determinado.

Había conocido a Proteus. Se había sorprendido cuando el varón se había unido a las filas durante la guerra. Cassian sabía que había tenido solo una hija. Tampoco tenía ningún pariente varón. Con su muerte, la tienda hubiera pasado a uno de ellos. Pero para que su hija interviniera, para insistir que esta tienda era *suya*, y seguir manejándola... examinó el espacio pequeño y ordenado.

Miró a través del escaparate frontal a la tienda al otro lado de la calle, la del cartel de vendido.

La mercadería llenaba la tienda de Emerie. Como si acabara de recibir un envío. O como si nadie se hubiera molestado en entrar. Nunca.

Para que Proteo fuera propietario y hubiera construido este lugar, en un campamento donde la idea de tener una tienda solo había empezado en los últimos cincuenta años o algo así, significaba que había tenido una buena cantidad de dinero. Tal vez suficiente para que Emerie pudiera mantenerla. Pero no para siempre.

—Por cierto, parece que es tu tienda —dijo él al fin, volviendo a concentrar su atención en ella. Emerie se había apartado algunos pasos, la espalda derecha, el mentón erguido.

Él también había visto a Nesta en esa pose en particular. La llamaba la pose de *mataré a mis enemigos*.

A esa altura Cassian había bautizado unas dos docenas de poses de Nesta. Iban desde *te comeré los ojos para el desayuno* hasta *no quiero que Cassian sepa que estoy leyendo cochinadas*. Esta última era su favorita en particular.

Suprimiendo su sonrisa, Cassian señaló con un gesto las bonitas pilas de guantes forrados en lana de oveja y las gruesas bufandas que adornaban el escaparate.

—Me llevaré todas las cosas de invierno que tengas.

Sus cejas oscuras se enarcaron.

—¿De veras?

Él metió una mano en el bolsillo de sus cueros para extraer su monedero y se las extendió a ella.

—Esto debería cubrir todo.

Emerie sopesó el pequeño monedero de cuero en su palma.

—No necesito caridad.

—Entonces saca lo que sea el costo de tus guantes y botas y bufandas y abrigos y devuélveme el resto.

Ella no respondió antes de lanzar el monedero sobre el mostrador y dirigirse al escaparate. Todo lo que él había pedido lo dispuso sobre el mostrador en ordenadas pilas, incluso fue a la trastienda, de donde emergió con más cosas. Hasta que no hubo ni un poquito de espacio sobre el pulido mostrador, no se oyó el tintineo de las monedas.

Sin palabras, le devolvió el monedero. Él no mencionó que ella era una de las pocas ilirias que habían aceptado su dinero. Casi todas habían escupido sobre él o lo habían arrojado al suelo. Incluso después de que Rhys se había convertido en Supremo Señor.

Emerie examinó las pilas de artículos invernales sobre el mostrador.

—¿Quieres que busque algunas bolsas y cajas?

Él meneó la cabeza.

—No será necesario.

Ella volvió a enarcar sus cejas oscuras.

Cassian abrió su monedero y puso tres pesadas monedas sobre el único espacio vacío que pudo encontrar en el mostrador.

—Por el costo de la entrega.

—¿A quién? —lo espetó Emerie.

—Vives sobre la tienda, ¿verdad? —ella asintió con un lacónico gesto—. Entonces supongo que sabes suficiente sobre este campamento y sobre quién tiene mucho y quién tiene nada. Habrá una tormenta en unos días. Querría que distribuyeras estas cosas entre aquellos que vayan a sentir su impacto con mayor intensidad.

Ella parpadeó y él advirtió que lo estaba reevaluando. Emerie estudió los artículos apilados.

—Ellos... no les gusto a muchos de ellos —dijo, más suavemente que cualquier cosa que hubiera dicho antes.

—Tampoco yo les gusto. Estás en buena compañía.

Un gesto reticente mostraron sus labios. No llegaba a una sonrisa. De hecho, no con un varón al que no conocía.

—Considéralo buena publicidad para esta tienda —continuó él—. Diles que es un regalo de su Supremo Señor.

—¿Por qué no tuyo?

Él no quería contestar eso. No hoy.

—Mejor dejarme fuera del asunto.

Emerie lo midió por un momento, después asintió.

—Me aseguraré de que esto haya sido entregado a los que más lo necesitan antes de la caída del sol.

Cassian inclinó la cabeza para agradecer y se encaminó hacia la puerta de vidrio. La puerta y las ventanas de este edificio probablemente habían costado más de lo que casi todos los ilirios podrían afrontar en años.

Proteus había sido un hombre rico... un buen hombre de negocios. Y un guerrero decente. Para haber arriesgado todo eso por ir a la guerra, debía haber poseído algo de orgullo.

Pero las cicatrices en las alas de Emerie, la prueba de que nunca más volvería a saborear el viento...

La mitad de él deseaba que Proteus aún estuviera vivo. Si fuera así, al menos podría matar por sí mismo al varón.

Cassian buscó el picaporte de bronce, el metal frío contra su palma.

—Lord Cassian.

Miró por encima del hombro al sitio en que Emerie aún se encontraba, detrás del mostrador. No se molestó en corregirla, en decirle que nunca aceptaría usar *lord* antes de su nombre.

—Feliz Solsticio —dijo ella lacónicamente.

Cassian le dedicó una sonrisa.

—También para ti. Avisa si tienes algún problema con las entregas.

Ella levantó su estrecho mentón.

—Estoy segura de que no lo necesitaré.

Había fuego en esas palabras. Emerie obligaría a las familias a que aceptaran la ayuda. La quisieran o no.

Él había visto ese fuego antes... y el acero. Se preguntó a medias qué podría ocurrir si ambas cosas se encontraran. Qué podría salir de eso.

Cassian se abrió paso fuera de la tienda y entró en el día helado mientras la campana tintineaba a sus espaldas. Un heraldo de la tormenta que vendría.

No solo de la tormenta que se acercaba volando a estas montañas.

Tal vez una que había estado preparándose durante mucho, mucho tiempo.



CAPÍTULO

9

Feyre

No tendría que haber cenado. Esa era la idea que caía a través de mi cabeza mientras me acercaba al estudio que ocupaba Ressina. La oscuridad era plena sobre mi cabeza. Vi las luces que se derramaban en la calle escarchada, mezclándose con el brillo de las lámparas.

A esta hora, tres días antes del Solsticio, estaba atestado de compradores... no tan solo de residentes del barrio, sino de aquellos que venían del otro lado de la ciudad y del campo. Tantos Altos Fae y hadas, muchos de esta última clase que nunca había visto antes. Pero todos sonrientes, todos parecían centellear con júbilo y buena voluntad. Era imposible no sentir el rumor de esa energía bajo mi piel, pese a que mis nervios amenazaban con enviarme volando a casa, viento helado o no.

Había traído una bolsa llena de provisiones, una lona calzada bajo mi brazo, insegura de si nos darían algo o si sería grosero ir al estudio de Ressina y parecer que *esperaba* que me dieran esas cosas. Había caminado desde la casa de la ciudad, sin querer cargar con tantas cosas, y sin querer arriesgarme a perder la lona en la fuerza del intenso viento si volaba.

Mantenerme cálida y protegerme del viento mientras aún *volaba* era algo que aún tenía que dominar, a pesar de mis ocasionales lecciones con Rhys o Azriel, y con peso adicional en mis brazos, más el frío... No sabía cómo lo hacían los ilirios, allá en sus montañas, donde hacía frío todo el año.

Tal vez lo descubriría muy pronto, si las protestas y el descontento se extendían por los campamentos de guerra.

No era el momento de pensar en eso. Mi estómago ya estaba suficientemente incómodo.

Me detuve a una casa de distancia del estudio de Ressina, con mis palmas sudando dentro de los guantes.

Nunca antes había pintado con un grupo. Rara vez me gustaba compartir mis pinturas con alguien.

Y esta primera vez de vuelta frente a un lienzo, insegura de lo que podría derramarse de mi interior...

Un tirón en el vínculo.

¿Todo bien?

Una pregunta casual, suave, la cadencia de la voz de Rhys calmando los temblores de mis nervios.

Me había dicho dónde planeaba ir mañana. Qué planeaba investigar.

Me había preguntado si me gustaría ir con él.

Yo había dicho que no.

Podía deberle a Tamlin la vida de mi pareja, podía haberle dicho a Tamlin que le deseaba paz y felicidad, pero no quería verlo. Hablar con él. Tratar con él. No durante largo tiempo. Tal vez para siempre.

Tal vez era por eso, porque me sentía peor después de rechazar la invitación de Rhys que cuando me lo pidió, que me había aventurado en el Arcoíris esta noche.

Pero ahora, frente al estudio comunitario de Ressina, escuchando las risas de ella y de otros que se habían reunido para su pintura semanal, mi determinación flaqueó.

No sé si puedo hacer esto.

Rhys se calló por un momento. *¿Quieres que vaya contigo?*

¿A pintar?

Sería un excelente modelo para un desnudo.

Sonreí, sin que me importara estar en la calle con incontables personas caminando a mi lado. De todos modos, mi capucha ocultaba casi toda mi cara. *Me perdonarás si no me siento como para compartir la gloria que serías tú con cualquier otro.*

Tal vez modele para ti más tarde, entonces. Una sensual pincelada en el vínculo me calentó la sangre. *Hace un tiempo desde la última vez que involucramos la pintura.*

Esa cabaña y la mesa de la cocina centellearon en mi mente y la boca se me secó un poco. *Canalla.*

Una risita. *Si quieres entrar, entra. Si no quieres, no lo hagas. Es tu decisión.*

Fruncí el ceño al lienzo que sostenía bajo un brazo, la caja de pinturas apretada en la otra mano. Fruncí el ceño hacia el estudio situado a quince metros de distancia, las sombras densas entre yo misma y ese dorado derrame de luz.

Sé lo que quiero hacer.

* * *

Nadie me advirtió cuando me aventuré en la galería clausurada y el espacio de estudios calle abajo.

Y con los tablones sobre las ventanas, nadie advirtió las bolas de luz hada que encendí y puse flotando en el aire con una suave brisa.

Por supuesto, con los talones sobre las ventanas vacías, y ningún ocupante durante meses, la habitación principal estaba helada. Tan fría que dejé mis suministros y salté sobre los dedos de mis pies mientras examinaba el espacio.

Probablemente había sido adorable antes del ataque: una enorme ventana daba al sur, dejando entrar infinita luz del sol, y claraboyas — también tapiadas— colmaban el techo abovedado. La galería al frente tenía tal vez diez metros de ancho, quince de largo, con un mostrador sobre una pared a mitad de camino, y una puerta que daba a lo que debía de ser el estudio o el depósito. Un rápido examen me dijo que tenía razón a medias: el depósito estaba atrás, pero allí no había luz natural para pintar. Tan solo angostas ventanas por encima de una fila de fregaderos agrietados, unos pocos mostradores de metal todavía manchados con pintura, y viejos artículos de limpieza.

Y pintura. No pintura en sí misma, sino el *olor* a pintura.

Respiré hondo, sintiendo que el olor se asentaba en mis huesos, y dejando que también se asentara en mí la quietud de ese espacio.

La galería del frente también había sido su estudio. Polina debía haber pintado mientras conversaba con los clientes que miraban las obras de arte colgadas, cuyos contornos yo apenas si podía distinguir contra las

paredes blancas. Los suelos eran de piedra gris, con astillas de vidrio destrozado que aún brillaban entre las grietas.

No quería hacer esta primera pintura frente a otros.

Apenas si podía hacerla frente a mí misma.

Bastaba para alejar cualquier culpa causada por ignorar el ofrecimiento de Ressina de unirme a ella. Yo no le había hecho ninguna promesa.

Así que hice que mi llama empezara a calentar el espacio, poniendo algunas bolitas de ella flotando a lo largo de toda la galería. Iluminándola más. Entibiándola de regreso a la vida.

Después fui a buscar un taburete.



CAPÍTULO

10

Feyre

Pinté y pinté y pinté.

Mi corazón retumbó todo el tiempo, constante como un tambor de guerra.

Pinté hasta que la espalda se me acalabró y el estómago gruñó con pedidos de cocoa caliente y postre.

Había sabido qué debía salir de mí en el momento en que me trepé al ruinoso taburete que había traído del depósito después de desempolvarlo.

Apenas había podido mantener el pincel suficientemente firme para hacer los primeros trazos. De miedo, sí. Era suficientemente honesta conmigo misma como para admitirlo.

Pero también al desatarla, como si yo fuera un caballo de carrera liberado de mi corral, la imagen de mi mente era el estallido de una visión a la que me costó seguirle el paso.

Pero empezó a emerger. Empezó a cobrar forma.

Y después, la siguió una suerte de quietud, como si fuera una capa de nieve cubriendo la tierra. Disipando lo que había debajo.

Más limpia, más calma que cualquiera de las horas que había pasado reconstruyendo esta ciudad. Igualmente satisfactoria, sí, pero la pintura, la liberación y poder enfrentarla, fue un alivio. El primer punto que cerraba una herida.

Las campanas de las torres de Velaris cantaron doce antes de que me detuviera. Antes de que bajara el pincel y mirara lo que había creado.

Que mirara fijo a lo que me devolvía la mirada. Yo.

O cómo había sido en el Ouroboros, esa bestia de escamas y garras y oscuridad; furia y alegría y frío. Todo yo. Lo que acechaba debajo de mi piel.

No había huido de eso. Y no huía ahora.

Sí... el primer punto que cerraba una herida. Así se sentía.

Con el pincel colgando entre mis rodillas, con esa bestia para siempre sobre la tela, mi cuerpo quedó un poco flojo. Sin huesos.

Observé la galería, la calle detrás de las ventanas tapiadas. Nadie había venido a preguntar por las luces en las horas en que yo había estado aquí.

Finalmente, me puse de pie, gruñendo mientras me estiraba. No podía llevármela conmigo. La pintura debía secarse, y el húmedo aire nocturno del río y del distante mar sería terrible para ella.

Por cierto, no pensaba llevármela a la casa de la ciudad para que alguien la viera. Ni siquiera Rhys.

Pero aquí... nadie sabría, si es que alguien entraba, quién la había pintado. No la había firmado. No quería hacerlo.

Podría dejarla aquí para que se secara toda la noche y volver mañana, con seguridad encontraría algún armario en la Casa del Viento donde pudiera ocultarla después.

Mañana, entonces. Regresaría mañana para reclamarla.



CAPÍTULO

11

Rhysand

Era primavera, y sin embargo, no lo era.

No era la tierra por la que había vagado durante los siglos pasados, ni siquiera la que había visitado casi un año atrás.

El sol era tibio, el día era claro, las distantes bayas silvestres y las lilas eternamente florecidas.

Distantes... porque en el estado, nada en absoluto florecía.

Las rosas rosadas que alguna vez habían trepado los muros de piedra pálida de la gran casa solariega no eran más que enmarañadas redes de espinas. Las fuentes se habían secado, los setos estaban sin cortar e informes.

La casa misma se había visto mejor el día después que los compinches de Amarantha la habían arruinado.

No por ningún signo visible de destrucción, sino por el silencio general. La falta de vida.

Las grandes puertas de roble se veían innegablemente peores. Marcas profundas y largas de garras estaban marcadas de arriba abajo.

De pie en el último escalón de la escalera de mármol que conducía a esas puertas del frente, examiné los brutales tajos. Apostaba que Tamlin los había infligido después de que Feyre lo había engañado.

Pero el temperamento de Tamlin siempre había sido su perdición. Cualquier mal día podría haber producido esas marcas como heridas.

Tal vez hoy produciría más de ellas.

Fue fácil convocar la risa de suficiencia. Igual que la postura casual, con una mano en el bolsillo de mi chaqueta negra, sin alas ni cueros ilirios a la vista, cuando golpeé las puertas arruinadas.

Silencio.

Después...

El propio Tamlin respondió a la puerta.

No supe bien en qué fijarme: si en el varón demacrado que estaba ante mí o en la oscura casa detrás de él.

Una marca fácil. Una marca demasiado fácil, burlarse de las ropas antes refinadas, desesperadas por un lavado. Desgreñado y necesitaba un corte. La vacía casa solariega, sin un criado a la vista, sin ninguna decoración por el Solsticio.

Los ojos verdes que se cruzaron con los míos tampoco eran aquellos a los que estaba acostumbrado. Hostigados y sombríos. Sin una chispa.

Sería cuestión de minutos estudiarlo, en cuerpo y alma. Terminar lo que indudablemente empezó aquel día en que Feyre había llegado silenciosamente a su boda, y yo también había ido.

Pero... paz. Nuestra perspectiva era la paz.

Yo podría destruirlo después de que la alcanzáramos.

—Lucien dijo que vendrías —dijo Tamlin a manera de saludo, con la voz tan chata y sin vida como sus ojos, y una mano aún aferrada a la puerta.

—Raro, creí que su pareja era la vidente.

Tamlin solo me miró fijo, ignorando mi sentido del humor o sin entenderlo.

—¿Qué quieres?

Ni un susurro ni un sonido a sus espaldas. Ni en ningún acre de su propiedad. Ni siquiera el canto de un pájaro.

—He venido a tener una pequeña charla —le expliqué, con una media sonrisa que, sabía, lo haría ver todo rojo—. ¿Puedo molestarte con una taza de té?

* * *

Las alas estaban sombrías, las cortinas bordadas corridas.

Una tumba.

Este lugar era una tumba.

Con cada paso hacia lo que una vez había sido la biblioteca, el polvo y el silencio se apiñaban.

Tamlin no habló, no dio ninguna explicación por la casa vacía. Por las habitaciones que pasábamos, algunas de las puertas talladas suficientemente rotas para que yo pudiera ver la destrucción.

Muebles destruidos, pinturas despedazadas, paredes agrietadas.

Lucien no había venido acá para reconciliarse durante el Solsticio, advertí cuando Tamlin abrió la puerta de la biblioteca a oscuras.

Lucien había venido aquí por lástima. Por piedad.

Mi vista se ajustó a la oscuridad antes de que Tamlin agitara una mano, encendiendo las luces Fae en sus cuencos de cristal.

Todavía no había destruido esta habitación. Probablemente me había llevado al único cuarto de la casa que tenía muebles utilizables.

Mantuve la boca cerrada mientras caminamos hacia un gran escritorio en el centro del espacio. Tamlin ocupó una ornamentada silla acolchada en un extremo. Lo único que tenía en este momento que se parecía a un trono. Yo me acomodé en el sillón que hacía juego y que estaba frente a él, la madera pálida emitió un gruñido de protesta. El conjunto probablemente estaba destinado a acomodar cortesanos superficiales, no a dos guerreros de gran tamaño.

Cayó el silencio, tan denso como la vacuidad de esta casa.

—Si has venido a regodearte, puedes ahorrarte el esfuerzo.

Me llevé una mano al pecho.

—¿Por qué me molestaría?

Nada de sentido del humor.

—¿De qué querías hablar?

Di un buen espectáculo revisando los libros, el cielorraso abovedado, pintado.

—¿Dónde está mi querido amigo Lucien?

—Salió a cazar para la cena.

—¿Ya no tienes gusto por esas cosas?

Los ojos de Tamlin permanecieron opacos.

—Se marchó antes de que me despertara.

Cazar para la cena... porque aquí no había criados para preparar la comida. O para comprarla.

No podría decir que me sentí mal por él.

Solo por Lucien, que una vez más padecía por ser su camarada.

Crucé el tobillo sobre la rodilla y me recosté en la silla.

—¿Qué es esto que me han dicho sobre que no estás reforzando tus fronteras?

Un instante de silencio. Después Tamlin hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Ves algún centinela que pueda hacerlo?

Hasta ellos lo habían abandonado. Interesante.

—Feyre hizo meticulosamente su trabajo, ¿no es cierto?

Vi un resplandor de dientes blancos, un centelleo de luz en sus ojos.

—Con tus instrucciones, no tengo dudas.

Sonreí.

—Oh, no. Fueron todas cosas de ella. Es lista, ¿verdad?

Tamlin aferró el apoyabrazos curvado de su silla.

—Pensé que el Supremo Señor de la Corte de la Noche no se molestaría en alardear.

No sonreí cuando repliqué:

—Supongo que crees que debería agradecerte por dedicarte a asistirme y revivirme.

—No tengo ilusiones de que el día que me agradezcas algo, Rhysand, será el día que los fuegos ardientes del infierno se enfríen.

—Poético.

Se oyó un grave gruñido.

Demasiado fácil. Era demasiado fácil provocarlo, irritarlo. Y aunque recordaba el muro, la paz que necesitábamos, dije:

—Salvaste la vida de mi pareja en varias ocasiones. Siempre te agradeceré eso.

Sé que las palabras dieron en el blanco. *Mi pareja.*

Bajo. Era un golpe bajo. Yo lo tenía todo... *todo* lo que había anhelado, lo que había soñado, lo que había rogado a las estrellas que me concedieran.

Él no tenía nada. Le habían dado todo y lo había malgastado. No merecía mi lástima, mi compasión.

No, Tamlin merecía lo que se había conseguido, esta cáscara de una vida, merecía cada habitación vacía, cada maraña de espinas, cada comida que debía cazar por sí mismo.

—¿Ella sabe que estás aquí?

—Oh, por cierto que sabe. —Una mirada al rostro de Feyre ayer cuando la había invitado a que me acompañara me había dado su respuesta antes de que la enunciara: no tenía ningún interés en volver a

ver nunca al hombre que estaba frente a mí—. Y —proseguí—, quedó tan perturbada como yo al enterarse de que tus fronteras no estaban reforzadas como esperábamos.

—Sin la muralla, necesitaría un ejército para vigilar las fronteras.

—Eso puede arreglarse. —Tamlin gruñó, y un atisbo de garras centelleó en sus nudillos.

—No permito que la gente de tu ralea venga a mis tierras.

—Mi *ralea*, como dices, luchó casi toda la guerra que tú ayudaste a provocar. Si necesitas patrullas, yo proporcionaré los guerreros.

—¿Para proteger a los humanos de nosotros?

Mostró una sonrisa burlona.

Mis manos se morían por rodearle la garganta. De hecho, las sombras se enrollaban en la punta de mis dedos, heraldos de las garras que acechaban justo abajo.

Esta casa... yo odiaba esta casa. La había odiado desde el momento en que había puesto un pie en ella aquella noche, cuando la sangre de la Corte de la Primavera había fluido en pago de una deuda que nunca podría ser saldada. El pago de dos pares de alas colgadas en el estudio.

Tamlin las había quemado tiempo atrás, me había dicho Feyre. No había ninguna diferencia. Él había estado allí aquel día.

Le había dado a su padre y hermano la información sobre dónde mi hermana y mi madre esperaban encontrarse conmigo. Y no había hecho nada por ayudarlas cuando las masacraron.

Todavía veía sus cabezas en esas canastas, sus rostros marcados por el miedo y el dolor. Y volví a verlas cuando contemplé al Supremo Señor de la Primavera, los dos coronados la misma noche empapada de sangre.

—Para proteger a los humanos de nosotros, sí —dije, mi voz peligrosamente calma—. Para mantener la paz.

—¿Qué paz? —Las garras se desplazaron bajo su piel cuando cruzó los brazos, menos musculosos que la última vez que los había visto en el campo de batalla—. Nada es diferente. La muralla no está, eso es todo.

—Podemos hacer otra diferente. Mejor. Pero solo si empezamos de la manera adecuada.

—No voy a permitir una Corte de la Noche brutal en mis tierras.

Parecía que su gente lo despreciaba lo suficiente.

Y de esa palabra —*brutal*— yo tenía bastante. Territorio peligroso. Al menos para mí. Para permitir que mi propio temperamento me ganara.

Al menos, cerca de él.

Me levanté de la silla, sin que Tamlin se molestara en ponerse de pie.

—Tú hiciste que todo esto cayera sobre ti —dije, con voz aún suave. No necesitaba gritar para expresar mi furia. Nunca me había hecho falta.

—Ganaste —escupió, sentándose hacia delante—. Tienes tu *pareja*. ¿Eso no es suficiente?

—No.

La palabra tuvo eco en la biblioteca.

—Casi la destruiste. De todas las maneras posibles.

Tamlin desnudó los dientes. Yo desnudé los míos en respuesta, maldito sea el temperamento. Dejé que algo de mi poder retumbara a través de la habitación, de la casa, de las tierras.

—Ella sobrevivió, sin embargo. *Te* sobrevivió. Y todavía sientes la necesidad de humillarla, de disminuirla. Si quisieras volver a ganarla, viejo, ese no es el camino más sabio.

—Vete.

Yo no había terminado. En lo más mínimo.

—Mereces todo lo que te ha ocurrido. Mereces esta patética casa vacía, tus tierras devastadas. No me importa si ofrecieras esa cáscara de vida para salvarme, no me importa que aún ames a mi pareja. No me importa que la hayas salvado de Hybern, o de mil enemigos antes —las palabras fluyeron, frías y firmes—. Espero que vivas el resto de tu miserable vida solo aquí. Es un fin mucho más satisfactorio que matarte. —Una vez Feyre había llegado a la misma conclusión. Estuve de acuerdo con ella entonces, pero ahora lo entendía verdaderamente.

Los ojos verdes de Tamlin se hicieron salvajes.

Me preparé, me alisté, lo *deseé*... Que explotara desde esa silla y se lanzara sobre mí, que sus garras empezaran a cortar.

La sangre martillaba en mis venas, mi poder se enredaba en mi interior.

Podíamos destruir esta casa en nuestra pelea. Convertirla en escombros. Y después yo podría convertir las piedras y las maderas tan solo en polvo negro.

Pero Tamlin solo me miraba. Y después de un latido, sus ojos bajaron al escritorio.

—Vete.

Parpadeé, como único signo de sorpresa.

—¿No estás de humor para una riña, Tamlin?

Él no se molestó en volver a mirarme.

—Vete —fue todo lo que dijo.

Un varón roto.

Roto por sus propias acciones, sus propias elecciones.

No era cosa mía. No merecía mi lástima.

Pero mientras me alejaba volando, el viento oscuro rasgando a mi alrededor, una extraña clase de vacío se instaló en mi estómago.

Tamlin no tenía escudos alrededor de la casa. Nada para impedirle a cualquiera entrar por aire, para protegerse de enemigos que aparecieran en su dormitorio a cortarle la garganta.

Era casi como si estuviera esperando que alguien lo hiciera.

* * *

Encontré a Feyre caminando a casa presumiblemente después de hacer algunas compras, había algunas bolsas colgando de sus manos enguantadas.

Su sonrisa cuando aterricé a su lado, mientras la nieve caía a nuestro alrededor, fue como un puño en mi corazón.

Sin embargo, se disipó inmediatamente cuando ella leyó mi rostro.

Incluso en medio de una ajetreada calle de la ciudad, llevó una mano a mi mejilla.

—¿Tan malo?

Asentí, sintiendo su roce. Lo máximo que pude hacer.

Ella apoyó un beso sobre mi boca, sus labios estaban lo suficientemente cálidos como para que yo advirtiera que me había helado.

—Camina a casa conmigo —me dijo, entrelazando su brazo con el mío y apretándome fuerte.

Obedecí y tomé las bolsas de su mano. Le conté todo lo que le había dicho a Tamlin mientras caminábamos, sobre el Sidra helado y subíamos las empinadas colinas.

—Tras haber escuchado tu ataque contra Cassian, diría que estuviste bastante tranquilo —observó cuando terminé.

Bufé.

—Las blasfemias no eran necesarias en este caso.

Ella consideró mis palabras.

—¿Fuiste porque estabas preocupado por la muralla o simplemente porque querías decirle esas cosas?

—Por las dos cosas —no pude obligarme a mentirle—. Y tal vez para aniquilarlo.

La alarma ardió en sus ojos.

—¿De dónde sale esto?

No lo sabía.

—Yo simplemente... —las palabras me fallaron.

Su brazo se apretó alrededor del mío y me volví para estudiar su rostro. Abierto, comprensivo.

—Las cosas que dijiste... no estaban mal —ofreció. Sin juicio, sin furia.

El hueco en mi interior se llenó levemente.

—Tendría que haber sido el varón más grande.

—Casi todos los días eres el varón más grande. Tienes derecho a un traspie. —Sonrió de oreja a oreja. Brillante como la luna llena, más adorable que cualquier estrella.

Todavía no le había comprado un regalo de Solsticio. Y un presente de cumpleaños.

Torció la cabeza al ver mi ceño fruncido, su trenza cayó sobre un hombro. Pasé una mano por ella, saboreando los sedosos mechones contra mis dedos helados.

—Te encuentro en casa —dije, entregándole las bolsas nuevamente.

Fue su turno de fruncir el ceño.

—¿Adónde vas?

Besé su mejilla, aspirando su aroma a lilas y peras.

—Debo atender algunos asuntos —dije, mirándola. Mientras caminábamos, hice muy poco para enfriar la furia que aún ardía en mí. No cuando esa bella sonrisa me hizo desear volver volando a la Corte de la Primavera y hundir mi espada iliria en el vientre de Tamlin.

El varón más grande, por cierto.

—Ve a pintar mi retrato desnudo —le dije, con un guiño, y despegué hacia el cielo amargamente frío.

El sonido de su risa bailó conmigo todo el camino hasta el Palacio de Hilos y Joyas.

* * *

Estudié la exhibición que mi joyera preferida había dispuesto sobre el terciopelo negro encima del mostrador de vidrio. Bajo la luz de su cálida tienda al borde del Palacio, las joyas titilaban con un fuego interior, llamando.

Zafiros, esmeraldas, rubíes... Feyre tenía todo eso. Bien, en cantidades moderadas. Salvo por esos gemelos de diamante sólido que yo le había obsequiado para la Caída de las Estrellas.

Solo los había usado dos veces.

Esa noche había bailado con ella hasta el amanecer. Casi sin animarme a esperar que ella pudiera empezar a devolverme una fracción de lo que yo sentía por ella.

Y la noche que habíamos vuelto a Velaris, después de la batalla final contra Hybern. Cuando ella había usado *solamente* esos gemelos.

Meneé la cabeza, y le dije a la delgada y etérea hada detrás del mostrador:

—Bellos como son, Neve, no creo que la dama quiera joyas para el Solsticio.

Encogió los hombros sin desilusión. Yo era un cliente suficientemente habitual y Neve sabía que volvería.

Deslizó la bandeja debajo del mostrador y extrajo otra, sus manos veladas por la noche se movían con agilidad.

No un espectro, sino algo similar, su alta y delgada figura envuelta en sombras permanentes, solo sus ojos —como ascuas ardientes— visibles. El resto tendía a aparecer y desaparecer de la vista, como si las sombras se separaran para revelar una mano oscura, un hombro, un pie. Su gente eran todos orfebres magistrales, que moraban en las minas más profundas de las montañas de nuestra corte. Casi todas las reliquias de nuestra casa habían sido fabricadas por Tartera, incluyendo los gemelos y las coronas de Feyre.

Neve agitó una mano sombría sobre la bandeja que había expuesto.

—Había elegido estas antes, si no son demasiado presuntuosas para que Lady Amren las considerara.

De hecho, todas ellas *cantaban* el nombre de Amren. Grandes piedras, delicados engarces. Joyas poderosas, para mi poderosa amiga. Que había hecho tanto por mí, mi pareja... nuestra gente. El mundo.

Observé las tres piezas. Suspiré.

—Las llevo todas.

Los ojos de Neve resplandecieron como una forja viva.



CAPÍTULO

12

Feyre

—¿Qué diablos es eso?

Cassian sonreía mientras señalaba con la mano una pila de ramas de pino arrojadas sobre la ornamentada alfombra roja del centro del foyer.

—Decoraciones del Solsticio. Derecho del mercado.

La nieve pendía de sus anchos hombros y de su pelo oscuro, y sus mejillas bronceadas estaban sonrojadas por el frío.

—¿A eso le llamas decoración?

Sonrió con suficiencia.

—Una pila de pino en medio del suelo es la tradición de la Corte de la Noche.

Crucé los brazos.

—Divertido.

—Lo digo en serio —lo fulminé con la mirada y él se rio—. Es para las chimeneas, las balaustradas o lo que fuere, sabelotodo. ¿Quieres ayudar?

Se quitó el pesado abrigo, revelando una chaqueta negra y una camisa debajo, y lo colgó en el armario del vestíbulo. Permanecí donde estaba y taconeé con el pie.

—¿Qué? —dijo él, enarcando las cejas. Era raro ver a Cassian en otra cosa que no fueran sus cueros ilirios, pero las ropas, aunque no eran tan finas como las que podían usar Rhys o Mor, le sentaban bien.

—¿Arrojar un puñado de árboles a mis pies es la manera en que dices hola en estos días? Pasas un tiempito en ese campamento ilirio y te olvidas de todos tus modales.

Cassian estuvo sobre mí en un segundo, levantándose del suelo para retorcerme hasta que estuve a punto de vomitar. Golpeé su pecho, maldiciéndolo.

Cassian me dejó en el suelo por fin.

—¿Qué tienes para mí para el Solsticio?

Le golpeé el brazo.

—Una gran pila de cállate la boca.

Él volvió a reír y yo le guiñé un ojo.

—¿Cocoa caliente o vino?

Cassian curvó un ala a mi alrededor, volviéndonos hacia la puerta del sótano.

—¿Cuántas buenas botellas ha dejado el pequeño Rhisie?

* * *

Bebimos dos de ellas antes de que llegara Azriel, que echó un vistazo a nuestros intentos ebrios de decorar y se dispuso a arreglar todo antes de que cualquiera pudiera ver el lío que habíamos hecho.

Echados sobre un diván ante el fuego de abetos de la sala, sonreímos como diablos mientras el cantasombras enderezaba las tiaras y guirnaldas que habíamos lanzado sobre las cosas y barría las agujas de pino que habíamos desparramado sobre las alfombras. Mientras lo hacía meneaba la cabeza.

—Az, relájate un minuto —dijo Cassian lentamente, alzando una mano—. Bebe un poco de vino. Galletas.

—Quítate el abrigo —agregué, apuntando la botella hacia el cantasombras, que ni siquiera se había molestado en hacerlo antes de arreglar nuestro desastre.

Azriel enderezó una parte de la guirnalda sobre el alféizar:

—Es casi como si ustedes hubieran *tratado* de hacer todo tan feo como era posible.

Cassian se aferró el corazón.

—Eso nos ofende.

Azriel suspiró mirando el cielorraso.

—Pobre Az —dije, sirviéndome otra copa—. El vino te hará sentir mejor.

Me fulminó con la mirada, después a la botella, después a Cassian... y finalmente se precipitó por el cuarto, tomó la botella de mi mano y engulló lo que quedaba. Cassian sonrió con deleite.

En especial porque Rhys dijo desde la puerta:

—Bien, al menos ahora sé quién se está tomando todo mi buen vino. ¿Quieres otro, Az?

Azriel casi escupió el vino en el fuego, pero se obligó a tragarlo y se volvió, con el rostro rojo, hacia Rhys:

—Me gustaría explicar...

Rhys se rio, el rico sonido rebotó en las molduras de roble tallado de la habitación.

—Cinco siglos, y crees que no sé que cuando mi vino desaparece usualmente Cassian es el responsable.

Cassian alzó su copa en saludo.

Rhys observó la habitación y soltó una risita.

—Puedo decirles exactamente cuáles fueron las que ustedes dos liquidaron, y cuáles Azriel trató de arreglar antes de que yo llegara aquí.

—De hecho, Azriel ahora se frotaba la sien. Rhys enarcó una ceja en mi dirección—. Esperaba algo mejor de un artista.

Le saqué la lengua.

Un latido más tarde, él dijo en mi mente: *Ahorra esa lengua para después. Tengo ideas para ella.*

Los dedos se arquearon dentro de los gruesos calcetines altos.

—¡Hace un frío del demonio! —gritó Mor desde el vestíbulo del frente, sobresaltándome de mi cálida posición interior—. ¿Y quién diablos dejó que Cassian y Feyre decoraran?

Azriel se ahogó con lo que, hubiera jurado, era una risa. Su rostro normalmente sombrío se iluminó cuando Mor entró, rosada de frío y soplándose aire en las manos. Sin embargo, nos puso mala cara.

—¿Ustedes dos no hubieran podido esperar hasta que yo llegara para empezar el buen vino?

Sonreí mientras Cassian decía:

—Apenas si estábamos empezando con la colección de Rhys.

Rhys se rascó la cabeza.

—Está allí para que cualquiera lo beba, ya saben. Sírvanse lo que deseen.

—Peligrosas palabras, Rhysand —advirtió Amren, pavoneándose al trasponer la puerta, casi engullida por el enorme abrigo de piel blanca que llevaba puesto. Solo su pelo oscuro, largo hasta el mentón, y sus sólidos ojos plateados eran visibles por encima del cuello. Se veía...

—Pareces una furiosa bola de nieve —dijo Cassian.

Cerré con fuerza los labios para evitar la carcajada. Reírse de Amren no era un gesto sabio. Incluso ahora, cuando sus poderes prácticamente habían desaparecido y se encontraba permanentemente en un cuerpo de Hada Suprema.

La furiosa bola de nieve estrechó los ojos para mirarlo.

—Cuidado, muchacho. No querría que empezaras una guerra que no puedes ganar. —Se desabotonó el cuello para que todos la escucháramos claramente cuando ronroneó—. Especialmente con Nesta Archeron que vendrá para el Solsticio, dentro de dos días.

Sentí la onda que pasó entre ellos... entre Cassian y Mor y Azriel. Sentí el puro temperamento que retumbaba en Cassian, toda la alegría semiebria repentinamente desaparecida. Dijo en voz baja:

—Ya basta, Amren.

Mor nos observaba tan de cerca que era difícil prestarle atención. Sin embargo, miré a Rhys, una actitud contemplativa había invadido su rostro.

Amren meramente sonrió, con esos labios rojos suficientemente abiertos para mostrar casi todos sus dientes blancos mientras caminaba hacia el closet del vestíbulo y decía sobre un hombro:

—Voy a disfrutar de verla destruirte. Eso si aparece sobria.

Y eso bastó. Rhys pareció llegar a la misma idea, pero antes de que pudiera decir algo, yo intervine.

—Deja a Nesta fuera del asunto, Amren.

Amren me lanzó lo que podría haberse considerado una mirada de disculpa. Pero añadió mientras guardaba su enorme abrigo en el closet:

—Viene Varian, así que arréglense con eso.

* * *

Elain estaba en la cocina, ayudando a Nuala y a Cerridwen a preparar la comida de la noche. Aun cuando faltaban dos noches para el Solsticio, todo el mundo había llegado a la casa de la ciudad.

Salvo una.

—¿Algún mensaje de Nesta? —le dije a mi hermana como saludo.

Elain se enderezó de las hogazas de pan ardientes que había sacado del horno. Tenía el pelo semirecogido, un delantal empolvado de harina sobre su vestido rosado. Guiñó, con sus grandes ojos pardo claro.

—No. Le dije que se nos uniera esta noche, y que me hiciera saber cuándo lo había decidido. No me respondió nada.

Agitó un trapo de cocina sobre el pan para enfriarlo un poco, después levantó una hogaza para golpear la base. Un sonido hueco respondió, una buena respuesta para ella.

—¿Crees que vale la pena ir a buscarla?

Elain colgó el trapo de cocina sobre su delgado hombro, arremangándose hasta el codo. Su piel había ganado color estos meses... al menos, antes de que el clima frío se instalara. Su rostro se había llenado, también.

—¿Me lo estás preguntando como su hermana o como vidente?

Mantuve mi rostro calmo, agradable, y me recosté sobre la mesa de trabajo.

Elain no había mencionado ninguna otra visión. Y nosotros no le habíamos pedido que usara sus dones. Si es que aún existían, con la destrucción del Caldero y su nueva formación, yo no lo sabía. No quería preguntarlo.

—Conoces mejor a Nesta —respondí con cuidado—. Pensé que te gustaría ayudar.

—Si Nesta no quiere estar aquí esta noche, entonces traerá más un problema que una suerte.

La voz de Elain era más fría que la habitual. Miré a Nuala y a Cerridwen, y esta última me indicó con una inclinación de cabeza: *No es un buen día para ella.*

Como el resto de nosotros, la recuperación de Elain estaba en curso. Había llorado durante horas el día en que la llevé a una colina cubierta de flores silvestres en las afueras de la ciudad... a la lápida de mármol que yo había colocado allí en honor a nuestro padre.

Había convertido su cuerpo en cenizas después de que el Rey de Hybern lo había matado, pero aun así merecía un lugar de descanso. Por todo lo que había hecho al final, merecía la bella piedra en la que yo había tallado su nombre. Y Elain había merecido un lugar para visitarlo, para hablar con él.

Iba al menos una vez al mes.

Nesta no había ido nunca. Había ignorado mi invitación de venir con nosotros aquel primer día. Y todas las otras veces después.

Ocupé un lugar junto a Elain, y agarré un cuchillo para empezar a cortar el pan. Desde el vestíbulo, los sonidos de mi familia retumbaban hacia nosotros, la risa brillante de Mor tintineaba por encima del grave murmullo de Cassian.

Esperé hasta tener una pila de rebanadas calientes antes de decir:

—Nesta es aún parte de esta familia.

—¿Lo es? —Elain cortó profundamente la siguiente hogaza—. Por cierto, no actúa como si lo fuera.

Oculté mi ceño fruncido.

—¿Ocurrió algo cuando la viste hoy?

Elain no contestó. Tan solo siguió rebanando el pan.

Yo también seguí haciéndolo. No me gustaba cuando otra gente me presionaba para hablar. Por eso no dije nada.

En silencio, trabajamos, luego colocamos en las bandejas la comida que Nuala y Cerridwen nos indicaron que estaba lista; sus sombras las velaban más de lo usual, para concedernos algún sentimiento de intimidad. Les lancé una mirada de gratitud, pero las dos menearon las cabezas. No era necesario agradecer. Habían pasado más tiempo con Elain del que había pasado yo. Entendían su temperamento, lo que a veces necesitaba.

Fue solo cuando Elain y yo estábamos transportando la primera bandeja por el vestíbulo hacia el comedor que ella habló.

—Nesta dijo que no quería venir para el Solsticio.

—Eso está bien —dije, aunque algo se me retorció en el pecho.

—Dijo que no quería venir a *nada*. Nunca.

Hice una pausa, observando el dolor y el miedo que ahora brillaban en los ojos de Elain.

—¿Dijo por qué?

—No. —Furia... había furia en el rostro de Elain, también—. Tan solo dijo... dijo que tenemos nuestras vidas y ella tiene la de ella.

Decirme eso a mí, bueno. ¿Pero a *Elain*?

Respiré hondo, mi estómago hacía ruidos ante la bandeja de pollo lentamente asado que llevaba en las manos, el aroma de salvia y limón llenaban mi nariz.

—Hablaré con ella.

—No lo hagas —dijo inexpresivamente Elain, volviendo una vez más a caminar, los velos de vapor que salían desde las papas asadas con romero que llevaba en las manos envolvían sus hombros, como si fueran las sombras de Azriel—. No te escuchará.

Como el diablo no me escucharía.

—¿Y tú? —me obligué a decir—. ¿Tú estás... bien?

Elain me miró por encima de un hombro cuando entramos en el foyer, después doblamos a la izquierda... hacia el comedor. En la sala que estaba en el camino, todas las conversaciones se detuvieron ante el olor de la comida.

—¿Por qué no estaría bien? —preguntó, mientras una sonrisa le iluminaba el rostro.

Ya había visto esas sonrisas antes. Sobre mi propia maldita cara.

Pero los otros vinieron rápidamente desde la sala. Cassian besó la mejilla de Elain como saludo antes de que casi la levantara para sacarla del medio y llegar a la mesa de la cena. Amren llegó luego, saludó a mi hermana con una inclinación de cabeza, su collar de rubí centelleaba bajo las luces hadas repartidas en las guirnaldas del vestíbulo. Después llegó Mor, que la saludó con un beso en cada mejilla. Después Rhys, hizo un gesto con la cabeza a Cassian, que empezó a servirse de las bandejas que Nuala y Cerridwen trajeron volando. Como Elain vivía allí, mi pareja la saludó solamente con una sonrisa de bienvenida antes de ocupar su asiento a la derecha de Cassian.

Azriel emergió de la sala, una copa de vino en la mano, y las alas plegadas para revelar su fina aunque simple chaqueta y los pantalones negros.

Sentí, más que vi, que mi hermana se aquietaba cuando él se aproximó. Su garganta se estremeció.

—¿Vas a retener ese pollo toda la noche? —me preguntó Cassian desde la mesa.

Enojado, me acerqué a él y puse la bandeja sobre la superficie de madera.

—Escupí en él —dije, dulcemente.

—Eso lo hace más delicioso —canturreó Cassian, devolviéndome una sonrisa. Rhys se rio por lo bajo, bebiendo un gran sorbo de vino.

Pero yo marché hacia mi lugar —anidado entre Amren y Mor— a tiempo para ver a Elain que le decía a Azriel:

—Hola.

Az no dijo nada.

No, tan solo se movió hacia ella.

Mor se tensó a mi lado.

Pero Azriel solo tomó el pesado plato de papas de las manos de Elain y con su voz suave como la noche le dijo:

—Siéntate. Yo me ocupo de esto.

Las manos de Elain permanecieron en el aire, como si el espectro del plato siguiera entre ellos. Con un guiño, bajó las manos y advirtió su delantal.

—Eh... enseguida vuelvo —murmuró, y se apresuró por el vestíbulo antes de que pudiera explicarle que a nadie le importaba si llegaba a la cena cubierta de harina y que tan solo debía *sentarse*.

Azriel puso las papas en el centro de la mesa, y Cassian intentó zambullirse en ellas. Al menos, lo intentó.

En un momento, su mano se lanzó sobre la cuchara para servir. Al siguiente, lo habían detenido: los dedos de Azriel llenos de cicatrices se envolvieron sobre su muñeca.

—Espera —dijo Azriel, con un claro tono de orden.

Mor abrió tanto la boca que estuvo segura de que las arvejas verdes semimasticadas en su boca iban a caerse sobre su plato. Amren tan solo esbozó una sonrisa de burla sobre el borde de su copa de vino.

Cassian lo miró boquiabierto.

—¿Que espere *qué*? ¿La salsa?

Azriel no lo soltó.

—Espera hasta que todos estén sentados a la mesa.

—Cerdo —contribuyó Mor.

Cassian lanzó una mirada aguda al plato de arvejas, pollo, pan y jamón comidos a media en el plato de Mor. Pero aflojó la mano, recostándose en su silla.

—Nunca supe que eras un fanático de los modales, Az.

Azriel liberó la mano de Cassian y miró fijo a su copa de vino.

Elain entró, ya sin el delantal y con el pelo vuelto a trenzar.

—Por favor, no esperen por mí —dijo, ocupando el asiento de la cabecera de la mesa.

Cassian fulminó a Azriel. Az deliberadamente lo ignoró.

Pero Cassian esperó hasta que Elain hubo llenado su plato antes de servirse una cucharada de cualquier otra cosa. Al igual que los otros.

Cambié una mirada con Rhys a través de la mesa. *¿Qué fue eso?*

Rhys cortó su jamón glaseado con movimientos tersos y hábiles. *No tenía nada que ver con Cassian.*

¿Oh?

Rhys mordió un bocado, haciéndome un gesto con el cuchillo para que comiera. *Digamos tan solo que estuvo cerca de dar en el blanco.* Ante mi confusión, agregó: *Hay algunas cicatrices en lo referido a la manera en que fue tratada su madre. Muchas cicatrices.*

Su madre había sido una criada —casi esclava— cuando él nació. Y después. *Ninguno de nosotros se molesta en esperar que todos se sienten, mucho menos Cassian.*

Le puede ocurrir en algunos momentos.

Hice lo posible para no mirar al cantasombras. *Ya veo.*

Volviéndome hacia Amren, estudié su plato. Pequeñas porciones de todo.

—¿Todavía acostumbrándote?

Amren gruñó, revolviendo sus zanahorias asadas y glaseadas.

—La sangre sabe mejor.

Mor y Cassian se ahogaron.

—Y no demora tanto tiempo consumirla —gruñó Amren, levantando el más pequeño bocado de pollo asado hasta sus labios pintados de rojo.

Comidas lentas y pequeñas para Amren. La primera comida que había ingerido tras regresar —un cuenco de sopa de lentejas— le había provocado vómitos durante una hora. Así que había sido una adaptación gradual. Todavía no podía zambullirse en una comida como todos tendíamos a hacer. Si era algo completamente físico, o tal vez alguna clase de periodo de adaptación personal, ninguno de nosotros lo sabía.

—Y después están los resultados desagradables de comer —continuó Amren, cortando sus zanahorias en diminutas tajadas.

Azriel y Cassian intercambiaron una mirada, después ambos parecieron encontrar sus platos *muy* interesantes. Incluso mientras las sonrisas se esbozaron en sus rostros.

Elain preguntó:

—¿Qué clase de resultados?

—No respondas —dijo Rhys rápidamente, señalando a Amren con su tenedor.

Amren le respondió entre dientes, su pelo oscuro balanceándose como una cortina de noche líquida:

—¿Sabes qué inconveniente es necesitar un lugar para aliviarme adonde quiera que vaya?

Un ruido burbujeante se escuchó procedente del lado de la mesa de Cassian, pero yo apreté los labios. Mor aferró mi rodilla bajo la mesa, su cuerpo sacudiéndose con el esfuerzo de mantener la risa refrenada.

Rhys le dijo lentamente a Amren:

—¿Debemos empezar a construir baños públicos para ti en todo Velaris, Amren?

—Lo digo en serio, Rhysand —lo espetó Amren.

No me atreví a cruzar la mirada con Mor. O con Cassian. Una sola mirada y me desarmaría. Amren hizo un gesto con la mano.

—Debería haber elegido una forma masculina. Al menos *ustedes* pueden sacarla rápidamente e ir adonde quieran sin tener que preocuparse por derramar...

Cassian se soltó. Después Mor. Después yo. E incluso Az, con una débil risita.

—¿De veras no sabes cómo hacer pis? —rugió Mor—. ¿Después de todo este tiempo?

Amren dijo indignada:

—He visto animales.

—Dime que sabes cómo funciona un inodoro —estalló Cassian, golpeando una mano ancha sobre la mesa—. Dime que al menos sabes eso.

Me tapé la boca con la mano, como para impedir que la risa saliera. Al otro lado de la mesa, los ojos de Rhys eran más brillantes que estrellas, su boca una línea temblorosa mientras trataba de permanecer serio sin conseguirlo.

—Sé cómo sentarme en un induro —gruñó Amren.

Mor abrió la boca, la risa bailando sobre su rostro, pero Elain preguntó:

—¿Podrías haber hecho eso? ¿Podrías haber decidido adoptar una forma masculina?

La pregunta atravesó la risa, como una flecha disparada entre nosotros.

Amren estudió a mi hermana, las mejillas de Elain rojas por nuestra desembozada charla ante la mesa.

—Sí —dijo simplemente—. Antes, en mi otra forma, no era nada. Simplemente era.

—¿Entonces por qué elegiste este cuerpo? —preguntó Elain, la luz hada de la araña resplandecía en las ondas de su trenza marrón dorada.

—Me sentía más atraída hacia la forma de mujer —respondió Amren simplemente—. Pensé que era más simétrica. Me gustaba.

Mor frunció el ceño al observar su propia forma, mirando con gusto sus considerables atributos.

—Cierto.

Cassian se rio.

Elain preguntó.

—¿Y una vez que estabas en este cuerpo, ya no podías cambiar?

Los ojos de Amren se achicaron un poco. Yo me enderecé, mirando entre ellos. Inusual, sí, que Elain hablara tanto, la verdad es que había estado mejorando. La mayoría de los días era lúcida... tal vez silenciosa y propensa a la melancolía, pero atenta.

Elain, para mi sorpresa, sostuvo la mirada de Amren.

Tras un momento, Amren dijo:

—¿Estás preguntando por curiosidad por mi pasado o por tu propio futuro?

La pregunta me dejó demasiado asombrada incluso para reprimir a Amren. A los otros también.

La frente de Elain se arrugó antes de que yo pudiera intervenir.

—¿Qué quieres decir?

—No hay retorno de ser humana, muchacha —dijo Amren, tal vez con algo de amabilidad.

—Amren —advertí.

El rostro de Elain se enrojeció aún más, su espalda se enderezó. Pero no retrocedió.

—No sé de qué estás hablando. —Nunca había oído la voz de Elain tan fría.

Miré a los otros. Rhys frunció el ceño. Cassian y Mor esbozaban una mueca de dolor, y Azriel... había lástima en su bello rostro. Lástima y pena mientras observaba a mi hermana.

Elain nunca había mencionado haber sido Hecha, o el Caldero, o Graysen durante meses. Yo había supuesto que se estaba acostumbrando a ser Alta Fae, que tal vez empezaba a deshacerse de esa vida mortal.

—Amren, tienes un don espectacular para arruinar las conversaciones en la mesa —dijo Rhys, agitando su vino—. Me pregunto si no podrías convertir eso en una verdadera carrera.

Su Segunda le lanzó una mirada fulminante. Pero Rhys la sostuvo, mientras en su rostro el silencio era una advertencia.

Gracias, dije a través del vínculo. Como respuesta me llegó una cálida caricia.

—Enfréntate con alguien de tu tamaño —le dijo Cassian a Amren, llenándose la boca de pollo asado.

—Me sentiría mal por los ratones —masculló Azriel.

Mor y Cassian aullaron, ganándose un sonrojo de Azriel y una agradecida sonrisa de Elain... y Amren no les ahorró una mirada furibunda.

Pero algo en mí se relajó ante esa risa, ante la luz que había vuelto a los ojos de Elain.

Una luz que no vería más sombría.

Necesito salir después de la comida, le dije a Rhys mientras volvía a dedicarme a mi plato. *¿Te gustaría un vuelo a través de la ciudad?*

* * *

Nesta no abrió su puerta.

Llamé durante unos buenos dos minutos, frunciendo el ceño ante el sombrío vestíbulo de madera del ruinoso edificio que ella había elegido para vivir, después envié una soga de magia a través del departamento que estaba más allá.

Rhys había erguido guardas alrededor de toda la casa, y con nuestra magia, el vínculo de nuestras almas, no había resistencia al hilo de poder que desenrollé a través de la puerta y dentro del departamento mismo.

Nada. Ningún signo de vida... o nada peor más allá.

Ella no estaba en casa.

Yo tenía una buena idea de dónde podía estar.

Flotando en la calle congelada, hice girar los brazos para mantenerme erguida mientras mis botas patinaban en el hielo que recubría las piedras.

Recostado contra una columna de luz, la luz hada dorando las garras sobre sus alas, Rhys se rio. Y no se movió ni un centímetro.

—Tarado —mascullé—. Casi todos los varones ayudarían a su pareja si estuvieran a punto de romperse la crisma sobre el hielo.

Empujó la columna de luz y se dirigió hacia mí, cada movimiento terso y sin apuro. Incluso ahora, con gusto pasaría horas tan solo mirándolo.

Tengo la sensación de que si *hubiera* entrado, me hubieras cortado la cabeza por ser una dominante madre gallina, como me has llamado.

Gruñí una respuesta que él prefirió no escuchar.

—¿No está en casa, entonces?

Volví a gruñir.

—Bien, eso deja precisamente unos diez lugares donde podría estar.

Hice una mueca de disgusto.

Rhys preguntó:

—¿Quieres que vaya a ver?

No físicamente, pero sí que usara su poder para encontrar a Nesta. No había querido que lo hiciera antes, ya que parecía una suerte de violación de la intimidad, pero dado el condenado frío que hacía...

—De acuerdo.

Rhys me envolvió con sus brazos, después con sus alas, abrigándome en su calor, mientras murmuraba en mi pelo:

—Espera.

La oscuridad y el viento nos envolvieron, y sepulté mi rostro en su pecho, aspirando su perfume.

Después risa y canciones, música estridente, el penetrante olor de la cerveza rancia, el mordisco del frío...

Gruñí mientras contemplaba adónde nos había llevado, dónde había detectado a mi hermana.

—Hay salones de vino en esta ciudad —dijo Rhys, atajándose—. Hay salas de concierto. Hermosos restaurantes. Clubes de placer. Y, sin embargo, tu hermana...

Y, sin embargo, mi hermana conseguía encontrar las más sórdidas y miserables tabernas de Velaris. No había muchas. Pero ella era cliente de todas. Y esta —La Guarida del Lobo— era por lejos la peor.

—Espera aquí —dije por encima de los violines y tambores que brotaban de la taberna, mientras me liberaba de su abrazo. En la calle, unos pocos juerguistas borrachos nos vieron y quedaron en silencio. Sintieron el poder de Rhys, tal vez también el mío, y buscaron algún otro sitio para estar un rato.

No tenía dudas de que lo mismo ocurriría en la taberna, y tampoco tenía dudas de que Nesta se enfadaría con nosotros por arruinarle la

noche. Al menos podía deslizarme adentro sin ser advertida. Si íbamos los dos, sabía que mi hermana lo consideraría un ataque.

Entonces iría yo. Sola.

Rhys me besó la frente.

—Si alguien te hace proposiciones, dile que los dos estaremos libres en una hora.

—Oh. —Le hice un gesto de despedida, reduciendo mis poderes casi a un susurro en mi interior.

Él me sopló un beso.

Yo lo alejé también, y me deslicé a través de la puerta de la taberna.



CAPÍTULO

13

Feyre

Mi hermana no tenía compañeros de bebida. Por lo que sabía, ella siempre salía sola, y los conseguía a medida que la noche avanzaba. Y de tanto en tanto, alguno de ellos iba a casa con ella.

Yo no había preguntado. Ni siquiera estaba segura cuándo había sido la primera vez.

Tampoco me había atrevido a preguntarle a Cassian si lo sabía.

Ambos habían cambiado unas pocas palabras desde la guerra.

Cuando entré a la luz y a la música que retumbaba en La Guarida del Lobo, inmediatamente localicé a mi hermana sentada con tres varones a una mesa redonda en el fondo en sombras, y pude casi ver el espectro de aquel día contra Hybern que se erguía detrás de ella.

Parecía que Nesta había perdido cada kilo de peso que Elain había ganado. Su rostro, que ya era angular y orgulloso, se había acentuado aún más, sus pómulos, suficientemente filosos como para cortar. Su pelo seguía peinado en su usual corona de trenzas, usaba su manto gris preferido y, como siempre, estaba inmaculadamente limpia pese al tugurio que había elegido frecuentar. A pesar de la maloliente taberna caliente que había visto mejores siglos.

Una reina sin trono. Ese fue el título de la pintura que se me cruzó por la mente.

Los ojos de Nesta, del mismo azul grisáceo que los míos, se alzaron en el momento en que cerré la puerta de madera detrás de mí. Nada pasó

por su rostro, más allá de un vago desdén. Los tres Altos Fae varones sentados a su mesa estaban aceptablemente vestidos, teniendo en cuenta el lugar que frecuentaban.

Probablemente ricos machos jóvenes que habían salido a pasar la noche.

Refrené mi furia mientras la voz de Rhys colmaba mi cabeza. *Ocúpate de tus cosas. Con toda facilidad, tu hermana les está ganando a las cartas.*

Fisgón.

Te encanta.

Apreté los labios, enviando un gesto vulgar por el vínculo, mientras me acercaba a la mesa de mi hermana. La risa de Rhys retumbó contra mis escudos como respuesta, como truenos moteados de estrellas.

Nesta simplemente volvió a mirar el abanico de cartas que tenía, su postura era el epítome de un glorioso aburrimiento. Pero sus compañeros me miraron cuando me detuve junto al borde de la mesa de madera manchada y marcada. Copas semiconsumidas de un líquido ambarino sudaban humedad y se mantenían helados por medio de alguna magia de la taberna.

El varón que estaba al otro lado de la mesa —un Alto Fae apuesto y seductor con cabello como oro tejido— cruzó mi mirada.

Su mano de cartas cayó sobre la mesa cuando él inclinó la cabeza. Los otros lo siguieron.

Solo mi hermana, aún estudiando sus cartas, siguió desinteresada.

—Señora mía —dijo un varón delgado y de pelo negro, lanzándole una mirada cautelosa a mi hermana—. ¿Cómo podemos ayudar?

Nesta ni siquiera levantó los ojos mientras acomodaba una de sus cartas.

Muy bien.

Sonreí dulcemente a sus compañeros.

—Odio interrumpir su noche de salida, caballeros. —Machos, supuse. Un remanente de mi vida humana... que el tercer varón notó con una ceja gruesa enarcada—. Pero me gustaría intercambiar unas palabras con mi hermana.

La despedida era suficientemente clara.

Se levantaron al unísono, abandonando las cartas, y engulleron sus tragos antes de irse.

—Buscaremos otra copa —declaró el de pelo dorado.

Esperé hasta que estuvieron en el bar, deliberadamente sin mirar a sus espaldas, antes de ocupar el ruinoso asiento que había desocupado el de pelo oscuro.

Lentamente, los ojos de Nesta se alzaron hacia los míos.

Me recosté en la silla y la madera gruñó.

—Entonces, ¿cuál de ellos se va contigo a casa esta noche?

Nesta lanzó sus cartas juntas, dejándolas cara abajo sobre la mesa.

—No decidí.

Palabras heladas, chatas. El perfecto acompañamiento a la expresión de su rostro.

Yo simplemente esperé.

Nesta también esperó.

Inmóvil como un animal. Inmóvil como la muerte.

Una vez me había preguntado si ese era su poder. La maldición concedida por el Caldero.

Nada de lo que había visto, atisbado en aquellos momentos contra Hybern, había parecido *como* la muerte. Tan solo poder bruto. Pero el Tallador de Huesos había susurrado algo. Y yo lo había visto reluciendo frío y brillante en sus ojos.

Pero no durante meses.

Y no porque yo la hubiera visto demasiado.

Pasó un minuto. Después otro.

Absoluto silencio, salvo por la alegre música de la banda de cuatro instrumentos al otro lado de la habitación.

Yo podía esperar. Esperaría aquí toda la condenada noche.

Nesta volvió a acomodarse en su silla, con la idea de hacer lo mismo.

Apuesto mi dinero a tu hermana.

Silencio.

Me estoy enfriando aquí afuera.

Bebé ilirio.

Una oscura risa, y el vínculo volvió a quedar en silencio.

—¿Esa pareja tuya piensa quedarse en el frío toda la noche?

Parpadeé, preguntándome si ella de alguna manera percibía los pensamientos que pasaban entre nosotros.

—¿Quién dice que él está allí?

Nesta soltó una risa burlona.

—Adonde uno va, el otro lo sigue.

Evité enunciar todas las potenciales respuestas que saltaban a mi boca.

En cambio, pregunté:

—Elain te invitó a cenar esta noche, ¿por qué no fuiste?

La sonrisa de Nesta era lenta, filosa como un cuchillo.

—Quería escuchar a los músicos.

Lancé una mirada aguda a la banda. Más diestros que las usuales bandas de taberna, pero no una verdadera excusa.

—Ella quería que fueras.

Yo quería que fueras.

Nesta se encogió de hombros.

—Podría haber comido conmigo aquí.

—Ya sabes que Elain no estaría cómoda en un lugar como este.

Ella arqueó una cuidada ceja.

—¿Un lugar como este? ¿Qué clase de lugar es este?

De hecho, algunas personas se volvían a mirarnos. Suprema Dama... yo era Suprema Dama. Insultar este lugar y la gente que estaba allí no me conseguiría ningún partidario.

—A Elain la abruman las multitudes.

—No solía ser así. —Nesta hizo girar su copa de líquido ambarino—. Amaba los bailes y las fiestas.

Las palabras permanecieron flotando, sin decirse. *Pero tú y tu corte nos arrastraron a este mundo. Le quitaron a ella esa alegría.*

—Si te molestas en venir a casa, verás que se está readaptando. Pero bailes y fiestas son una cosa. Elain nunca frecuentó tabernas.

Nesta abrió la boca, sin duda para desviarme de la razón por la que había venido aquí. Así que la corté antes de que pudiera hacerlo.

—Eso no viene al caso.

Ojos fríos como el acero se cruzaron con los míos.

—¿Puedes ir al grano, entonces? Me gustaría volver a mi juego.

Pensé en arrojar las cartas al suelo pegajoso de cerveza.

—El Solsticio es pasado mañana.

Nada. Ni un parpadeo.

Entrelacé mis dedos y los puse sobre la mesa entre las dos.

—¿Qué haría falta para que vinieras?

—¿En nombre de Elain o tuyo?

—De las dos.

Otra carcajada burlona. Nesta miró la habitación en la que todo el mundo tenía mucho cuidado de no mirarnos ahora. Supe sin preguntar que Rhys nos había rodeado con una barrera de sonido.

Finalmente, mi hermana volvió a mirarme.

—¿Entonces me estás sobornando?

No retrocedí.

—Estoy viendo si tienes voluntad de ser razonable. Si hay alguna manera de hacer que valga la pena para ti.

Nesta plantó la punta de su dedo índice sobre la pila de cartas y las desparramó en abanico sobre la mesa.

—Ni siquiera es nuestra fiesta. Nosotras no *tenemos* fiestas.

—Tal vez deberías probarlo. Podrías disfrutarla.

—Como le dije a Elain: ustedes tienen su vida y yo tengo la mía.

Una vez más, lancé una mirada aguda sobre la taberna.

—¿Por qué? ¿Por qué esa insistencia en distanciarte?

Volvió a acomodarse en su asiento, cruzando los brazos.

—¿Por qué tengo que ser parte de tu alegre bandita?

—Eres mi hermana.

Otra vez esa mirada vacía, fría.

Esperé.

—No voy a ir a tu fiesta.

Si Elain no había podido convencerla, por cierto yo no tendría éxito. No sabía por qué no lo había advertido antes. Antes de desperdiciar mi tiempo. Pero lo intenté... una última vez. En nombre de Elain.

—Padre hubiera querido que tú...

—*No termines esa oración.*

Pese al escudo de sonido que nos rodeaba, nada podía bloquear la vista de mi hermana desnudando sus dientes. La vista de sus dedos enroscándose en garras invisibles.

La nariz de Nesta se arrugó con desnuda ira mientras gruñía:

—*Vete.*

Una escena. Esto iba a convertirse en una escena en el peor sentido.

Así que me incorporé, ocultando mis manos temblorosas apretadas en puños.

—Por favor, ven —fue todo lo que dije antes de girar hacia la puerta. La caminata entre su mesa y la salida parecía mucho más larga. Todos los rostros me miraban amenazantes.

—Mi renta —dijo Nesta cuando yo había dado dos pasos.

Me detuve.

—¿Qué pasa con tu renta?

Bebió un trago.

—Es para la semana que viene. En caso de que te hayas olvidado.

Lo dijo completamente seria.

Le dije, con tono neutro:

—Ven al Solsticio y me aseguraré de que la envíen.

Nesta abrió la boca, pero yo volví a darle la espalda y cada rostro boquiabierto que me observaba bajó la mirada.

Sentí la mirada de mi hermana atravesando el espacio todo el camino hasta la puerta. Y durante todo el vuelo a casa.



CAPÍTULO

14

Rhysand

Aun cuando los trabajadores rara vez detenían sus reparaciones, la reconstrucción insumiría años hasta terminarse. Especialmente junto al Sidra, donde Hybern había golpeado más duro.

Poco más que escombros quedaban de lo que habían sido grandes propiedades y hogares junto a la curva sudeste del río, con jardines crecidos y muelles privados semihundidos en la suave corriente de las aguas turquesa.

Yo había crecido en esas casas, asistiendo a las fiestas y banquetes que duraban hasta altas horas de la noche, pasando brillantes días de verano sin hacer nada en la pendiente de los prados, vivando las carreras de botes que se celebraban en verano en el Sidra. Sus fachadas habían sido tan familiares como el rostro de un amigo. Habían sido construidas mucho antes de que yo naciera. Yo esperaba que duraran mucho tiempo después de que me fuera.

—¿Las familias no te han dicho cuándo volverán, no es cierto?

La pregunta de Mor flotó hasta mí por encima del crujido de las pálidas piedras bajo nuestros pies, mientras caminábamos por los prados espolvoreados de nieve de una de esas propiedades.

Ella me había encontrado después del almuerzo... una comida rara y solitaria en estos días. Mientras Feyre y Elain hacían compras en la ciudad, mi prima había aparecido en el vestíbulo de la casa de la ciudad y yo no había vacilado en invitarla a un paseo.

Había pasado mucho tiempo desde que Mor y yo habíamos caminado juntos. No era suficientemente tonto para creer que, aunque la guerra había terminado, todas las heridas se habían cerrado. Especialmente entre Mor y yo.

Y no era suficientemente tonto como para engañarme y pensar que no había postergado esta caminata desde hacía tiempo... igual que ella.

Había visto sus ojos hacerse distantes la otra noche en la Ciudad Tallada. Su silencio después de su gruñido inicial como advertencia a su padre me había dicho lo suficiente sobre qué pensaba su mente.

Otra víctima de esta guerra: trabajar con Keir y Eris había apagado algo en mi prima.

Oh, lo ocultaba bien. Salvo cuando se encontraba cara a cara con los dos varones que...

No me permití terminar la idea, convocar el recuerdo. Aun cinco siglos más tarde, la furia amenazaba con tragarme mientras no dejara en ruinas la Ciudad Tallada y la Corte de Otoño.

Pero esas muertes eran de ella. Siempre lo habían sido. Nunca le había preguntado por qué había esperado tanto.

Silenciosamente vagamos por la ciudad durante media hora, pasando prácticamente inadvertidos. Una pequeña bendición del Solsticio: todo el mundo estaba tan ocupado con sus propios preparativos que no distinguía a los que paseaban a través de las calles atestadas.

Cómo habíamos terminado aquí, yo no tenía idea. Pero allí estábamos, entre los bloques de piedra rajados y caídos, las malezas secas del invierno, y el cielo gris como compañía.

—Las familias —dije, finalmente— están en sus otras propiedades. —Yo los conocía a todos, ricos mercaderes y nobles que habían desertado de la Ciudad Tallada mucho antes de que las dos mitades de mi reino hubieran sido oficialmente separadas—. Sin planes de regresar pronto. Tal vez nunca. Había escuchado de uno de ellos, la matriarca de un imperio mercantil, que era más probable que vendieran antes de enfrentar la dura prueba de tener que construir desde cero.

Mor asintió ausente, el viento frío revolvía y tiraba su pelo sobre el rostro. Se detuvo en el medio de lo que alguna vez había sido un jardín formal que bajaba de la casa hasta el río helado.

—Keir vendrá aquí pronto, ¿no es cierto?

Rara vez se refería a él como su padre. No la culpaba. Ese varón había sido su padre durante siglos. Mucho antes de ese día imperdonable.

—Sí.

Había logrado mantener a Keir frenado desde el final de la guerra... pero sabía que, pese al trabajo con que yo lo cargara y por más que pudiera interrumpir sus breves visitas a Eris, él visitaría esta ciudad.

Tal vez me había echado esto encima, reforzando las fronteras de la Ciudad Tallada durante tanto tiempo. Tal vez sus horribles tradiciones y sus mentes estrechas solo habían empeorado mientras se las contenía. Era su territorio, sí, pero yo no les había dado nada más. No es raro que sintieran tanta curiosidad por Velaris. Aunque el deseo de Keir de hacer una visita solo surgía de una necesidad: atormentar a su hija.

—¿Cuándo?

—Probablemente en la primavera, si no me equivoco.

Mor tragó con dificultad, mientras su rostro se ponía frío de una manera que yo veía rara vez. De una manera que odiaba, aunque solo fuera mi culpa.

Me había dicho a mí mismo que valía la pena. Los Traesombras de Keir habían sido cruciales en nuestra victoria. Y él había sufrido pérdidas por eso. El tipo era un malparido en cada sentido de la palabra, pero al final lo conseguiría.

No me quedaba más alternativa que refrenarlo.

Mor me observó de los pies a la cabeza. Yo había optado por una chaqueta negra de lana pesada y había prescindido por completo de las alas. Solo porque Cassian y Azriel tenían que sufrir por tenerlas congeladas todo el tiempo, eso no significaba que yo también debía hacerlo. Permanecí en silencio, dejando que Mor llegara a sus propias conclusiones.

—Confío en ti —dijo al final.

Incliné la cabeza.

—Gracias.

Ella agitó una mano, volviendo a caminar por los senderos de pálida grava del jardín.

—Pero sigo deseando que hubiera habido otra manera.

—También yo.

Ella retorció los extremos de su gruesa bufanda rosa antes de ponerlos dentro de su abrigo marrón.

—Si tu padre viene aquí —le ofrecí—, puedo asegurarme de que estés lejos.

Sin importar que ella había sido la responsable del enfrentamiento menor con el Administrador y Eris la otra noche.

Ella frunció el ceño.

—Él distinguirá lo que es: ocultarme. Y no le daré esa satisfacción.

Fui demasiado prudente para preguntarle si creía que su madre también vendría. No hablábamos de la madre de Mor. Nunca.

—Decidas lo que decidas, te respaldo.

—Ya lo sé. —Se detuvo entre dos setos bajos y miró el río helado más allá.

—Y sabes que Az y Cassian van a vigilarlos como halcones durante toda la visita. Han estado planeando los protocolos de seguridad desde hace meses.

—¿De veras?

Asentí gravemente.

Mor soltó un suspiro.

—Me gustaría que todavía pudiéramos amenazar con soltar a Amren sobre toda la Ciudad Tallada.

Bufé, mirando a través del río el barrio de la ciudad que apenas era visible sobre la pendiente de una colina.

—La mitad de mí se pregunta si Amren desea lo mismo.

—Supongo que le darás a ella un regalo *muy* bueno.

—Neve prácticamente saltaba de alegría cuando salí de su tienda.

Una pequeña risa.

—¿Qué le compraste a Feyre?

Me puse las manos en los bolsillos.

—Esto y aquello.

—Entonces, nada.

Me pasé una mano por el cabello.

—Nada. ¿Tienes alguna idea?

—Es tu pareja. ¿Esta clase de cosa no debería ser instintiva?

—Es imposible comprarle nada.

Mor me lanzó una mirada irónica.

—Patético.

La golpeé con el codo.

—¿Qué le compraste *tú*?

—Tendrás que esperar hasta la noche del Solsticio para enterarte.

Puse los ojos en blanco. En los siglos que la había conocido, la habilidad de Mor para comprar regalos jamás había mejorado. Yo tenía

un cajón lleno de gemelos directamente horribles que jamás había usado, uno más chillón que el otro. Sin embargo, era afortunado: Cassian tenía un baúl atestado de camisas de seda de todos los colores del arcoíris. Algunas incluso tenían volados.

Solo podía imaginar los horrores que le esperaban a mi pareja.

Delgadas capas de hielo derivaban perezosas por el Sidra. No me atreví a preguntarle a Mor más cosas sobre Azriel... qué le había comprado, qué planeaba *hacer* con él. Tenía poco interés en que me arrojaran directamente a ese río helado.

—Voy a necesitarte, Mor —dije suavemente.

El regocijo en los ojos de Mor se convirtió en alerta. Un predador. Había un motivo por el que se arreglaba tan bien en batalla, y por el que podía defenderse contra cualquier ilirio. Mis hermanos y yo habíamos supervisado gran parte del entrenamiento en persona, pero ella se había pasado años viajando a otras tierras, a otros territorios, para aprender lo que ellos sabían.

Precisamente por eso, dije:

—No con Keir y la Ciudad Tallada, tampoco con mantener la paz el tiempo suficiente para que las cosas se estabilicen.

Ella cruzó los brazos, esperando.

—Az puede infiltrarse en casi todas las cortes, en casi todas las tierras. Pero tal vez necesite que tú te las ganes —porque las piezas que no estaban esparcidas sobre la mesa...—. Las negociaciones y tratados están llevando demasiado tiempo.

—Ni siquiera se concretan.

Verdad. Con la reconstrucción, demasiados aliados tentativos habían alegado que estaban ocupados y que volverían a reunirse en la primavera para discutir los nuevos términos.

—No necesitarías marcharte durante meses. Tan solo visitas aquí y allí. Informales.

—Informales... pero ¿hacer que los reinos y los territorios se den cuenta de que si empujan demasiado o entran en tierras humanas los aniquilaremos?

Solté un bufido de risa.

—Algo así. Az tiene listas de los reinos que son más proclives a cruzar la línea.

—Si ando por todo el continente, ¿quién se ocupará de la Corte de las Pesadillas?

—Yo.

Sus ojos pardos se entrecerraron.

—¿No estás haciendo esto porque crees que no puedo manejar a Keir, verdad?

Cuidado, territorio peligroso.

—No —dije, y no mentía—. Creo que puedes hacerlo. Sé que puedes hacerlo. Pero en este momento tus talentos se aplican mejor en otra parte. Keir quiere construir lazos con la Corte del Otoño... déjalo. Sea lo que él y Eris estén planeando, saben que los vigilamos, y saben que sería muy estúpido que cualquiera de ellos nos presionara. Una palabra a Beron y la cabeza de Eris rodará.

Tentador. Tan condenadamente tentador decirle al Supremo Señor del Otoño que su hijo mayor ambicionaba su trono... y estaba dispuesto a tomarlo por la fuerza. Pero yo también había negociado con Eris. Tal vez la negociación de un tonto, pero solo el tiempo lo diría.

Mor jugueteó con su bufanda.

—No les tengo miedo.

—Ya sé que no.

—Solo que... estar cerca de ellos, *juntos*... —Se metió las manos en los bolsillos—. Probablemente es algo semejante para ti cuando estás cerca de Tamlin.

—Si te sirve de consuelo, prima, me comporté bastante mal el otro día.

—¿Él está muerto?

—No.

—Entonces diría que te controlaste admirablemente.

Me reí.

—Estás sedienta de sangre, Mor.

Ella se encogió de hombros y volvió a mirar el río.

—Él se lo merece.

De hecho sí.

Ella me miró de soslayo.

—¿Cuándo debería marcharme?

—Dentro de algunas semanas, tal vez un mes.

Ella asintió y se quedó callada. Pensé preguntarle si quería saber adónde Azriel y yo creíamos que podría ir primero, pero su silencio lo dijo todo. Iría a cualquier parte.

Demasiado tiempo. Había estado encerrada dentro de las fronteras de esta corte durante demasiado tiempo. La guerra ya no contaba. Y no ocurriría en un mes, o tal vez en unos años, pero yo podía verlo: la soga invisible que se ajustaba alrededor de su cuello con cada día que pasaba aquí.

—Tómame unos días para pensarlo —le ofrecí.

Ella giró la cabeza hacia mí, su pelo dorado brilló bajo la luz.

—Dijiste que me necesitabas. No parece que hubiera demasiado lugar para elegir.

—Siempre puedes elegir. Si no quieres ir, está bien.

—¿Y quién iría en mi lugar? ¿Amren? —Soltó una mirada astuta.

Volví a reírme.

—Por cierto que no Amren. No si queremos paz —agregué—. Solo... hazme un favor y tómame tiempo para pensar antes de decir que sí. Considéralo una oferta, no una orden.

Ella hizo silencio una vez más. Juntos observamos los témpanos de hielo por el Sidra, que se dirigían hacia el mar distante y salvaje.

—¿Él gana si voy?

Una pregunta tranquila, tentativa.

—Tendrás que decidirlo por ti misma.

Mor se volvió hacia la casa ruinoso y hacia los jardines que estaban a nuestras espaldas. Pero no los miró, me di cuenta, sino que miró hacia el este. Hacia el continente y los territorios que estaban en él. Como si se preguntara qué podría estar esperando allí.



CAPÍTULO

15

Feyre

Todavía tenía que elegir o aunque sea concebir una vaga idea del regalo de Rhysand para el Solsticio.

Por suerte, Elain se aproximó silenciosamente a mí en el desayuno. Cassian todavía estaba inconsciente en el diván de la sala al otro lado del vestíbulo y al igual que Azriel, que había caído dormido sobre el diván frente a Cassian, los dos demasiado perezosos —y tal vez un poco borrachos, después de todo el vino que habíamos ingerido anoche— para recorrer el camino hasta el diminuto dormitorio libre que ambos habían estado compartiendo durante el Solsticio. Mor había tomado mi viejo dormitorio, sin que le importara el desorden que yo había agregado, y Amren había regresado a su propio departamento cuando finalmente nos habíamos separado para dormir en las primeras horas de la mañana. Tanto mi pareja como Mor todavía estaban durmiendo, y me hubiera gustado que siguieran así durante un rato. Se habían ganado el descanso. Todos lo habíamos ganado.

Pero Elain estaba tan insomne como yo, especialmente después de mi punzante charla con Nesta, que ni siquiera el vino que había bebido al regresar a casa podía borrar, y quería ver si me anotaba para una caminata por la ciudad, dándome la perfecta excusa para dedicarme a hacer más compras.

Decadente... parecía decadente y egoísta salir de compras, aun cuando fuera para gente que yo amaba. Había tantos en esta ciudad y

más allá de ella que no tenían casi nada, y cada momento adicional, innecesario, que me pasaba mirando las vidrieras y pasando los dedos sobre diversos artículos me alteraba los nervios.

—Sé que no es fácil para ti —observó Elain mientras recorriamos la tienda de una tejedora, admirando los finos tapices, alfombras y mantas que había convertido en imágenes de diversas escenas de la Corte de la Noche: Velaris bajo el brillo de la Caída de las Estrellas; las rocosas, salvajes costas de las islas del norte; las estelas de los templos de Cesere; la insignia de esta corte, las tres estrellas que coronaban una cumbre montañosa.

—¿Qué es lo que no es fácil?

Mantuvimos nuestras voces casi en un murmullo en el espacio cálido y silencioso, más por respeto a los demás clientes que admiraban las obras.

Los ojos pardos de Elain vagaron sobre la insignia de la Corte de la Noche.

—Comprar cosas sin la absoluta necesidad de hacerlo.

En la trastienda del comercio abovedado y cubierto con paneles de madera, un telar resonaba y chasqueaba mientras la artista de pelo oscuro que hacía las piezas proseguía con su trabajo, deteniéndose tan solo para responder preguntas de los clientes.

Tan diferente. Este espacio era tan diferente de la cabaña de los horrores que había pertenecido al Tejedor del Bosque. Stryga.

—Tenemos todo lo que necesitamos —le admití a Elain—. Comprar regalos parece excesivo.

—No obstante, es su tradición —replicó Elain, su rostro estaba aún sonrojado por el frío—. Una tradición que lucharon y murieron para proteger en la guerra. Tal vez esa es la mejor manera de pensarlo, en vez de sentirse culpables. Recordar que este día significa algo para ellos. Todos ellos, independientemente de quién tiene más, quién tiene menos, y para celebrar las tradiciones, incluso por medio de los regalos, honramos a los que lucharon por su propia existencia, por la paz que ahora tiene esta ciudad.

Por un momento solo miré a mi hermana, la sabiduría con la que había hablado. No un susurro de esa capacidad oracular. Sus ojos eran claros y tenía una expresión abierta.

—Tienes razón —dije, tomando la insignia que se alzaba ante mí.

El tapiz había sido tejido de un material tan negro que parecía devorar la luz, tan negro que casi hería el ojo. La insignia, sin embargo, había sido hecha con hilo plateado... no, no de plata. Una suerte de hilo iridiscente que cambiaba con reflejos de color. Como luz estelar tejida.

—¿Estás pensando en comprarlo? —preguntó Elain. Ella no había comprado nada en la hora que habíamos pasado afuera, pero se había detenido con frecuencia para contemplar. Un regalo para Nesta, había dicho. Estaba buscando un regalo para nuestra hermana, independientemente de que Nesta se dignara a reunirse con nosotras mañana.

Pero Elain había parecido más que contenta simplemente con observar la ciudad vibrante, con ver las brillantes facetas de luz hada colgadas entre los edificios y sobre las plazas, con probar cualquier bocado de comida ofrecida por un vendedor ansioso, con escuchar a los trovadores que hacían música junto a las fuentes ahora silenciosas.

Como si mi hermana también hubiera estado meramente buscando una excusa para salir de la casa hoy.

—No sé para *quién* lo compraría —admití, extendiendo un dedo hacia la negra tela del tapiz. En el momento en que mi uña tocó la superficie suave como terciopelo, pareció desvanecerse. Como si el material verdaderamente engullera todo color, toda luz—. Pero... —Miré hacia la tejedora en el otro extremo de la tienda, otra pieza formada a medias en su telar. Dejando mi pensamiento sin terminar, caminé hacia ella.

La tejedora era Alta Fae, de figura llena y piel pálida. Una sábana de pelo negro había sido tejida dejándole el rostro libre, el largo de la trenza caía sobre el hombro de su grueso suéter rojo. Prácticos pantalones marrones y botas forradas de lana de oveja completaban su atuendo. Ropas simples, confortables. Algo que yo podría usar para pintar. O para hacer cualquier cosa.

Lo que estaba usando debajo de mi pesado abrigo azul, para ser honesta.

La tejedora detuvo su trabajo y alzó la cabeza.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Pese a su bonita sonrisa, sus ojos grises eran... quietos. No había manera de explicarlo. Quietos y un poco distantes. La sonrisa trataba de compensarlos, pero fallaba para enmascarar la pesadez que se encontraba adentro.

—Me gustaría saber sobre el tapiz con la insignia —dije—. La tela negra... ¿qué es?

—Me han preguntado eso al menos una vez por hora —dijo la tejedora, mientras su sonrisa permanecía aunque el humor no iluminaba sus ojos.

Me arrepentí un poco.

—Lamento agregar otra pregunta.

Elain vino a mi lado, tenía una peluda manta rosada en una mano, y una violeta en la otra.

La tejedora desestimó mi disculpa.

—Es una tela inusual. No es raro que cause preguntas. —Pasó una mano sobre el marco de madera de su telar—. La llamo Vacío. Absorbe la luz. Crea una completa falta de color.

—¿Tú la hiciste? —preguntó Elain, mirando ahora sobre su hombro hacia el tapiz.

La tejedora asintió con solemne gesto.

—Mi nuevo experimento. Ver cómo puede hacerse la oscuridad, cómo puede tejerse. Ver si puedo llevarla más lejos, más profundo que cualquier otra tejedora antes.

Por haber estado en el vacío yo misma, la tela que había tejido se le acercaba demasiado.

—¿Por qué?

Sus ojos grises volvieron a fijarse en mí.

—Mi esposo no regresó de la guerra.

Las palabras francas, abiertas, resonaron en mí.

Fue un esfuerzo sostenerle la mirada mientras proseguía.

—Empecé a tratar de crear el Vacío el día después de que me enteré de que él había caído.

Rhys no le había pedido a nadie de esta ciudad que se uniera a sus ejércitos, sin embargo. Deliberadamente había dejado que fuera una elección. Ante la confusión en mi cara, la tejedora agregó suavemente:

—Pensó que estaba bien. Ayudar en el combate. Se marchó con otros que sentían lo mismo, y se unieron a una legión de la Corte del Verano que encontraron en su camino hacia el sur. Murió en la batalla de Adriata.

—Lo siento —dije suavemente. Elain repitió las palabras, con voz suave.

La tejedora solo miró hacia el tapiz.

—Creí que tendríamos mil años más juntos. —Puso nuevamente el telar en movimiento—. En los trescientos años que estuvimos casados, nunca tuvimos la oportunidad de tener hijos. —Sus dedos se movieron bellamente, hábiles y seguros pese a sus palabras—. Ni siquiera me quedó un pedazo de él de esa manera. Se fue, y yo no. El Vacío nació de ese sentimiento.

No supe qué decir cuando terminó de hablar.

Ella siguió trabajando.

Podría haber sido yo.

Podría haber sido Rhys.

Esa tela extraordinaria, creada y tejida en el dolor que yo había tocado brevemente y que nunca había deseado volver a conocer, contenía una pérdida que no podía imaginar.

—No dejo de tener la esperanza cada vez que alguien me pregunta sobre el Vacío, de que será más fácil —dijo la tejedora. Si la gente preguntaba con tanta frecuencia como me decía... yo no podría haberlo soportado.

—¿Por qué no quitarlo? —preguntó Elain, con la simpatía escrita en su rostro.

—Porque no quiero conservarlo. —La lanzadera corrió por el telar, volando con una vida propia.

Pese a su postura, su calma, yo casi pude sentir su agonía que irradiaba en la habitación. Unos pocos toques de mis dones daemati y podría apaciguar ese dolor, hacer que fuera menor. Nunca había hecho eso para nadie, pero...

Pero no podía. No quería. Hubiera sido una violación, aun cuando lo hubiera hecho con buenas intenciones.

Y su pérdida, su dolor sin fin... había creado algo de eso. Algo extraordinario. No podía quitárselo. Aun cuando me lo pidiera.

—La hebra de plata —dijo Elain—. ¿Cómo se llama?

La tejedora detuvo nuevamente el telar, mientras los hilos coloridos vibraban. Sostuvo la mirada de mi hermana. Esta vez no hubo ningún intento de sonrisa.

—Yo la llamo Esperanza.

Mi garganta se convirtió en un nudo insoportable, mis ojos ardieron tanto que tuve que darme vuelta, caminar de regreso hasta ese extraordinario tapiz.

La tejedora le explicó a mi hermana:

—Lo hice después de dominar el Vacío.

Miré y miré la tela negra que era como mirar en un foso del infierno. Y después miré la hebra de plata, iridiscente y viva, que la cortaba, brillante pese a la oscuridad que devoraba toda la otra luz y el color.

Podría haber sido yo. Y Rhys. Casi había ocurrido así.

Pero él había vivido, y el esposo de la tejedora no. *Nosotros* sí habíamos vivido, y la historia de ellos había terminado. A ella no le había quedado ni un pedacito de él. Al menos no de la manera en que lo deseaba.

Era afortunada... tan tremendamente afortunada hasta de estar quejándome por comprarle algo a mi pareja. Aquel momento en que él había muerto había sido el peor de mi vida, probablemente seguiría siendo así, pero lo habíamos sobrevivido. Estos meses, el *y si ocurría* me había perseguido. Todos los *y si ocurría* de los que habíamos escapado por un pelo.

Y la fiesta de mañana, esta posibilidad de celebrar estar juntos, vivos...

La imposible profundidad de negrura ante mí, el improbable desafío de la esperanza brillando a través de él, susurraba la verdad antes de que yo la supiera. Antes de que supiera qué era lo que quería regalarle a Rhys.

El esposo de la tejedora no había vuelto a casa. Pero el mío sí.

—¿Feyre?

Elain estaba otra vez junto a mí. No había escuchado sus pasos. No había escuchado ningún sonido durante unos momentos.

La galería se había vaciado, me di cuenta. Pero no me importaba, no cuando otra vez me acerqué a la tejedora, que una vez más se había detenido, ante la mención de mi nombre.

Los ojos de la tejedora estaban ligeramente abiertos mientras inclinaba la cabeza.

—Señora.

Ignoré las palabras.

—¿Cómo? —Hice un gesto indicando el telar, la pieza semiterminada que tomaba forma en el marco, el arte sobre las paredes—. ¿Cómo sigues creando a pesar de lo que perdiste?

Si escuchó el quiebre en mi voz, no lo dio a entender. La tejedora solo dijo, mientras su mirada triste y dolorosa se cruzaba con la mía.

—Tengo que hacerlo.

Las simples palabras me golpearon como un puñetazo.

La tejedora prosiguió.

—*Tengo* que crear. Porque si no todo fue para nada. *Tengo* que crear, o me desarmaré de desesperación y nunca saldré de mi cama. *Tengo* que crear porque no tengo otra manera de darle voz a esto.

Su mano descansó sobre su corazón, y mis ojos ardieron.

—Es difícil —dijo la tejedora, mientras su mirada no se apartaba de la mía—, y duele, pero si fuera a detenerme, si fuera a dejar este telar y quedara en silencio... —Finalmente dejó mi mirada para mirar a su tapiz—. Entonces no habría Esperanza brillando en el Vacío.

Mi boca tembló, y la tejedora extendió la mano para apretar la mía, sus dedos callosos, cálidos, contra los míos.

No tenía palabras para ofrecerle, nada que pudiera expresar lo que surgía en mi pecho. Nada más que:

—Me gustaría comprar ese tapiz.

* * *

El tapiz era un regalo solo para mí, y sería enviado a la casa de la ciudad más tarde ese mismo día.

Elain y yo miramos varias tiendas durante una hora más antes de que yo dejara a mi hermana haciendo sus propias compras en el Palacio de Hilos y Joyas.

Me desplazé directamente hasta el estudio abandonado del Arcoíris.

Necesitaba pintar. Necesitaba sacar lo que había visto, lo que había sentido en la galería de la tejedora.

Terminé por quedarme tres horas.

Algunas pinturas eran versiones rápidas, ágiles. Otras empecé a bosquejarlas con lápiz y papel, reflexionando en la tela lo que necesitaba, la pintura que me gustaría usar.

Pinté a través de la pena que se perfilaba en la historia de la tejedora, pinté por su pérdida. Pinté toda esa rosa dentro de mí, dejando que el pasado sangrara sobre la tela, un bendito alivio con cada trazo de mi pincel.

No me sorprendió que me atraparan.

Apenas si tuve tiempo de saltar de mi banco antes de que la puerta del frente se abriera y entrara Ressina, con un balde y un trapeador en

sus manos verdes. Por cierto, no tuve suficiente tiempo para esconder todas las pinturas y herramientas.

Ressina, para su crédito, solo sonrió al detenerse en seco.

—Sospeché que habías estado aquí. Vi las luces la otra noche y pensé que podías ser tú.

Mi corazón latía fuerte en mi cuerpo, mi rostro tan cálido como una forja, pero logré ofrecerle una sonrisa con los labios cerrados.

—Lo siento.

El hada cruzó la habitación con gracia, aun con las herramientas de limpieza en la mano.

—No hace falta disculparse. Me encaminaba a limpiar un poco.

Dejó caer el cepillo y el balde contra una de las paredes blancas vacías, con un leve golpe.

—¿Por qué? —Dejé mi pincel sobre la paleta que había puesto en un banco junto a mí.

Ressina se puso las manos sobre sus estrechas caderas y observó el lugar.

Por alguna suerte o falta de interés, no miró demasiado a mis pinturas.

—La familia de Polina no ha decidido si van a vender, pero me imaginé que ella, al menos, no querría que el lugar se convirtiera en un desorden.

Me mordí el labio, asintiendo torpemente mientras paseaba por el desorden que yo había agregado.

—Lo lamento... no fui a tu estudio la otra noche.

Ressina se encogió de hombros.

—Una vez más: no hay necesidad de disculpas.

Era muy raro que alguien fuera del círculo íntimo me hablara con tanta despreocupación. Hasta la tejedora se había mostrado más formal después de que me ofrecí a comprar su tapiz.

—Me alegra que alguien esté usando este lugar. Que tú lo estés usando —agregó Ressina—. Creo que a Polina le hubieras gustado.

Se hizo el silencio cuando yo no respondí. Cuando empecé a guardar mis cosas.

—Me saldré de tu camino. —Me moví para poner una pintura aún mojada contra la pared. Un retrato sobre el que había estado pensando desde hacía un tiempo. Lo puse en un rincón entre reinos, junto con todos los demás en los que había estado trabajando.

Me agaché para levantar mi bolsa de herramientas.

—Podrías dejarlas.

Hice una pausa, con una mano enredada en la correa de cuero.

—No es mi espacio.

Ressina se inclinó contra la pared junto a su balde y cepillo.

—Tal vez podrías hablar de eso con la familia de Polina. Son vendedores entusiastas.

Me enderecé, levantando la bolsa de herramientas.

—Tal vez —me evadí, enviando el resto de herramientas y pinturas a ese reino oculto, sin importarme si se golpeaba mientras me encaminaba hacia la puerta.

—Viven en una granja en Dunmere, junto al mar. Por si alguna vez te interesa.

No era probable.

—Gracias.

Prácticamente pude escuchar su sonrisa cuando llegué a la puerta.

—Feliz Solsticio.

—Tú también —dije por encima del hombro, antes de desaparecer en la calle.

Y me di directamente en el duro y cálido pecho de mi pareja.

Reboté de Rhys con un insulto, frunciendo el ceño ante su risa mientras él me tomaba los brazos para enderezarme sobre la calle helada.

—¿Vas a alguna parte?

Lo miré furiosa, pero entrelacé mi brazo en el de él y me lancé a una enérgica caminata.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Por qué sales corriendo de una galería abandonada como si hubieras robado algo?

—No estaba *corriendo*. —Le pellizqué el brazo, ganándome otra carcajada, ronca y profunda.

—Caminando sospechosamente rápido, entonces.

No respondí hasta que llegamos a la avenida que bajaba hacia el río. Delgadas cortezas de hielo derivaban por las aguas de color turquesa. Bajo ellas, pude sentir la corriente que seguía fluyendo... no con tanta fuerza, sin embargo, como la sentía en los meses más cálidos. Como si el Sidra hubiera caído en un letargo penumbroso durante el invierno.

—Allí es donde he estado pintando —dije al fin, mientras nos deteníamos en la pasarela con baranda junto al río. Un viento frío y

húmedo soplaba, alborotándome el pelo. Rhys me enganchó un mechón detrás de la oreja—. Hoy volví, y fui interrumpida por una artista, Ressina. Pero el estudio pertenecía a un hada que no sobrevivió al ataque esta primavera. Ressina estaba limpiando el espacio en nombre de ella. En nombre de Polina, en caso de que la familia de Polina quiera venderlo.

—Podemos comprarte un estudio si necesitas algún lugar donde pintar sola —ofreció, el leve sol doraba su pelo. Ningún signo de sus alas.

—No... no, no es tanto estar sola como... el espacio adecuado para hacerlo. La *sensación* adecuada —meneé la cabeza—. No lo sé. Pintar ayuda. Me ayuda a mí, quiero decir —exhalé un suspiro y lo miré, su cara era lo más querido para mí, más que cualquier cosa en el mundo, las palabras de la tejedora resonaron en mi interior.

Ella había perdido a su esposo, yo no. Y, sin embargo, ella aún tejía, todavía creaba. Cubrí la mejilla de Rhys, y él se apoyó en la caricia mientras yo le preguntaba en voz baja:

—¿Crees que es estúpido preguntarse si la pintura podría ayudar a otros también? No *mi* pintura, quiero decir. Sino enseñarles a otros a pintar. Dejarlos pintar. Gente que podría luchar lo mismo que yo.

Sus ojos se suavizaron.

—No creo que eso sea para nada estúpido.

Con el pulgar seguí su pómulo, saboreando cada centímetro del contacto.

—Me hace sentir mejor... tal vez podría hacer lo mismo por otros.

Él permaneció en silencio, ofreciéndome ese compañerismo que nada pedía, nada exigía, mientras yo seguía acariciándole la cara. Éramos pareja desde hacía menos de un año. Si las cosas no hubieran andado bien durante esa batalla final, ¿cuánto arrepentimiento me hubiera consumido? Yo sabía... sabía cuáles hubieran golpeado más fuerte, hubieran golpeado más profundamente. Sabía cuáles estaban en mi poder cambiar.

Finalmente bajé la mano de su cara.

—¿Piensas que alguien vendría si ese espacio o algo así estuviera disponible?

Rhys consideró, escrutando mis ojos antes de besarme la sien, su boca cálida contra mi rostro helado.

—Tendrás que ver, supongo.

* * *

Encontré a Amren en su loft una hora más tarde. Rhys tenía otra reunión que atender con Cassian y sus comandantes ilirios en el Campamento de Devlon, y me había acompañado hasta la puerta del edificio de ella antes de marcharse.

Se me frunció la nariz cuando entré en el departamento calentito de Amren.

—Huele... interesante aquí.

Amren, sentada ante la larga mesa de trabajo ubicada en el centro de su espacio, me obsequió una enorme mueca antes de hacer un gesto hacia la cama de cuatro postes.

Las sábanas arrugadas y las almohadas torcidas decían bastante acerca de los olores que yo detectaba.

—Podrías abrir una ventana —dije, indicando la pared del otro extremo del departamento.

—Está frío afuera —fue todo lo que dijo, volviendo a...

—¿Un rompecabezas?

Amren encajó una diminuta pieza en la sección en la que había estado trabajando.

—¿Se supone que debo hacer alguna otra cosa durante mi feriado de Solsticio?

No me atreví a responder, mientras me deshacía del abrigo y la bufanda. Amren mantuvo el fuego en el hogar casi sofocante. Ya fuera por ella misma o por su compañero de la Corte de Verano, aunque no había ningún signo de él que pudiera detectar.

—¿Dónde está Varian?

—Afuera, comprando más regalos para mí.

—¿Más?

Una sonrisa más pequeña esta vez, su boca roja haciéndose a un lado mientras encajaba otra pieza en su rompecabezas.

—Decidió que los que había traído de la Corte de Verano no eran suficientes.

Yo tampoco quería involucrarme en ese comentario.

Me senté frente a ella ante la larga mesa de madera oscura, examinando el rompecabezas casi terminado de lo que parecía ser alguna clase de pastoral de otoño.

—¿Un nuevo pasatiempo?

—Con ese odioso Libro para descifrar, he descubierto que extraño estas cosas —otra pieza encajó en su sitio—. Este es el quinto que hago esta semana.

—La semana tiene tan solo tres días.

—No los hacen suficientemente difíciles para mí.

—¿Cuántas piezas tiene este?

—Cinco mil.

—Presumida.

Amren canturreó para sí, después se enderezó en la silla, frotándose la espalda y haciendo un gesto de dolor.

—Bueno para la mente, pero malo para la postura.

—Es bueno que tengas a Varian para ejercitarte.

Amren rio, con un sonido como el graznido de un cuervo.

—Es bueno, por cierto. —Me escutaron esos ojos plateados, aún extraños, todavía imbuidos de algún rastro de poder—. No viniste aquí para hacerme compañía, supongo.

Me recosté en la destartada silla vieja. Ninguna de las sillas combinaba con la mesa. De hecho, cada una parecía de una década diferente. O siglo.

—No, no vine para eso.

La segunda del Supremo Señor agitó una mano que terminaba en largas uñas rojas y volvió a agacharse sobre su rompecabezas.

—Adelante.

Suspiré hondo para calmarme.

—Es sobre Nesta.

—Lo sospechaba.

—¿Le has hablado?

—Viene aquí cada tanto.

—¿De veras?

Amren intentó y falló al encajar una pieza en su rompecabezas, mientras sus ojos volaban sobre las piezas divididas por colores que la rodeaban.

—¿Resulta tan difícil de creer?

—No viene a la Casa de la ciudad. O a la Casa del Viento.

—A nadie le gusta ir a la Casa del Viento.

Levanté una pieza y Amren chasqueó la lengua como advertencia. Volví a dejar la mano sobre mi regazo.

—Esperaba que tú tal vez supieras algo de aquello por lo que está pasando.

Amren no respondió, examinó en cambio las piezas extendidas. Estuve a punto de repetir lo dicho cuando ella dijo:

—Me gusta tu hermana.

Una de las pocas.

Amren alzó los ojos hacia mí, como si yo hubiera dicho las palabras en voz alta.

—Me gusta porque les gusta a tan pocos. Me gusta porque no es fácil que ande por ahí, o que la entiendan.

—¿Pero?

Pero nada dijo Amren y volvió al rompecabezas.

—Aunque me guste no tiendo a chismorrear sobre su estado actual.

—No es un chisme. Estoy preocupada —todos lo estábamos—. Está iniciando un camino que...

—No traicionaré su confianza.

—¿Te ha hablado? —Demasiadas emociones cayeron en cascada en mi interior. Alivio porque Nesta había hablado con alguien, confusión porque hubiera sido *Amren*, y tal vez incluso celos porque mi hermana no había recurrido a mí... o a Elain.

—No —dijo Amren—. Pero sé que no le gustaría que yo reflexionara sobre su *camino* con alguien. Contigo.

—Pero...

—Dale tiempo. Dale espacio. Dale la oportunidad de decidir esto ella sola.

—Han pasado meses.

—Es una inmortal. Los meses son intrascendentes.

Apreté los dientes.

—Se niega a venir a casa para el Solsticio. A Elain se le romperá el corazón si no lo hace...

—¿A Elain o a ti?

Esos ojos plateados me dejaron clavada en mi lugar.

—A las dos —dije, entre dientes.

Una vez más, Amren buscó entre sus piezas.

—Elain tiene sus propios problemas de que ocuparse.

—¿Como por ejemplo?

Amren me lanzó una mirada. Yo la ignoré.

—Si Nesta se digna a visitarte —dije y la antigua silla gruñó mientras la empujaba hacia atrás para levantarme y tomar mi abrigo—, dile que significaría muchísimo si viniera para el Solsticio.

Amren no se molestó en levantar la vista del rompecabezas.

—No te haré promesas, chica.

Era lo mejor que podía esperar.



CAPÍTULO

16

Rhysand

Esa tarde, Cassian arrojó su bolsa de cuero sobre la estrecha cama del dormitorio de la casa de la ciudad, haciendo sonar el contenido.

—¿Trajiste armas para el Solsticio? —le pregunté, apoyándome contra el marco de la puerta.

Azriel, acomodando su propia bolsa sobre la cama frente a la de Cassian, le lanzó a nuestro hermano una vaga mirada de alarma. Después de dormirse en los divanes de la sala la noche anterior, y de un probable sueño incómodo, finalmente se habían molestado en acomodarse en el dormitorio que les estaba destinado.

Cassian se encogió de hombros y se arrojó sobre la cama, más adecuada para un niño que para un guerrero ilirio.

—Algunos podrían ser regalos.

—¿Y el resto?

Cassian se sacó las botas y se recostó contra la cabecera, plegando los brazos detrás de la cabeza mientras sus alas se extendían sobre el suelo.

—Las damas traen sus joyas. Yo traigo mis armas.

—Conozco unas cuantas damas en esta casa que podrían ofenderse ante eso.

Como respuesta, Cassian me ofreció una mueca perversa. La misma que le había mostrado a Devlon y a los comandantes en nuestra reunión una hora atrás. Todo estaba listo para la tormenta; todas las patrullas

declaradas. Una reunión estándar, y otra a la que no necesitaba asistir, aunque era bueno recordarles mi presencia. Especialmente antes de que se reunieran para el Solsticio.

Azriel caminó hacia la solitaria ventana del extremo de la habitación y escrutó el jardín de abajo.

—Nunca me albergué en esta habitación. —Su voz de medianoche llenó el espacio.

—Eso es porque tú y yo hemos sido empujados al pie de la escalera, hermano —le respondió Cassian, sus alas se plegaron sobre la cama y el suelo de madera—. Mor tiene el dormitorio bueno, Elain el otro, y a nosotros nos toca este. —No mencionó que el último dormitorio vacío, la vieja habitación de Nesta, permanecería abierto. Para su crédito, Azriel tampoco lo mencionó.

—Mejor que el ático —aventuré.

—Pobre Lucien —dijo Cassian, sonriendo.

—Si es que Lucien aparece —lo corregí. Ni una palabra sobre si se uniría a nosotros. O si permanecería en ese mausoleo que Tamlin llamaba hogar.

—Apuesto a que sí —dijo Cassian—. ¿Quieren apostar?

—No —dijo Azriel, sin volverse de la ventana.

Cassian se incorporó, el vivo retrato de la indignación.

—¿No?

Azriel plegó sus alas.

—¿Tú quieres que la gente apueste por ti?

—Ustedes, idiotas, apuestan sobre mí todo el tiempo. Recuerdo que la última vez que lo hicieron... tú y Mor, apostaron si mis alas se curarían.

Bufé. Era cierto.

Azriel permaneció en la ventana.

—¿Nesta se quedará aquí si viene?

Cassian de repente encontró que el Sifón de su mano izquierda necesitaba una lustrada.

Decidí pasarlo por alto y le dije a Azriel:

—Nuestra reunión con los comandantes anduvo tan bien como se podía esperar. En realidad, Devlon tenía un horario preparado para el entrenamiento de las chicas, cuando esta próxima tormenta sople. No creo que fuera una actuación.

—Lo mismo me sorprendería si lo recuerda una vez que se aclare la tormenta —dijo Azriel, volviéndose finalmente de la ventana del jardín.

Cassian gruñó en señal de asentimiento.

—¿Algo nuevo sobre los rezongos en los campamentos?

Mantuve mi rostro neutral. Az y yo habíamos acordado esperar hasta después de la fiesta para decirle a Cassian todo lo que sabíamos, de *quién* sospechábamos o sabíamos que era responsable. Le habíamos contado lo básico, no obstante. Lo suficiente para paliar cualquier clase de culpa.

Pero yo conocía a Cassian... tanto como a mí misma. Tal vez más. Sería capaz de interferir si se enteraba ahora. Y después de todo lo que había estado soportando estos meses, y mucho tiempo antes, mi hermano merecía un descanso. Al menos por unos días.

Por supuesto, ese *descanso* ya había incluido la reunión con Devlon y una agotadora sesión de entrenamiento en las alturas de la Casa del Viento esta mañana. Para Cassian el concepto de relajarse era desconocido.

Azriel se recostó contra la piecera de madera tallada de su cama.

—Poco para agregar a lo que ya sabes —un mentiroso tranquilo, fácil. Mucho mejor que yo—. Pero perciben que está creciendo. El mejor momento para evaluarlo es después del Solsticio, cuando todos hayan vuelto a casa. Ver quién difunde la discordia, entonces. Si ha crecido mientras todos celebraban juntos o si nevó con esta tormenta.

La manera perfecta para revelar después el verdadero alcance de lo que sabíamos.

Si los ilirios se sublevaban... No quería adelantarme. Lo que me costaría. Lo que le costaría a Cassian, luchar contra el pueblo del que todavía deseaba tan desesperadamente formar parte. Matarlos. Sería muy diferente a lo que le habíamos hecho a los ilirios, que con tanto gusto habían servido a Amarantha, y que habían hecho cosas tan terribles en su nombre. Muy diferente.

Eliminé el pensamiento. Más tarde. Después del Solsticio. Entonces nos ocuparíamos de eso.

Cassian, por suerte, parecía inclinado a hacer lo mismo. Y yo no lo culpaba, dada la hora de postura de mierda que había soportado antes de que nos trasladáramos aquí. Incluso ahora, siglos más tarde, los señores y comandantes del campamento aún lo desafiaban. Lo escupían.

Cassian tocó con los pies su propia piecera, sin estirar del todo las piernas.

—¿Quién usaba esta cama, de todos modos? Es del tamaño de Amren.

Solté un bufido.

—Cuidado como te quejas. Feyre nos llama bebés ilirios con suficiente frecuencia.

Azriel soltó una risita.

—Su vuelo ha mejorado lo suficiente que creo que tiene derecho a hacerlo.

El orgullo me invadió. Tal vez ella no tenía la habilidad natural, pero lo había compensado con absoluta determinación y concentración. Yo había perdido la cuenta de las horas que pasamos en el aire... el precioso tiempo que habíamos logrado robar para nosotras.

Le dije a Cassian:

—Puedo ver si les encuentro dos camas más largas.

Con la víspera del Solsticio, eso implicaría un milagro menor. Tendría que revolver todo Velaris.

Él hizo un gesto con la mano.

—No hay necesidad. Mejor que el sofá.

—Estaban demasiado borrachos para subir las escaleras anoche, además —dije irónicamente, ganándome un gesto vulgar como respuesta—, el espacio en esta casa por cierto parece ser un problema. Podrían quedarse allá, en la Casa, si prefieren. Puedo llevarlos.

—La Casa es aburrida —Cassian bostezó, para darle más énfasis—. Az se escurrió en las sombras y me quedé completamente solo.

Azriel me lanzó una mirada que decía: *Bebé ilirio, sin dudas.*

Escondí mi sonrisa y le dije a Cassian:

—Tal vez deberían conseguirse un lugar propio, entonces.

—Tengo uno en Iliria.

—Me refería aquí.

Cassian enarcó una ceja.

—No necesito una casa aquí. Necesito un *cuarto*. —Pateó la piecera, sacudiendo el panel de madera—. Este estaría bien si no tuviera una cama de muñeca.

Volví a soltar una risita, pero contuve mi respuesta. Mi sugerencia de que él podría desear un lugar propio. Pronto. No porque estuviera ocurriendo algo en ese frente. No tan pronto. Nesta había dejado en claro

que no tenía interés en Cassian... ni siquiera en estar en la misma habitación que él. Yo sabía por qué. Lo había visto ocurrir, había sentido muchas veces de ese modo.

—Tal vez ese sea tu regalo de Solsticio, Cassian —respondí en cambio—. Una nueva cama aquí.

—Mejor que los regalos de Mor —masculló Az.

Cassian se rio, el sonido rebotó contra las paredes.

Pero yo miré en dirección al Sidra y enarqué una ceja.

* * *

Ella se veía radiante.

La víspera del Solsticio ya había caído sobre Velaris, aquietando el zumbido que había pulsado en la ciudad durante las semanas pasadas, como si todo el mundo hubiera hecho una pausa para escuchar la nieve que caía.

Una caída suave, sin duda, comparada con la tormenta salvaje desatada sobre las montañas ilirias.

Nos habíamos reunido en la sala, el fuego crujiendo, el vino abierto y fluyendo. Aunque ni Lucien ni Nesta habían aparecido, el ambiente no era para nada sombrío.

De hecho, cuando Feyre emergió del vestíbulo de la cocina, me tomé un momento simplemente para incorporarla desde donde estaba sentado, en un sillón próximo al fuego.

Ella fue directamente a Mor... tal vez porque Mor sostenía el vino, ya fuera de su alcance.

Admiré la vista desde atrás, mientras llenaban la copa de Feyre.

Era un esfuerzo para desatar todo instinto de furia en esa visión en particular. En las curvas y los huecos de mi pareja, en su color... tan vibrante, aun en este cuarto con tantas personalidades. Su vestido de terciopelo azul medianoche la abrazaba perfectamente, dejando poco para la imaginación antes de caer al suelo. Se había dejado el cabello suelto, ligeramente ondulado en sus extremos... pelo que sabía que más tarde yo desearía revolver con mis manos, desparramando las peinetas de plata que sostenían los costados. Y después le quitaría ese vestido. Lentamente.

—Me das ganas de vomitar —siseó Amren, pateándome con su zapato de seda plateada desde donde estaba sentada, en el sillón contiguo al mío—. Refrena ese aroma tuyo, muchacho.

Le lancé una mirada incrédula.

—Disculpas. —Eché un vistazo a Varian, de pie al costado del sillón de ella, y silenciosamente le ofrecí mis condolencias.

Varian, ataviado con el azul y el oro de la Corte de Verano, solo sonrió e inclinó la cabeza hacia mí.

Raro... tan raro ver al Príncipe de Adriata aquí. En mi casa de la ciudad. Sonriendo. Bebiendo mi licor.

Hasta...

—¿Alguna vez celebran el Solsticio en la Corte de Verano?

Hasta que Cassian decidió abrir la boca.

Varian volvió la cabeza hacia Cassian y Azriel, su pelo plateado centelleaba a la luz del fuego.

—En el verano, obviamente. Ya que hay dos Solsticios.

Azriel ocultó su sonrisa bebiendo un sorbo de su vino.

Cassian colgó un brazo de la espalda del sofá.

—¿De veras hay dos?

Madre del cielo. Entonces iba a ser esta clase de noche.

—No te molestes en contestarle —le dijo Amren a Varian, sorbiendo de su vino—. Cassian es precisamente tan estúpido como parece. Y tal como suena —agregó con una mirada filosa.

Cassian alzó su copa en saludo antes de beber.

—Supongo que en teoría tu Solsticio de verano es igual que el nuestro —le dije a Varian, aunque conocía la respuesta. Había visto muchos de ellos... mucho tiempo atrás—. Las familias se reúnen, comen, comparten regalos.

Varian me concedió algo que, hubiera jurado, era un gesto de agradecimiento.

—Por cierto.

Feyre apareció junto a mi asiento, su aroma me invadió. Tiré de ella hacia abajo para que se sentara en el brazo de mi sillón. Ella lo hizo con una familiaridad que entibió algo profundo en mí. Sin siquiera molestarme en mirar dónde iba, su brazo se deslizó alrededor de mis hombros. Simplemente descansando allí... solo porque podía.

Pareja. Mi pareja.

—¿Entonces Tarquin no celebra para nada el Solsticio de invierno?
—le preguntó ella a Varian.

Él meneó la cabeza.

—Tal vez deberíamos haberlo invitado —caviló Feyre.

—Todavía hay tiempo —ofrecí. El Caldero sabía que necesitábamos alianzas más que nunca—. La decisión es suya, príncipe.

Varian miró a Amren, quien parecía totalmente concentrada en su copa de vino.

—Lo pensaré.

Yo asentí. Tarquin era su Supremo Señor. Si viniera aquí, Varian se concentraría en otra cosa. Lejos de donde deseaba concentrarse... por los pocos días que había tenido con Amren.

Mor se lanzó sobre el sofá entre Cassian y Azriel. Sus rizos rubios rebotaron.

—Me gustaría que fuéramos solo nosotros, de todas maneras —declaró—, y tú, Varian.

Varian le ofreció una sonrisa que decía que apreciaba el esfuerzo.

El reloj sobre la chimenea dio las ocho. Como si la hubiera llamado a ella, Elain entró en la habitación.

Mor se puso instantáneamente de pie, ofreciendo... *insistiendo* en servir vino. Típico.

Elain se negó cortésmente, tomando un lugar en una de las sillas de madera colocadas junto al ventanal. También típico.

Pero Feyre estaba mirando el reloj, con el ceño fruncido. *Nesta no vendrá.*

La invitaste para mañana. Envié una caricia calmante por el vínculo, como si eso pudiera borrar la desilusión que emanaba de ella.

La mano de Feyre se apretó sobre mi hombro.

Levanté mi copa, mientras la habitación se aquietaba.

—Para la familia vieja y nueva. Que comiencen las festividades del Solsticio.

Todos bebimos por eso.



CAPÍTULO

17

Feyre

El resplandor del amanecer que se filtraba a través de nuestras pesadas cortinas de terciopelo me despertó la mañana del Solsticio.

Hice un gesto de disgusto ante esa zona brillante y giré la cabeza lejos de la ventana. Pero mi mejilla chocó con algo crujiente y firme. Definitivamente no era mi almohada.

Desprendiendo la lengua del paladar, frotando el dolor de cabeza que se había formado en mi ceja izquierda gracias a las horas de beber, reír y más beber que habían durado hasta las primeras horas de la mañana, me incorporé lo suficiente para ver qué era lo que habían puesto junto a mi cara.

Un regalo. Envuelto en negro papel de crepe y atado con hilo de plata. Y, junto a él, sonriéndome, estaba Rhys.

Había apoyado la cabeza sobre un puño, sus alas estaban plegadas sobre la cama detrás de él.

—Feliz cumpleaños, querida Feyre.

Gruñí.

—¿Cómo estás sonriendo después de todo ese vino?

—No tomé ni una sola botella, es por eso. —Con un dedo trazó el canal de mi columna vertebral.

Me incorporé sobre mis codos, examinando el regalo que él había dejado ahí. Era rectangular y casi chato... unos cinco centímetros más o menos.

—Esperaba que te hubieras olvidado.

Rhys esbozó una sonrisa de complicidad.

—Por supuesto que sí.

Bostezando, me arrastré hasta quedar arrodillada. Estiré los brazos muy alto sobre la cabeza antes de atraer el regalo hacia mí.

—Creí que íbamos a abrir los regalos esta noche con los demás.

—Es tu cumpleaños —dijo él lentamente—. Las reglas no se aplican a ti.

Ante eso, alcé los ojos al cielo, y sonreí un poco. Aflojando el envoltorio, saqué un asombroso cuaderno encuadernado en negro, de cuero flexible, tan suave que era casi terciopelo. Al frente, estampadas en simples letras plateadas, aparecían mis iniciales.

Abrí la cubierta flexible, pasé las páginas y páginas de bello papel grueso. Todo en blanco.

—Cuaderno de bocetos —dijo—. Justo para ti.

—Es bello.

Lo era. Simple, aunque hecho exquisitamente. Yo misma lo hubiera elegido para mí, si ese lujo no me hubiera parecido excesivo.

Me agaché para besarlo, un roce de nuestras bocas. Por el rabillo del ojo vi que otra cosa aparecía sobre mi almohada.

Me retiré para ver un segundo regalo a la espera, una gran caja envuelta en papel amatista.

—¿Más?

Rhys hizo un gesto con una mano perezosa, pura arrogancia iliria.

—¿Creíste que un cuaderno de bosquejos bastaría para mi Suprema Dama?

Con el rostro acalorado, abrí el segundo regalo. Una bufanda azul cielo de la lana más suave estaba plegada en su interior.

—Así puedes dejar de robar las de Mor —dijo, con un guiño.

Esbocé una mueca, envolviéndome con la bufanda. Cada pulgada de piel que tocaba se sentía como una decadencia.

—Gracias —dije, acariciando el fino material—. El color es bello.

—Mmmm —otro gesto de su mano, y apareció un tercer regalo.

—Esto se está poniendo excesivo.

Rhys solo arqueó una ceja, y yo lancé una risita cuando abrí el tercer obsequio.

—Una nueva cartera para mis instrumentos de pintura —exhalé, pasando las manos sobre el cuero fino mientras admiraba los diversos

bolsillos y correas. Un conjunto de lápices y carbones ya estaban acomodados en su interior. El frente también tenía el monograma de mis iniciales... junto con una diminuta insignia de la Corte de la Noche.

—Gracias —volví a decir.

La sonrisa de Rhysand se hizo más profunda.

—Tuve la sensación de que las joyas no estarían muy altas en tu lista de presentes deseados.

Era cierto. Por bellas que fueran, yo sentía poco interés por ellas. Y ya tenía muchas.

—Esto sería exactamente lo que hubiera pedido.

—Si no hubieras esperado que tu propia pareja olvidara tu cumpleaños.

Bufé.

—Si no hubiera esperado eso.

Lo besé otra vez, y cuando intenté alejarme, él deslizó una mano detrás de mi cabeza y me mantuvo allí.

Me besó profunda, perezosamente... como si estuviera satisfecho a no hacer otra cosa durante todo el día. Yo podría haberlo considerado. Pero conseguí soltarme, y crucé las piernas cuando me acomodé en la cama y alcancé mi nuevo cuaderno de bosquejos y cartera de instrumentos.

—Quiero dibujarte —dije—. Como regalo de cumpleaños para *mí*.

Su sonrisa era positivamente felina.

Agregué, abriendo mi cuaderno y dedicándome a la primera página:

—Una vez dijiste que un desnudo sería mejor.

Los ojos de Rhys centellearon, y un susurro de su poder a través del cuarto hizo abrir las cortinas, llenando el espacio con el sol de media mañana. Mostrando cada glorioso centímetro desnudo de él se extendió sobre la cama, y se iluminaron los suaves rojos y dorados de sus alas.

—Haz lo peor que puedas, Rompemaldiciones.

Con mi sangre chisporroteando, extraje un pedazo de carbón y empecé.

* * *

Eran casi las once cuando salimos de la habitación. Había llenado páginas y páginas de mi cuaderno con él... dibujos de sus alas, sus ojos,

sus tatuajes ilirios. Y suficientes de su bello cuerpo desnudo como para saber que nunca compartiría el cuaderno con alguien que no fuera él. De hecho, Rhys había canturreado su aprobación cuando había ojeado mi trabajo, sonriendo pícaramente ante la precisión de mis dibujos de ciertas áreas de su cuerpo.

La casa de la ciudad todavía estaba silenciosa cuando bajamos la escalera. Mi pareja estaba decidida a usar cueros ilirios... por alguna extraña razón. Si la mañana del Solsticio incluía una de las extenuantes sesiones de entrenamiento de Cassian, con gusto me quedaría atrás y empezaría a comer el banquete que, según podía oler, ya se estaba cocinando en la cocina más allá del vestíbulo.

Al entrar al comedor me encontré el desayuno servido, pero a ninguno de nuestros compañeros presentes. Rhys me condujo a mi lugar usual en la mitad de la mesa, luego se deslizó en la silla que estaba a mi lado.

—Supongo que Mor aún duerme arriba. —Serví una galleta de chocolate en mi plato y luego otra en el de él.

Rhys cortó la tarta de puerro y jamón y me puso una porción en mi plato.

—Ella bebió aun más que tú, así que creo que no la veremos hasta la caída del sol.

Bufé, y extendí mi taza para recibir el té que él me ofrecía, el vapor salía en ondas del pico de la tetera.

De pronto, dos enormes figuras llenaron la arcada del comedor, y Rhys se detuvo. Gran Azriel y Cassian, que se habían deslizado sobre pies suaves como patas de gato, y usaban sus cueros ilirios.

Y por sus muecas idiotas, supe que esto no terminaría bien.

Se movieron antes de que Rhys pudiera hacerlo, y solo una ráfaga de su poder evitó que la tetera se cayera sobre la mesa antes que ellos lo alzarán de su sitio. Se dirigieron directamente a la puerta del frente.

Yo solo mordí mi galleta.

—Por favor, tráiganlo de vuelta entero.

—Lo cuidaremos muy bien —prometió Cassian, con humor perverso en sus ojos.

Incluso Azriel seguía con su mueca mientras dijo:

—Si es que nos puede seguir el paso.

Enarqué una ceja, y justo cuando desaparecían por la puerta del frente, aún arrastrando a Rhys, mi pareja me dijo:

—La tradición.

Como si eso fuera una explicación.

Y después desaparecieron, adonde solo la Madre podría saberlo.

Pero al menos ninguno de los ilirios había recordado mi cumpleaños... gracias al Caldero.

Entonces, con Mor dormida y Elain probablemente en la cocina ayudando a preparar esa deliciosa comida cuyo aroma ahora llenaba la casa, me permití una rara comida tranquila. Me serví la galleta que había puesto en el plato de Rhys junto con su porción de tarta. Y después otra más.

La tradición, por cierto.

Con poco que hacer más allá de descansar hasta que empezaran las festividades antes de la caída del sol, me acomodé en el escritorio de nuestro dormitorio para hacer un poco de papeleo.

Muy festivo, ronroneó Rhys a través del vínculo.

Prácticamente podía ver su sonrisa burlona.

¿Y exactamente dónde estás?

No te preocupes por eso.

Fruncí el ceño al ojo de mi palma, aunque sabía que Rhys ya no lo usaba. *Eso sonaba a que yo debería estar preocupada.*

Una oscura carcajada.

Cassian dice que puedes aporrearlo cuando volvamos a casa.

¿Qué sería cuándo?

Una pausa demasiado larga. *¿Antes de la comida?*

Solté una risita. *Realmente no quiero saberlo, ¿verdad?*

Realmente no.

Todavía sonriendo, dejé que cayera el hilo entre nosotros, y suspiré frente a los papeles. Cuentas y cartas y presupuestos...

Enarqué una ceja ante estos últimos, levantando un tomo encuadernado en cuero. Una lista de gastos de la casa... solo de Rhys y yo. Una gota de agua comparada con la riqueza contenida entre sus diversos recursos. Nuestros recursos. Saqué una hoja de papel, empecé a contar los gastos hasta ahora, avanzando a través de un laberinto matemático.

El dinero *estaba* allí... si yo quería usarlo. Para comprar ese estudio. Había dinero para hacerlo con los fondos destinados a «compras misceláneas».

Sí, podía comprar ese estudio en un solo latido con la fortuna que ahora estaba a mi nombre. Pero usar ese dinero tan dispendiosamente, aun para un estudio que no sería solamente para mí...

Cerré el libro, deslizándolo mis cálculos entre sus páginas, y me incorporé. El papeleo podía esperar. Esas decisiones podían esperar. El Solsticio, me había dicho Rhys, era para la familia. Y como en este momento él lo estaba pasando con sus hermanos, supuse que yo debía encontrar al menos a una de mis hermanas.

Elain me cruzó a mitad de camino hacia la cocina. Llevaba una bandeja de tartas de mermelada hacia la mesa del comedor, donde una variedad de cosas horneadas ya había empezado a tomar forma, como tortas en capas y galletas heladas. Panecillos azucarados y pasteles de fruta mojados con caramelo.

—Se ven bonitos —le dije como saludo, indicando con la cabeza las galletas con forma de corazón que tenía en su bandeja. *Todo* se veía bonito.

Elain sonrió, su trenza se balanceaba con cada paso hacia el creciente montículo de comida.

—Sabes tan bien como se ven.

Dejó la bandeja y se frotó las manos llenas de harina en el delantal que llevaba puesto sobre su vestido rosa desteñido. Aun en mitad del invierno era un florecer de color y luz solar.

Me entregó una de las tartas, donde brillaba el azúcar. La mordí sin vacilar y solté un zumbido de placer. Elain sonrió abiertamente.

Observé la comida que estaba disponiendo y le pregunté entre bocados:

—¿Cuánto has estado trabajando en esto?

Medio encogimiento de hombros.

—Desde el alba —y agregó—: Nuala y Cerridwen se levantaron horas antes.

Había visto el bono del Solsticio que Rhys le había dado a cada una de ellas. Era más de lo que muchas familias ganaban en un año. Merecían cada condenado marco de cobre.

Especialmente por lo que habían hecho por mi hermana. El compañerismo, la determinación, el pequeño sentido de normalidad dentro de esa cocina. Ella les había comprado esas abrigadas y peludas mantas a la tejedora, una rosa frambuesa y la otra lila.

Elain me miró a su vez, mientras yo terminaba la tarta y buscaba otra.

—¿Has tenido alguna noticia de ella?

Sabía a quién se refería. Mientras abría la boca para decirle que no, un golpe sonó en la puerta del frente.

Elain se movió tan rápido que yo apenas pude seguirla. Abrió la puerta cancel de vidrio arenado del vestíbulo, y después el pestillo de la pesada puerta de roble del frente.

Pero no era Nesta la que estaba en el peldaño de entrada con las mejillas sonrojadas de frío.

No, cuando Elain dio un paso atrás y su mano se alejó del picaporte, reveló a Lucien sonriéndonos tensamente a las dos.

—Feliz Solsticio —fue todo lo que dijo.



CAPÍTULO

18

Feyre

—Te ves bien —le dije a Lucien cuando nos sentamos en los sillones ante el fuego; Elain se encontraba reclinada silenciosamente en el diván contiguo.

Lucien se calentó las manos en el resplandor del fuego de abedul, mientras la luz teñía su rostro de rojos y dorados... dorados que combinaban con su ojo mecánico.

—Tú también —lanzó una mirada de soslayo hacia Elain, ágil y fugaz—. Las dos.

Elain no dijo nada, pero al menos inclinó la cabeza para agradecer. En el comedor, Nuala y Cerridwen seguían agregando comida a la mesa, su presencia era ahora poco más que sombras gemelas mientras caminaban a través de las paredes.

—Trajiste regalos —dije inútilmente, señalando con la cabeza la pequeña pila que había puesto junto a la ventana.

—Es la tradición del Solsticio aquí, ¿no es cierto?

Refrené mi gesto de dolor. El último Solsticio que había experimentado había sido en la Corte de Primavera. Con Ianthe. Y Tamlin.

—Eres bienvenido si quieres pasar la noche aquí —dije, ya que Elain por cierto no lo diría.

Lucien bajó las manos hasta su regazo y se recostó en el sillón.

—Gracias, pero tengo otros planes.

Rogué que no percibiera la ligera expresión de alivio del rostro de Elain.

—¿Dónde vas? —le pregunté, en cambio, esperando que siguiera concentrado en mí. Y sabiendo que era una tarea imposible.

—Yo... —Lucien buscó las palabras. No una mentira o excusa, advertí un momento más tarde. Lo confirmé cuando dijo—: He estado en la Corte de Primavera de tanto en tanto. Pero si no estoy aquí en Velaris, he estado mayormente con Jurian. Y Vassa.

Me incorporé.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Hay una antigua casa señorial en el sudeste, en el territorio de los humanos. A Jurian y Vassa se la... obsequiaron.

Por las líneas que encerraba su boca, supe quién era probablemente el que había arreglado que la propiedad cayera en manos de ellos. Graysen... o su padre. No me atreví a mirar a Elain.

—Rhys mencionó que aún estaban en Prythian. No sabía que era una base tan permanente.

Un breve gesto de asentimiento.

—Por ahora. Mientras se arreglan las cosas.

Como el mundo sin un muro. Como las cuatro reinas humanas que aún ocupaban el continente. Pero ahora no era el momento de hablar de eso.

—¿Cómo están ellos... Jurian y Vassa? —Por Rhys me había enterado bastante de cómo le iba a Tamlin. No me interesaba escuchar más sobre eso.

—Jurian... —Lucien exhaló un suspiro, examinando la madera tallada del cielorraso—. Gracias al Caldero por él. Nunca creí que diría eso, pero es cierto. —Se pasó una mano a través de su sedoso cabello rojo—. Está manteniendo todo en funcionamiento. Creo que para este momento ya hubiera sido coronado rey si no fuera por Vassa. —Percibí un gesto en los labios, un brillo en el ojo rojizo—. A ella le va bien. Saborea cada segundo de su libertad temporal.

Yo no había olvidado su súplica aquella noche, después de la última batalla con Hybern. Romper la maldición que la mantenía humana por la noche y pájaro de fuego durante el día. Antes había sido una reina orgullosa... todavía orgullosa, sí, pero desesperada por reclamar su libertad. Su cuerpo humano. Su reino.

—¿Ella y Jurian se entienden?

Yo no los había visto interactuar, solo podía imaginar qué podían hacer ellos dos juntos en la misma habitación. Ambos tratando de conducir a los humanos que ocupaban la banda de territorio en el extremo sur de Prythian. Dejado sin gobierno durante tanto tiempo. Demasiado tiempo.

Ningún rey o reina quedaba en esas tierras. Ningún recuerdo de su nombre, de su linaje.

Al menos entre los humanos. Los Fae podrían saberlo. Rhys podría saberlo.

Pero todo lo que quedaba de quien fuera que hubiera gobernado el extremo sur de Prythian era un heterogéneo surtido de damas y señores. Nada más. Ni duques ni condes ni ninguno de los títulos que alguna vez había oído mencionar a mis hermanas cuando hablaban de los humanos del continente. No existían esos títulos en los territorios de los Fae. Ni en Prythian.

No, solo había Supremos Señores y señores. Y ahora una Suprema Dama.

Me pregunté si los humanos se habían habituado a usar solamente *señor* como título gracias a los Altos Fae que merodeaban encima del muro.

Merodeaban... pero ya no.

Lucien consideró mi pregunta.

—Vassa y Jurian son dos caras de la misma moneda. Por suerte, su visión del futuro de los territorios humanos en general coincide. Pero los métodos para conseguirlo... —Elain frunció el ceño y luego hizo un gesto de dolor hacia mí—. Esta no es una charla muy apropiada para el Solsticio.

Definitivamente no, pero no me importaba. Y en cuanto a Elain...

Mi hermana se puso de pie.

—Debo ir a buscar algún refrigerio.

Lucien también se incorporó.

—No hay necesidad de que te molestes. Yo...

Pero ella ya había salido de la habitación.

Cuando sus pasos ya no fueron audibles, Lucien se derrumbó en su sofá y exhaló un largo suspiro.

—¿Cómo está?

—Mejor. No menciona sus capacidades. Si es que le quedan.

—Bien. Pero sigue... —un músculo tembló en su mandíbula—.
¿Sigue llorando por él?

Las palabras eran poco más que un gruñido.

Me mordí el labio, considerando cuánta verdad revelar. Finalmente, opté por decirlo todo:

—Estaba profundamente enamorada de él, Lucien.

Su ojo rojizo centelleó con rabia acumulada. Un instinto incontrolable... el de una pareja que elimina cualquier amenaza. Pero permaneció sentado. Aunque sus dedos se clavaron en los brazos del sillón.

Continué:

—Solo han pasado unos pocos meses. Graysen dejó claro que el compromiso terminó, pero a ella tal vez le lleve un poco más de tiempo superarlo.

Otra vez esa rabia. No por celos o por una amenaza, sino...

—Él es el tarado más grande que cualquiera haya conocido.

Lucien lo *había* conocido, advertí. De alguna manera, al vivir con Jurian y Vassa en esa casa señorial se había topado con el exprometido de Elain. Y se las había arreglado para dejar al señor humano con vida.

—Coincidiría contigo en eso —admití—. Pero recuerda que estaban comprometidos. Dale a ella tiempo para aceptarlo.

—¿Para aceptar una vida encadenada a mí?

Respiré con furia.

—No quise decir eso.

—No quiere tener nada que ver conmigo.

—¿Acaso lo querrías tú, si estuvieras en su lugar?

Él no respondió.

Intenté:

—Cuando acabe el Solsticio, ¿por qué no vienes a quedarte una o dos semanas? No en tu departamento, quiero decir. Aquí, en la casa de la ciudad.

—¿Para hacer qué?

—Pasar tiempo con ella.

—No creo que ella tolere dos minutos a solas conmigo, así que ni hablemos de dos semanas. —Su mandíbula tembló mientras miraba el fuego.

El fuego. El don de su madre.

No el de su padre.

Sí, era el don de Beron. El don del padre, que el mundo creía que lo había engendrado. Pero no el don de Helion. Su verdadero padre.

Yo aún no lo había mencionado. Solamente a Rhys.

Este tampoco era el momento para eso.

—Yo habría esperado —me aventuré a decir—. Cuando rentaste el departamento, eso significaba que vendrías a trabajar aquí. Con nosotros. Que serías nuestro emisario humano.

—¿Y no estoy haciendo eso ahora? —Enarcó una ceja—. ¿Acaso no le estoy mandando dos informes semanales a tu jefe de espías?

—Podrías venir a *vivir* aquí, eso es todo lo que digo —repetí—. A vivir de veras aquí, a quedarte en Velaris más tiempo que unos pocos días cada vez. Podríamos prepararte un alojamiento más hermoso...

Lucien se puso de pie.

—No necesito tu caridad.

Yo también me puse de pie.

—¿Pero la de Jurian y Vassa está bien?

—Te sorprendería saber cómo nos llevamos nosotros tres.

Amigos, advertí. De alguna manera se habían convertido en sus *amigos*.

—¿Entonces prefieres quedarte con ellos?

—No me estoy quedando *con* ellos. La propiedad es *nuestra*.

—Interesante.

Su ojo dorado zumbó.

—¿Qué cosa?

Como no me sentía para nada festiva, dije ásperamente:

—Que ahora te sientas más cómodo con humanos que con Altos Fae. Si me preguntas...

—No te pregunto.

—Parece que has decidido quedarte con dos personas que tampoco tienen un hogar propio.

Lucien me miró larga y duramente. Cuando habló, su voz era áspera.

—Que tengas un feliz Solsticio, Feyre.

Se volvió hacia el vestíbulo, pero lo aferré del brazo para detenerlo. El poderoso músculo de su antebrazo se movió bajo la fina seda de su chaqueta de color zafiro, pero él no hizo ningún movimiento para soltarse de mí.

—No quise decir eso —dije—. Tienes un hogar aquí, si quieres.

Lucien estudió la sala, el vestíbulo que estaba más allá y el comedor al otro lado.

—La Banda de Exiliados.

—¿La qué?

—Así nos llamamos a nosotros mismos. La Banda de Exiliados.

—Tienen un nombre para ustedes. —Luché contra mi tono incrédulo. Él asintió.

—Jurian no es un exiliado —dije. Vassa sí. Lucien ya lo era dos veces.

—El reino de Jurian no es más que polvo y memoria casi olvidada, su pueblo está disperso y absorbido por otros territorios. Puede llamarse a sí mismo como se le antoje.

Sí, después de la batalla con Hybern, después de la ayuda de Jurian, supongo que era así.

—¿Y qué es exactamente lo que esta Banda de Exiliados planea hacer? ¿Organizar eventos? ¿Organizar comités de planificación?

El ojo metálico de Lucien hizo un leve clic y se entrecerró.

—Tú puedes ser una idiota tan grande como esa pareja tuya, ¿lo sabes?

Cierto. Volví a suspirar.

—Lo siento. Tan solo...

—No tengo otro sitio donde ir. —Antes de que pudiera objetar, él dijo—: Ustedes arruinaron cualquier posibilidad que tuviera de volver a Primavera. No a Tamlin, sino a la corte más allá de su casa. Todo el mundo cree las mentiras que tramaron o me creen cómplice de su engaño. Y en cuanto a venir aquí... —Se soltó de mi brazo y se encaminó hacia la puerta—. No puedo estar en la misma habitación que ella por más de dos minutos. No soporto estar en esta corte y permitir que tu pareja pague por las ropas que me cubren.

Estudí la chaqueta que tenía puesta. La había visto antes. Allá en...

—Tamlin la envió a nuestra casa ayer —siseó Lucien—. Mis ropas. Mis pertenencias. Todo. Las hizo enviar desde la Corte de Primavera y las dejaron en el umbral.

Bastardo. Todavía un bastardo, pese a lo que había hecho por Rhys y por mí durante la última batalla. Pero la culpa de esa conducta no era solamente de Tamlin. Yo había creado esa ruptura. La había abierto con mis propias manos.

No me sentía suficientemente culpable como para disculparme por ella. Todavía no. Posiblemente nunca.

—¿Por qué? —fue la única pregunta que se me ocurrió hacer.

—Tal vez tiene algo que ver con la visita de tu pareja el otro día.

Mi espalda se envaró.

—Rhys no te mezcló en eso.

—Como si lo hubiera hecho. Sea lo que fuere que haya dicho o hecho, Tamlin decidió que quiere permanecer en soledad. —Su ojo rojizo se oscureció—. Tu pareja tendría que haber sabido hacer otra cosa y no patear a un varón caído.

—No puedo decir que lamento particularmente que lo haya hecho.

—Necesitarán a Tamlin como aliado antes de que se asiente el polvo. Tienen que avanzar con cuidado.

Yo no quería pensar en eso, evaluarlo, hoy. Y ningún día.

—Mis asuntos con él están terminados.

—Tal vez los tuyos, pero no los de Rhys. Y harías bien en recordarle ese hecho a tu pareja.

Un pulso llegó por el vínculo, como si fuera una respuesta. *¿Todo está bien?*

Dejé que Rhys viera y escuchara todo lo que se había dicho; la conversación expresada en el tiempo le tomaba un parpadeo. *Lamento haberle causado problemas*, dijo Rhys. *¿Necesitas que vuelva a casa?*

Yo lo manejaré.

Hazme saber si necesitas algo, dijo Rhys y el vínculo quedó en silencio.

—¿En contacto? —preguntó tranquilamente Lucien.

—No sé de qué hablas —dije y mi cara era el verdadero retrato del aburrimiento. Me lanzó una mirada sagaz, continuó su camino hacia la puerta y tomó su pesado abrigo y bufanda de los ganchos montados junto a la puerta—. La caja más grande es para ti. La más pequeña es para ella.

Me llevó un latido de mi corazón advertir que se refería a los regalos. Miré sobre mi hombro el cuidadoso envoltorio plateado, los moños azules sobre ambas cajas.

Cuando miré hacia atrás, Lucien se había ido.

* * *

Encontré a mi hermana en la cocina, mirando la pava que chillaba.

—Él no se queda para el té —le dije.

Ni un signo de Nuala o de Cerridwen.

Elain simplemente quitó la pava del calor.

Sabía que no estaba verdaderamente enojada con ella, que no estaba enojada con nadie más que conmigo misma, pero dije:

—¿No podías decirle ni una sola palabra? ¿Un saludo agradable?

Elain solo miró la pava que hervía mientras la dejaba sobre la mesada de piedra.

—Te traje un regalo.

Esos ojos pardos, de cierva, se volvieron hacia mí. Más agudos de lo que nunca los había visto.

—¿Y eso lo autoriza a mi tiempo, a mi afecto?

—No —parpadeé—. Pero es un *buen* varón. —Pese a nuestras palabras duras. Pese a su basura de la Banda de Exiliados—. A él le importas.

—Él no me conoce.

—No le das la oportunidad de intentarlo siquiera.

Su boca se puso tensa, el único singo de furia en su semblante lleno de gracia.

—No quiero una pareja. No quiero un *varón*.

Ella quería un hombre humano.

Solsticio. Hoy era el Solsticio, y se suponía que todo el mundo debía estar alegre y feliz. Por cierto, no peleando a derecha e izquierda.

—Sé que no quieres —solté un largo suspiro—. Pero...

No tenía idea cómo terminar esa oración. Solo porque Lucien era su pareja eso no significaba que tuviera derecho a su tiempo. A su afecto. Ella era su propia persona, capaz de tomar sus propias decisiones. De evaluar sus propias necesidades.

—Es un buen varón —repetí—. Y... simplemente... —luché por encontrar las palabras—. No me gusta ver a ninguno de los dos infelices.

Elain miró la mesa de trabajo, sobre cuya superficie se disponían las cosas horneadas y las que estaban a medias, mientras la pava se enfriaba sobre la mesada.

—Ya sé que no.

No había nada más que decir. Así que le toqué el hombro y salí.

Elain no dijo una palabra.

Encontré a Mor sentada en los últimos peldaños de la escalera, vestía unos pantalones sueltos color durazno y un pesado suéter blanco. Una combinación del estilo usual de Amren y el mío.

Mientras sus aros de oro centelleaban, Mor me ofreció una sonrisa sombría.

—¿Un trago? —Un botellón y un par de copas aparecieron en sus manos.

—Madre del cielo, sí.

Esperó hasta que me senté junto a ella sobre los peldaños de roble y tragué un sorbo de líquido ámbar, que quemó mi garganta y entibió mi vientre, antes de preguntar:

—¿Quieres mi consejo?

No. Sí.

Asentí.

Mor bebió un buen sorbo de su copa.

—No te metas. Ella no está lista, y él tampoco, pese a los regalos que haya traído.

Enarqué una ceja.

—Fisgona.

Mor se reclinó contra los peldaños, para nada arrepentida.

—Déjalo vivir con su Banda de Exiliados. Déjalo que trate con Tamlin a su manera. Déjalo que descubra dónde quiere estar. *Quién* quiere ser. Lo mismo vale para ella.

Tenía razón.

—Sé que todavía te culpas porque tus hermanas hayan sido Hechas.

—Mor me rozó la rodilla con la suya—. Y por eso quieres arreglar todo para ellas ahora que están aquí.

—Siempre quise hacer eso —dije con desaliento.

Mor sonrió irónicamente.

—Por eso te amamos. Por eso te aman ellas.

En el caso de Nesta, yo no estaba tan segura.

Mor continuó:

—Tan solo sé paciente. Se arreglará solo. Siempre es así.

Otra gran verdad.

Volví a llenar mi copa, dejé el botellón de cristal sobre el peldaño de atrás y volví a beber.

—Quiero que sean felices. Todas ellas.

—Lo serán.

Dijo esas simples palabras con tanta convicción que le creí.

Arqueeé una ceja.

—Y tú, ¿eres feliz?

Mor supo lo que quería decir. Pero simplemente sonrió, mezclando el licor en su copa.

—Es el Solsticio. Estoy con mi familia. Estoy bebiendo. Soy *muy* feliz.

Una hábil evasión. Pero me gustaba compartirla. Choqué mi pesada copa contra la de ella.

—Hablando de nuestras familias... ¿dónde diablos están?

Los ojos pardos de Mor se encendieron.

—Oh... oh, él no te dijo, ¿verdad?

Mi sonrisa desapareció.

—Decirme qué.

—Lo que ellos tres hacen cada mañana del Solsticio.

—Empiezo a estar nerviosa.

Mor dejó su copa y me aferró del brazo.

—Ven conmigo.

Antes de que pudiera objetar, las dos estábamos afuera.

La luz cegadora y el frío me golpearon. Un frío duro, brutal. Demasiado frío para los suéteres y pantalones que usábamos.

Nieve. Y sol. Y viento.

Y montañas.

Y... una cabaña.

La cabaña.

Mor señaló al interminable campo en la cumbre de la montaña. Cubierto de nieve, tal como lo había visto la última vez. Pero en vez de una expansión plana, ininterrumpida...

—¿Esos son *fuertes de nieve*?

Un gesto de asentimiento.

Algo blanco se disparó a través del campo, blanco y duro y centelleante, y después...

El aullido de Cassian resonó en las montañas que nos rodeaban. Seguido por:

—¡Bastardo!

La carcajada de respuesta de Rhys fue tan brillante como el sol sobre la nieve.

Observé los tres muros de nieve —las barricadas— que bordeaban el campo mientras Mor erigía un escudo invisible contra el penetrante viento. Sin embargo, no sirvió para evitar el frío.

—Tienen una lucha con bolas de nieve.

Otro gesto de asentimiento.

—Tres guerreros ilirios —dije—. Los más grandes guerreros ilirios. Y tienen un combate con bolas de nieve.

Los ojos de Mor prácticamente centelleaban con perverso deleite:

—Desde que eran niños.

—Tienen más de quinientos años.

—¿Quieres que te cuente las victorias hasta el momento?

La miré absorta. Después miré el campo que estaba más allá. Las bolas de nieve que volaban con brutal y ágil precisión, mientras las cabezas oscuras se asomaban por encima de los muros que habían construido.

—Nada de magia —recitó Mor—, nada de alas, nada de descansos.

—Han estado ahí afuera desde el mediodía. —Eran casi las tres. Mis dientes empezaron a castañetear.

—Yo siempre me quedo adentro a beber —me dijo Mor, como si esa fuera una respuesta.

—¿Cómo hacen para decidir quién gana?

—¿El que no se congela?

Volví a mirarla por encima del castañeteo.

—Esto es ridículo.

—Hay más alcohol en la cabaña.

De hecho, ninguno de los varones pareció habernos advertido siquiera. No mientras Azriel se asomaba, lanzaba dos bolas de nieve al cielo y desaparecía otra vez detrás de su muro de nieve.

Un momento más tarde, la violenta maldición de Rhys llegó como un ladrido hasta nosotras.

—*Pendejo*.

La risa adornaba cada sílaba.

Mor volvió a entrelazar su brazo con el mío.

—No creo que tu pareja vaya a ser el ganador este año, amiga mía.

Me recosté contra su calidez y vadeamos a través de la nieve alta hasta las rodillas, hacia la cabaña. La chimenea humeaba contra el claro cielo azul.

Bebés ilirios, por cierto.



CAPÍTULO

19

Feyre

Ganó Azriel.

Aparentemente su victoria número ciento noventa y nueve.

Los tres habían entrado en la cabaña una hora más tarde, chorreando nieve, con la piel llena de manchas rojas, sonriendo de oreja a oreja.

Mor y yo, acurrucadas juntas bajo una manta sobre el diván, solo pusimos los ojos en blanco al verlos.

Rhys tan solo dejó caer un beso sobre mi cabeza, declaró que los tres iban a tomar un baño de vapor en la choza de cedro contigua a la casa, y después se fueron.

Le hice un guiño a Mor cuando desaparecieron, dejando que la imagen se asentara.

—Otra tradición —me dijo ella, la botella de alcohol de color ámbar estaba casi terminada. Y mi cabeza daba vueltas con ella—. En realidad una costumbre iliria... la choza caliente. Los azotes con ramas de abeto. Un grupo de guerreros desnudos, sentados juntos en el vapor, sudando.

Volví a parpadear.

Los labios de Mor se movieron.

—Casi la única buena costumbre que se les ocurrió a los ilirios, para ser honesta.

Bufé.

—Entonces los tres están allí. Desnudos. Sudando.

Madre del cielo.

¿Te gustaría echar un vistazo? El oscuro ronroneo resonó en mi mente.

Lujurioso. Vuelve a tu sudor.

Hay lugar para uno más aquí.

Creí que las parejas eran territoriales.

Pude sentir que sonreía como si estuviera haciendo el gesto contra mi cuello. *Estoy siempre ansioso por enterarme lo que enciende tu interés, querida Feyre.*

Examiné la cabaña que me rodeaba, las superficies que había pintado casi un año atrás. *Se me prometió una pared, Rhys.*

Una pausa. Una larga pausa. *Te he llevado contra una pared antes.*

Estas paredes.

Otra larga, larga pausa. *Es mala educación estar alerta cuando se está en el vapor.*

Mis labios se curvaron mientras le enviaba una imagen. Un recuerdo.

Yo en la mesa de la cocina, a unos pocos pies de distancia. Él arrodillado ante mí. Mis piernas envolviendo su cabeza.

Cosa cruel, perversa.

Escuché un portazo en alguna parte de la casa seguido por un aullido claramente masculino. Después un golpe... como si alguien estuviera tratando de volver a entrar.

Los ojos de Mor centellearon.

—¿Lo sacaste a patadas, no es cierto?

Mi sonrisa de respuesta la hizo rugir de risa.

* * *

El sol se hundía hacia el distante mar más allá de Velaris cuando Rhys se hallaba de pie junto al mármol negro de la sala de la casa de la ciudad y alzaba su copa de vino.

Todos nosotros —vestidos por una vez con nuestra ropa más elegante— alzamos nuestras copas a continuación.

Yo había optado por usar mi vestido de Caída de las Estrellas, evitando mi corona pero usando los gemelos de diamante en las muñecas. Centelleaban y brillaban en mi línea de visión mientras permanecía junto a Rhys, observando cada plano de su bella cara mientras decía:

—A la bendita oscuridad de la que nacemos, y a la cual volvemos.
Nuestras copas se alzaron, y bebimos.

Lo miré... mi pareja, con su mejor chaqueta negra, el bordado de plata brillando en la luz hada. *¿Eso es todo?*

Enarcó una ceja. *¿Quieres que siga mascullando o quieres empezar a celebrar?*

Mis labios se movieron. *Verdaderamente mantienes las cosas informales.*

Aun después de todo este tiempo, todavía no me cree. Su mano se desplazó detrás de mí, y pellizcó. Me mordí el labio para no reírme. *Espero que me hayas traído un buen regalo de Solsticio.*

Era mi turno de pellizcarlo, y Rhys se rio, besando mi frente antes de salir de la habitación, sin duda para buscar vino. Más allá de las ventanas, había caído la oscuridad. La noche más larga del año.

Encontré a Elain estudiándola, bella en su vestido de color amatista. Hice un movimiento hacia ella, pero alguien me ganó.

El cantasombras estaba vestido con una chaqueta negra y pantalones semejantes a los de Rhysand... la tela inmaculadamente cosida y cortada para que calzaran sus alas. Aun usaba sus Sifones sobre cada mano, y las sombras seguían sus pasos, enroscadas como ascuas arremolinadas, pero por lo demás no había más signos del guerrero. Especialmente mientras le dijo suavemente a mi hermana:

—Feliz Solsticio.

Elain se volvió de la nieve que caía en la oscuridad de afuera y sonrió levemente.

—Nunca he participado en uno de estos.

Amren contribuyó desde el otro lado de la habitación, con Varian a su lado, resplandeciente en sus ropajes principescos.

—Se los sobreestima demasiado.

Mor sonrió con suficiencia.

—Dice la mujer que sale ganando cada año. No sé cómo no te roban cuando te vas a casa con tantas joyas en tus bolsillos.

Amren hizo centellear sus dientes demasiado blancos.

—Cuidado, Morrigan, o devolveré la linda cosita que te traje.

Para mi sorpresa, Mor se calló la boca.

Y lo mismo hicieron los demás, cuando Rhys volvió con...

—No lo hiciste —me atropellé con las palabras.

Él me sonrió sobre la gigantesca torta en capas que llevaba en brazos... con las veintiún velas encendidas que iluminaban su rostro.

Cassian me tocó en el hombro.

—¿Creíste que podías pasarla a nuestras espaldas, no es cierto?

Gruñí.

—Todos son insufribles.

Elain flotó a mi lado.

—Feliz cumpleaños, Feyre.

Mis amigos —mi familia— repitieron las palabras mientras Rhys dejaba la torta en la mesa baja frente al fuego. Miré a mi hermana.

—¿Tú...?

Un gesto de asentimiento de Elain.

—Nuala hizo la decoración, sin embargo.

Fue entonces que advertí que las tres capas habían sido pintadas diferente.

Arriba: flores. En el medio: llamas.

Y en la capa de la base, la más ancha... estrellas.

El mismo diseño de la cómoda que una vez había pintado en aquella casa ruinoso. Una para cada uno de nosotros... una para cada hermana. Esas estrellas y lunas que me había enviado, a mi mente, mi pareja mucho antes de que nos conociéramos.

—Le pedí a Nuala que lo hiciera en ese orden —dijo Elain, mientras los otros se reunían alrededor—. Porque tú eres el cimiento, la que nos levanta. Siempre lo has sido.

Se me hizo un nudo insoportable en la garganta, y como respuesta le pellizqué la mano.

Mor, que el Caldero la bendiga, gritó:

—¡Pide un deseo y vamos ya a los regalos!

Al menos una tradición no cambió de ningún lado del muro.

Encontré la mirada de Rhys por encima de las velas encendidas. Su sonrisa bastaba para que el nudo en mi garganta se convirtiera en un ardor en mis ojos.

¿Qué deseo vas a pedir?

Una pregunta simple, honesta.

Y mirándolo, ese rostro bello y esa sonrisa cómoda, tantas de esas sombras se desvanecieron, nuestra familia reunida a nuestro alrededor, la eternidad un camino hacia delante... lo supe.

Verdaderamente supe el deseo que quería pedir, como si fuera una pieza del rompecabezas de Amren que encajaba en su sitio con un clic, como si los hilos del tapiz de la tejedora finalmente revelaran el diseño que habían formado.

No se lo dije, sin embargo. No mientras contenía el aliento y soplabla.

* * *

La torta antes de la cena era absolutamente aceptable en el Solsticio, me informó Rhys mientras dejábamos a un lado nuestros platos en cualquier superficie que estuviera cerca. Especialmente antes de los regalos.

—¿Qué regalos? —pregunté, examinando la habitación vacía de ellos, salvo por las dos cajas de Lucien.

Los otros me sonrieron, mientras Rhys castañeteaba los dedos y...

—Oh.

Cajas y bolsas, todas brillantemente envueltas y adornadas, llenaban las ventanas.

Pilas y montañas y *torres* de ellas. Mor soltó un chillido de deleite.

Giré hacia el vestíbulo. Había dejado el mío en un armario de escobas del tercer nivel...

No. Allí estaban. Envueltos y atrás de todo.

Rhys me hizo un guiño.

—Me ocupé de agregar tus regalos al tesoro comunitario.

Enarqué las cejas.

—¿Todo el mundo te dio sus regalos?

—Él es el único en quien se puede confiar para que no espíe —explicó Mor.

Yo miré a Azriel.

—Ni siquiera él —dijo Amren.

Azriel me lanzó un gesto culpable.

—¿Jefe de espías, recuerdas?

—Empezamos a hacerlo hace dos siglos —prosiguió Mor—. Después de que Rhys pescó a Amren literalmente *sacudiendo* una caja para adivinar qué había adentro.

Amren chasqueó la lengua, mientras yo me reía.

—Lo que no vieron fue a Cassian hace diez minutos *oliendo* cada caja.

Cassian le lanzó una sonrisa perezosa.

—Yo no fui el que pescaron.

Me volví hacia Rhys.

—¿Y de alguna manera tú eres el más confiable?

Rhys se mostró directamente ofendido.

—Soy Supremo Señor, querida Feyre. El honor inquebrantable está dentro de mis huesos.

Mor y yo bufamos.

Amren caminó hacia la pila más próxima de regalos.

—Yo empezaré.

—Por supuesto que sí —masculló Varian, ganándose una sonrisa mía y de Mor.

Amren le sonrió dulcemente antes de agacharse para levantar un regalo. Varian tuvo el buen tino de estremecerse solo cuando ella le volvió la espalda.

Pero ella eligió un regalo envuelto en rosa, leyó la tarjeta y la rompió.

Todo el mundo trató de ocultar su gesto de dolor y fracasó.

Yo había visto algunos animales romper carcasas con menos ferocidad.

Pero ella sonrió, mientras se volvía a Azriel, un conjunto de exquisitos aros de perlas y diamantes balanceándose de sus pequeñas manos.

—Gracias, Cantasombras —dijo, inclinando la cabeza.

Azriel solo inclinó su cabeza como respuesta.

—Me alegra que pasen tu inspección.

Cassian se abrió paso más allá de Amren, ganándose un siseo de advertencia, y empezó a repartir regalos. Mor tomó el de ella fácilmente y rompió el papel con tanto entusiasmo como Amren. Le sonrió al general.

—Gracias, querido.

Cassian esbozó una sonrisa.

—Sé lo que te gusta.

Mor se detuvo...

Yo me ahogué. Azriel también y giró hacia Cassian mientras lo hacía.

Cassian le guiñó un ojo mientras el negligé rojo se balanceaba entre las manos de Mor.

Antes de que Azriel pudiera sin duda preguntar lo que todos estábamos pensando, Mor tarareó para sí, y dijo:

—No dejen que los engañe: no podía pensar ni una condenada cosa para darme, entonces abandonó y me preguntó directamente. Le di órdenes precisas. Por una vez en su vida las obedeció.

—El perfecto guerrero, de arriba abajo —dijo Rhys.

Cassian se recostó en el diván, estirando sus largas piernas ante sí.

—No te preocupes, Rhysie. También tengo uno para ti.

—¿Quieres que lo pase como modelo?

Me reí, sorprendida al oír el sonido de la voz de Elain resonar a través de la habitación.

Su regalo... me apresuré a la pila de regalos antes de que Cassian pudiera arrojarlo a través de la habitación. Busqué el paquete que había envuelto ayer con tanto cuidado. Espié detrás de una caja grande cuando oí el golpe en la puerta.

Solo una vez. Rápido y duro.

Yo sabía. Lo supe, incluso antes de que Rhys me mirara, quién estaba de pie ante la puerta.

Todo el mundo lo sabía.

Cayó el silencio, interrumpido solamente por el crepitar del fuego.

Un latido, y después ya me movía, mi vestido murmuraba a mi alrededor mientras cruzaba el vestíbulo, abría la puerta de vitral emplomado y la de roble que estaba más allá. Me preparé contra el ataque del frío.

Contra el ataque de Nesta.



CAPÍTULO

20

Feyre

La nieve colgaba del pelo de Nesta mientras nos mirábamos a través del vano de la puerta.

El rosado teñía sus mejillas del frío de la noche, pero su cara permanecía solemne. Fría como los adoquines cubiertos de nieve.

Abrí la puerta un poco más.

—Estamos en la sala.

—Ya vi.

La conversación, tentativa y balbuceante, llegaba hasta el vestíbulo. Sin duda, un noble intento de todos por darnos alguna intimidad y algún sentido de normalidad.

Como Nesta permanecía en el umbral, le extendí una mano.

—Ven... tomaré tu abrigo.

Traté de no contener el aliento mientras ella miraba más allá de mí, adentro de la casa. Como si sopesara dar ese paso por encima del umbral.

Desde el borde de mi visión, el púrpura y el oro centelleaban... Elain.

—Te enfermarás si te quedas allí en el frío —le advirtió a Nesta, con una ancha sonrisa—. Ven a sentarte conmigo, junto al fuego.

Los ojos azul grises de Nesta se deslizaron hasta los míos. Cautos. Evaluando.

Yo no retrocedí. Mantuve la puerta abierta.

Sin una palabra, mi hermana cruzó el umbral.

Demoramos un momento en quitarle el abrigo, la bufanda y los guantes. Llevaba uno de esos simples aunque elegantes vestidos que ella prefería. Había optado por un gris pizarra. Sin joyas. Sin duda sin ningún regalo, pero al menos había venido.

Elain entrelazó el brazo para llevar a Nesta a la habitación, y yo las seguí, observando al grupo que estaba más allá mientras se detenían.

Observé especialmente a Cassian, que ahora estaba de pie con Az ante el fuego.

Era el retrato de la relajación, un brazo apoyado en la biblioteca tallada, sus alas plegadas laxamente, una leve sonrisa en su rostro y una copa de vino en su mano. Deslizó sus ojos de color avellana hasta mi hermana sin moverse ni un centímetro.

Elain había dibujado una sonrisa en su rostro, mientras conducía a Nesta no hacia el fuego, como le había prometido, sino hacia el mueble de licores.

—No le des vino... dale comida —le dijo Amren a Elain desde su sitio en el sofá mientras deslizaba en sus orejas los aros de perlas que Az le había regalado—. Puedo ver su trasero huesudo incluso a través de ese vestido.

Nesta se detuvo a medio camino de la habitación, con la espalda rígida. Cassian permaneció inmóvil como la muerte.

Elain hizo una pausa junto a nuestra hermana, mientras su sonrisa dibujada se desarmaba.

Amren simplemente le sonrió a Nesta.

—Feliz Solsticio, chica.

Nesta miró a Amren, hasta que el fantasma de una sonrisa curvó sus labios.

—Lindos aros.

Sentí, más que vi, que la reunión se relajaba un poco.

Elain dijo con entusiasmo:

—Habíamos empezado con los regalos.

Solo cuando ella dijo esas palabras, se me ocurrió que ninguno de los regalos de la habitación tenía el nombre de Nesta.

—Todavía no hemos comido —contribuí, demorándome en el umbral entre la sala y el vestíbulo—. Pero si tienes hambre, podemos traerte un plato...

Nesta aceptó la copa de vino que Elain le puso en la mano. No pasé por alto que, cuando Elain volvió al gabinete de licores, sirvió un dedo

de licor color ámbar en una copa y se bebió el contenido de un trago antes de volver a mirar a Nesta.

Escuché un suave bufido de Amren ante eso, no se perdía nada.

Pero la atención de Nesta había pasado a la torta de cumpleaños que aún estaba sobre la mesa, sus diversas capas cortadas muchas veces.

Sus ojos se alzaron hasta los míos en silencio.

—Feliz cumpleaños.

Le ofrecí una señal de asentimiento para darle las gracias.

—Elain hizo la torta —dije, de manera inútil.

Nesta solamente asintió antes de dirigirse a una silla cerca del extremo de la habitación, junto a una de las bibliotecas.

—Pueden volver a sus regalos —dijo suavemente, pero no con debilidad, mientras se sentaba.

Elain corrió hacia una caja cerca del frente de la pila.

—Este es para ti —le declaró a nuestra hermana.

Le lancé a Rhys una mirada suplicante. *Por favor empieza a hablar de nuevo. Por favor.*

Algo de la luz se había desvanecido de sus ojos violeta mientras estudiaba a Nesta que bebía de su copa. No respondió por el vínculo, sino que en cambio le dijo a Varian:

—¿Tarquin organiza una fiesta formal para el Solsticio de verano u organiza una reunión más informal?

El Príncipe de Adriata no se perdía ni un latido, y se lanzó en una descripción tal vez innecesariamente detallada de las celebraciones de la Corte de Verano. Más tarde se lo agradecí.

Para entonces, Elain se había acercado a Nesta, ofreciéndole lo que parecía ser una caja pesada envuelta en papel.

Junto a la ventana, Mor se puso en movimiento, entregándole a Azriel su regalo.

Desgarrada entre ambos, permanecí en el umbral.

La compostura de Azriel no desapareció mientras abría el obsequio: un conjunto de toallas azules bordadas... con sus iniciales en ellas. Azul brillante.

Tuve que desviar la vista para no reírme. Az, para su crédito, le ofreció a Mor una sonrisa de agradecimiento, y el sonrojo trepó por sus mejillas, y sus ojos de color avellana permanecieron fijos en ella. Desvié la vista hacia el calor, el entusiasmo que los colmaba.

Mor lo despidió con un gesto y se movió para pasarle a Cassian su obsequio; pero el guerrero no lo tomó. Ni sacó los ojos de Nesta que cortaba el papel marrón que envolvía la caja para revelar un grupo de cinco novelas en una caja de cuero. Leyó los títulos, después alzó la cabeza hacia Elain.

Elain le sonrió.

—Fui a esa librería. ¿Conoces la que está junto al teatro? Les pedí recomendaciones, y la mujer, la femenina, quiero decir... ella me dijo que los libros de este autor eran sus favoritos.

Me adelanté apenas para leer uno de los títulos. Sonaba a romance.

Nesta sacó uno de los libros y pasó las páginas.

—Gracias.

Las palabras eran rígidas... como piedras.

Finalmente Cassian se volvió hacia Mor y abrió el regalo con total ignorancia del hermoso envoltorio. Se rio de lo que había dentro de la caja.

—Justo lo que siempre había deseado.

Sostuvo un par de lo que parecían ser calzoncillos de seda roja. La perfecta combinación del negligé de ella.

Con Nesta deliberadamente preocupada por hojear sus nuevos libros, yo me dediqué a los regalos que había envuelto ayer.

Para Amren, un empaque especialmente diseñado para sus rompecabezas. Para que no necesitara dejarlos en casa si iba a visitar tierras más soleadas y cálidas. Con esto me gané una mirada al cielo y una sonrisa de apreciación. Con el broche de rubí y plata, con la forma de un par de alas con plumas, un raro beso en la mejilla.

Para Elain un manto azul pálido con agujeros para los brazos, perfecto para hacer jardinería en los meses más fríos.

Y para Cassian, Azriel y Mor...

Gruñí cuando levanté las tres pinturas envueltas. Después esperé moviendo los pies en silencio mientras los abrían.

Ellos observaban lo que había dentro y sonreían.

No tenía idea de qué darles, que no fuera esto. Las obras en las que había recientemente... atisbos de sus historias.

Ninguno de ellos explicó qué significaban las pinturas, qué era lo que estaban viendo. Pero cada uno de ellos me besó en la mejilla en señal de agradecimiento.

Antes de que pudiera entregarle a Rhys su regalo, me encontré con una pila de ellos en mi regazo.

De Amren, un manuscrito iluminado, antiguo y bello. De Azriel, una rara pintura vibrante del continente. De Cassian, un adecuado mango de cuero para una espada, para ser colocado en el hueco de mi espalda como un verdadero guerrero ilirio. De Elain, finos pinceles con el monograma de mis iniciales y la insignia de la Corte de la Noche en el mango. Y de Mor, un par de pantuflas forradas en lana, de color rosa brillante.

Nada de Nesta, pero no me importó. Ni un poco.

Los otros pasaron alrededor sus regalos y finalmente encontré un momento para alcanzarle la última pintura a Rhys. Él se había demorado junto al ventanal, en silencio y sonriendo. El año pasado había sido su primer Solsticio desde Amarantha... este año, el segundo. No quería saber lo que había sido, lo que ella le había hecho, durante esos cuarenta y nueve Solsticios que él se había perdido.

Rhys abrió mi regalo cuidadosamente, levantando la pintura para que los demás pudieran verla.

Vi que sus ojos se movían sobre lo que había en ella. Vi el nudo en su garganta.

—Dime que esa no es tu nueva mascota —dijo Cassian, que se había colado detrás de mí para espiar el cuadro.

Lo empujé.

—Fisgón.

El rostro de Rhys permaneció solemne, sus ojos brillantes como estrellas cuando se cruzaron con los míos.

—Gracias.

Los demás continuaron en una algarabía más aguda... para darnos intimidad en esa habitación atestada.

—No tengo idea dónde podrías colgarlo —dije—, pero quería que lo tuvieras.

Para verla.

Porque en esa pintura yo le había mostrado lo que no le había revelado a nadie. Lo que el Ouroboros me había revelado a mí: la criatura dentro de mí, la criatura llena de odio y arrepentimiento y amor y sacrificio, la criatura que podía ser cruel y valiente, triste y jubilosa.

Le di a él mi *ser*... como nadie más que él podría ver nunca. Como nadie más que él podría llegar a comprender.

—Es bello —dijo él, con la voz aún ronca.

Parpadeé para deshacerme de las lágrimas que amenazaron con brotar ante esas palabras y me incliné para el beso que él apretó contra mi boca. *Eres bella*, susurró por el vínculo.

Tú también.

Lo sé.

Me reí, alejándome. *Tarado.*

Solo quedaban unos pocos regalos... los de Lucien. Abrí el mío para encontrar un obsequio para mí y mi pareja: tres botellas de fino licor. *Lo necesitarán*, era todo lo que decía la nota.

Le entregué a Elain la pequeña caja con su nombre. Su sonrisa desapareció mientras la abría.

—Guantes encantados —leyó en la tarjeta—. Que no se rasgarán ni sudarán demasiado con la jardinería.

Dejó a un lado la caja sin mirarla por algo más que un momento. Y me pregunté si *prefería* tener manos sudorosas, si tener manos desgarradas y sucias, si la tierra y las lastimaduras eran pruebas de su esfuerzo. Su alegría.

Amren chilló —*verdaderamente* chilló— de deleite cuando vio el regalo de Rhys. Las joyas reluciendo dentro de las múltiples cajas. Pero su deleite se volvió más silencioso, más tierno, cuando abrió el regalo de Varian. No nos mostró a ninguno lo que había dentro de la cajita antes de ofrecerle una pequeña sonrisa íntima.

Había una pequeña caja sobre la mesa junto a la ventana... una caja que Mor levantó, bizqueó ante la tarjeta del nombre, y dijo:

—Az, esta es para ti.

Las cejas del cantasombras se enarcaron, pero su mano llena de cicatrices se extendió para tomar el obsequio.

Elain se volvió desde donde había estado hablando con Nesta.

—Oh, ese es de mi parte.

El rostro de Azriel casi no se movió ante las palabras. Ni siquiera una sonrisa cuando abrió el regalo y reveló...

—Le encargué a Madja que lo hiciera para mí —explicó Elain. Las cejas de Azriel se enarcaron ante la mención de la sanadora preferida de la familia—. Es un polvo para mezclar con cualquier trago.

Silencio.

Elain se mordió el labio y luego sonrió bovinamente.

—Es para los dolores de cabeza que todo el mundo siempre te produce. Como te friegas las sienes con tanta frecuencia...

Silencio otra vez.

Azriel alzó la cabeza y rio.

Yo nunca había escuchado ese sonido, profundo y jubiloso. Cassian y Rhys se unieron a él, el primero asiendo la botella de vidrio de la mano de Azriel para examinarla.

—Brillante —dijo Cassian.

Elain volvió a sonreír, agachando la cabeza.

Azriel logró dominarse lo suficiente para decir «gracias». Yo nunca había visto sus ojos de color avellana tan brillantes, los matices de verde entre el castaño y el gris como venas de esmeralda.

—Esto será invaluable.

—Tarado —dijo Cassian, pero volvió a reírse.

Nesta miró cautelosamente desde su silla, con el obsequio de Elain —su único regalo— en su regazo. Su espalda se puso algo rígida. No ante las palabras, sino ante Elain, que se reía con ellos. Con nosotros.

Como si Nesta nos estuviera mirando a través de una clase de ventana. Como si aún estuviera de pie afuera en el jardín del frente, observándonos.

Me obligué a sonreír, sin embargo. A reír con ellos.

Tuve la sensación de que Cassian hacía lo mismo.

* * *

La noche era un manchón de risas y bebida, aun con Nesta sentada casi en silencio a la atestada mesa del comedor.

Solo cuando el reloj dio las dos empezaron a aparecer los bostezos. Amren y Varian fueron los primeros en marcharse, él llevando en sus brazos todos los regalos y ella anidada en el fino abrigo de armiño que él le había dado... un segundo obsequio después de lo que fuere que había puesto en la cajita.

Acomodada una vez más en la sala, Nesta se puso de pie media hora más tarde. Con tranquilidad, le deseó buenas noches a Elain, dándole un beso en la coronilla, y se dirigió a la puerta del frente.

Cassian, anidado con Mor, Rhys y Azriel en el diván, ni siquiera se movió.

Pero yo sí me moví y me incorporé de la silla para seguir a Nesta hasta la puerta del frente, donde se puso sus abrigos. Esperé hasta que entró en la antecámara y le extendí mi mano.

—Toma.

Nesta se volvió a medias hacia mí, concentrándose rápidamente en lo que yo tenía en la mano. El pequeño pedazo de papel.

La nota del banquero por su alquiler. Y algo más.

—Lo prometido —le dije.

Durante un momento rogué que no lo aceptara, que me dijera que lo rompiera.

Pero los labios de Nesta solo se apretaron, sus dedos sin temblar tomaron el dinero.

Permanecí en la helada antecámara, con la mano aún extendida, la fantasmal sequedad de ese comprobante demorándose en mis dedos.

Las tablas del suelo resonaron a mis pies, y luego fui suave pero enérgicamente empujada a un lado. Ocurrió tan rápido que apenas tuve tiempo para advertir que Cassian había pasado como un trueno... hasta la puerta del frente.

Hasta mi hermana.



CAPÍTULO 21 Cassian

Ya había tenido bastante.

Suficiente de la frialdad, de la brusquedad. Suficiente de la espalda recta como una espada y de la mirada filosa como una navaja que solo habían aumentado durante estos meses.

Cassian apenas si podía escuchar por encima del rugido que había en su cabeza mientras cargaba hacia la noche nevada. Apenas si podía registrar pasar a un lado de su Suprema Señora para llegar a la puerta del frente. Para llegar a Nesta.

Ella ya había llegado a la verja, caminando con esa inevitable gracia pese al sueño helado. Llevaba su colección de libros apilados bajo un brazo.

Solo cuando Cassian la alcanzó se dio cuenta de que no tenía nada que decirle. Nada que decirle que no hiciera que ella se riera en su cara.

—Te acompaño a casa —fue todo lo que dijo en cambio.

Nesta se detuvo junto a la puerta baja de hierro, su rostro frío y pálido como la luz de la luna.

Bella. Aun con la pérdida de peso, era tan bella de pie en la nieve como había sido la primera vez que él le había puesto los ojos encima en la casa de su padre.

E infinitamente más letal. De muchas maneras.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Estoy bien.

—Es un largo camino, y es tarde.

Y no me dijiste una sola condenada palabra durante toda la noche.

Y no es que él le hubiera dicho una palabra a ella.

Ella había dejado suficientemente claro en aquellos días iniciales, después de la última batalla, que no quería tener nada que ver con él. Con ninguno de ellos.

Él entendió. Verdaderamente. Le había llevado meses —*años*— readaptarse después de sus primeras batallas. Soportar. Demonios, aún estaba temblando por lo que había ocurrido en aquella batalla final con Hybern, también.

Nesta no cedió, orgullosa como cualquier ilirio. Más violenta, también.

—Vuelve a la casa.

Cassian le obsequió una sonrisa torcida, una sonrisa que sabía que le haría hervir la sangre a ella.

—Creo que necesito un poco de aire fresco, de todas maneras.

Ella miró el cielo y empezó a caminar. Él no era tan estúpido como para ofrecerse a llevarle los libros.

En cambio, mantuvo el paso con facilidad, vigilando para ver cualquier traicionero tramo de hielo sobre los adoquines. Apenas si había sobrevivido a Hybern. Él no necesitaba que ella se quebrara el cuello en la calle.

Nesta caminó una cuadra mientras pasaban por las casas de techo verde alegres y aún llenas de cantos y de risas, antes de detenerse. Giró hacia él como un torbellino.

—Vete a la casa.

—Lo haré —dijo él, haciendo centellear una sonrisa nuevamente—. Después de que te deje en tu casa.

En ese departamento de mala muerte en el que ella insistía en vivir. Al otro lado de la ciudad.

Los ojos de Nesta —los mismos que los de Feyre y sin embargo completamente diferentes, filosos y fríos como acero— cayeron sobre las manos de él. Sobre lo que había en ellas.

—Qué es eso.

Otra mueca, mientras él levantaba el pequeño paquete envuelto.

—Tu regalo de Solsticio.

—No lo quiero.

Cassian pasó a su lado, tirando hacia arriba el obsequio.

—Vas a querer este.

Rezó para que lo quisiera. Le había llevado meses encontrarlo.

No había querido dárselo a ella frente a los demás. Ni siquiera había sabido si ella iba a estar allí esa noche. Era perfectamente consciente de que Elain y Feyre la habían convencido. Tal como había sido perfectamente consciente del dinero que había visto que Feyre le había dado a Nesta momentos antes de que se fuera.

Lo prometido, había dicho su Suprema Dama.

Él deseó que no lo hubiera dicho. Lo deseó por muchas cosas.

Nesta acompañó su paso al de él, jadeando mientras se acomodaba a sus largos pasos.

—No quiero *nada* de ti.

Él se obligó a arquear una ceja.

—¿Estás segura de eso, cariño?

No tengo arrepentimientos en mi vida, salvo este. Que no hayamos tenido tiempo.

Cassian silenció las palabras. Borró la imagen que lo perseguía en sus sueños, noche tras noche: no era Nesta sosteniendo en alto, como un trofeo, la cabeza del Rey de Hybern; no era la manera en que el cuello del padre de ella había sido retorcido en las manos de Hybern, sino la imagen de ella agachada sobre él, *cubriendo* el cuerpo de Cassian con el suyo, lista a recibir toda la fuerza del poder del rey en lugar de él. A morir por él... con él. Ese cuerpo esbelto, bello, arqueándose sobre él, temblando de terror, dispuesta a enfrentar ese fin.

No había visto ni un atisbo de esa persona durante meses. No la había visto sonreír ni reírse.

Sabía sobre la bebida, sobre los varones. Se dijo a sí mismo que no le importaba.

Se dijo a sí mismo que no quería saber quién era el bastardo que había tomado su virginidad. Se había dicho que no quería saber si los varones significaban algo... si *él* significaba algo.

No sabía por qué demonios le importaba. Por qué se molestaba. Incluso desde el principio. Incluso después de que ella le había dado un rodillazo en las bolas, aquella tarde en la casa de su padre.

Incluso cuando ella dijo:

—He aclarado muy bien mis ideas sobre lo que quiero de *ti*.

Él nunca había conocido a alguien capaz de dar a entender tanto con tan pocas palabras, en poner tanto énfasis en *ti* como para convertir la

palabra en un insulto. Cassian apretó la mandíbula y no se molestó en refrenarse cuando dijo:

—Estoy cansado de jugar estos juegos de mierda.

Ella mantuvo alto el mentón, el retrato de la arrogancia real.

—Yo no.

—Bueno, todos los demás sí. Tal vez este año puedas encontrar la manera de intentarlo con más fuerza.

Esos ojos notables se deslizaron hacia él, y fue un esfuerzo no darse por vencido.

—¿Intentar?

—Ya sé que esa es una palabra extranjera para ti.

Nesta se detuvo al final de la calle, justo al lado del helado Sidra.

—¿Por qué debería *intentar* hacer algo? —Sus dientes relampaguearon—. Fui arrastrada a este mundo, a esta corte.

—Entonces vete a otra parte.

La boca de ella formó una línea recta ante el desafío.

—Tal vez lo haga.

Pero él sabía que no había otro lugar donde ir. No cuando ella no tenía dinero, ni familia más allá de este territorio.

—No olvides escribir.

Ella volvió a caminar, manteniéndose al borde del río.

Cassian la siguió, odiándose por hacerlo.

—Al menos podrías venir a vivir a la casa... —empezó a decir, y ella giró hacia él.

—Basta —gruñó ella.

Él se detuvo en su camino, abriendo un poco las alas para equilibrarse.

—Basta de seguirme. Basta de tratar de llevarme a tu feliz circulito. *Basta de hacer todo esto.*

Él conocía un animal herido cuando veía uno. Conocía los dientes que podía desnudar, la ferocidad que podían mostrar. Pero eso no podía impedirle decir:

—Tus hermanas te aman. Por mi vida que no entiendo por qué, pero te aman. Si no puedes molestarte en intentarlo en nombre de mi feliz circulito, al menos puedes intentarlo por ellas.

Un vacío pareció penetrar esos ojos. Un vacío interminable, insondable.

Ella solo dijo:

—Vete a casa, Cassian.

Él podía contar con una mano el número de veces que ella había usado su nombre. Las veces que lo había llamado algo distinto que *tú* o *ese otro*.

Ella se volvió... hacia su departamento, hacia la parte sórdida de la ciudad.

Por instinto, se lanzó en pos de la mano libre de Nesta.

Los dedos enguantados rasparon sus callos, pero él se mantuvo firme.

—Háblame. Nesta. Dime...

Ella arrancó su mano de la de él. Lo miró con desprecio. Una reina poderosa, vengativa.

Él esperó, jadeando, que empezara el ataque verbal. Esperó que ella lo hiciera pedazos.

Pero Nesta solo lo miró, con la nariz fruncida. Lo miró, después bufó... y se alejó.

Como si él fuera nada. Como si no valiera la pena que ella gastara su tiempo. Que no valiera el esfuerzo.

Un bastardo ilirio de baja cuna.

Esta vez, cuando ella siguió caminando, Cassian no la siguió.

La observó hasta que fue tan solo una sombra contra la oscuridad... y después desapareció completamente.

Él se quedó contemplándola, con su regalo en las manos.

Las puntas de los dedos de Cassian excavaron en la suave madera de la cajita.

Agradeció que las calles estuvieran vacías cuando la arrojó en el Sidra. La arrojó tan fuerte que la salpicadura resonó entre los edificios que flanqueaban el río, y el hielo se agrietó con el impacto.

El hielo instantáneamente volvió a formarse sobre el agujero que su caja había abierto. Como si eso, y el regalo, jamás hubieran sido.

Nesta

Nesta aseguró la cuarta y última cerradura de la puerta de su departamento y se desplomó sobre la madera crujiente y podrida.

El silencio se instaló a su alrededor, bienvenido y calmante.

El silencio para aplacar el temblor que la había perseguido a través de la ciudad.

Él la había seguido.

Ella lo había sabido en sus huesos, en su sangre. Se había mantenido alto en el cielo, pero la había seguido hasta que ella entró al edificio.

Sabía que ahora estaba esperando en un techo cercano para ver encenderse su luz.

Dos instintos combatían en su interior: dejar la luz hada sin tocar y hacerlo esperar en la oscuridad helada, o prender ese cuenco y simplemente librarse de su presencia. Librarse de todo lo que él era.

Optó por esto último.

En el oscuro y denso silencio, Nesta se demoró junto a la mesa que estaba contra la pared, cerca de la puerta del frente. Deslizó la mano en su bolsillo y extrajo el billete doblado.

Suficiente para tres meses de renta.

Trató de dominar la vergüenza y fracasó. Pero nada ocurrió.

Nada en absoluto.

Ocasionalmente había furia. Una furia afilada, caliente que la cortaba en pedazos.

Pero casi todo el tiempo había silencio.

Silencios zumbante, rotundo.

No había sentido nada durante meses. Había días en los que en realidad no sabía dónde estaba o lo que había hecho. Pasaban rápidamente y sin embargo duraban.

Igual que los meses. Un parpadeo, y había llegado el invierno. Un parpadeo, y su cuerpo se había puesto muy delgado. Tan hueco como ella se sentía.

El escarchado frío de la noche se filtraba a través de las persianas viejas, haciéndola temblar nuevamente. Pero no encendió el fuego en el hogar al otro lado de la habitación.

Apenas si podía soportar escuchar el crujido y el crepitar de la leña. Apenas había sido capaz de soportarlo en la casa de la ciudad de Feyre. *Snap; cranch.*

Cómo es que nunca nadie había comentado que sonaba como huesos que se rompían, como un cuello que se partía, no lo entendía.

No había encendido un fuego en este departamento. Se había mantenido cálida con mantas y abrigos.

Las alas susurraron, y luego atronaron fuera del departamento.

Nesta soltó un tembloroso suspiro y se deslizó por la pared, hasta que quedó sentada junto a ella.

Hasta que se llevó las rodillas contra el pecho y miró en la penumbra.

El silencio rugía y resonaba a su alrededor.

Aún no sentía nada.



CAPÍTULO

22

Feyre

Eran las tres cuando los demás se fueron a la cama. La hora en que Cassian volvió, silencioso y taciturno. Se tomó una copa de licor y se fue en silencio arriba. Mor lo siguió, con la preocupación danzando en sus ojos.

Azriel y Elain permanecieron en la sala, mi hermana mostrándole los planes que había bocetado para ampliar el jardín en la parte trasera de la casa de la ciudad, usando las semillas y las herramientas que mi familia le había regalado. Si a él le importaban o no esas cosas, yo no tenía idea, pero le envié una silenciosa plegaria de agradecimiento por su amabilidad antes de que Rhys y yo nos escurriéramos arriba.

Extendí la mano para quitarme los gemelos de diamante cuando Rhys me detuvo, sus manos envueltas alrededor de mis muñecas.

—Todavía no —dijo suavemente.

Fruncí el ceño.

Él solo sonrió.

—Espera un poco.

La oscuridad y el viento entraban y me aferré a él mientras volaba...

—Luz de vela y fuego crepitante y colores...

—¿La cabaña?

Debe haber alterado el rumbo para permitirnos volar directamente hasta adentro.

Rhys sonrió, soltándose para encaminarse al diván ante la chimenea y dejarse caer con sus alas plegándose sobre el suelo.

—Un poco de paz y silencio, amiga.

Una promesa oscura y sensual se veía en sus ojos moteados de estrellas.

Me mordí el labio mientras me acercaba al brazo del diván y me senté en él, mi vestido centelleaba como un río a la luz del fuego.

—Te ves bella esta noche —dijo con palabras bajas y roncas.

Me pasé una mano por el regazo de mi vestido, la tela brillaba bajo mis dedos.

—Dices eso cada noche.

—Y lo digo en serio.

Me sonrojé.

—Sinvergüenza.

Él inclinó la cabeza.

—Sé que probablemente las Supremas Damas, según se supone, usan un nuevo vestido cada día —cavilé, sonriendo a mi vestido—, pero estoy muy apegada a este.

Él pasó la mano por mi muslo.

—Me alegra.

—Nunca me dijiste dónde lo conseguiste... dónde conseguiste todos mis vestidos favoritos.

Rhys arqueó una ceja oscura.

—¿Nunca te lo imaginaste?

Meneé la cabeza.

Sin decir nada, estudió con la cabeza baja el vestido.

—Mi madre los hizo.

Hice silencio.

Rhys sonrió con tristeza mirando al vestido centelleante.

—Era modista, allá en el campamento donde la criaron. No hacía el trabajo solamente porque se lo ordenaban. Lo hacía porque lo amaba. Y cuando fue pareja de mi padre, continuó haciéndolo.

Rocé la manga con una mano reverente.

—Yo... no tenía idea.

Sus ojos eran brillantes como estrellas.

—Mucho tiempo atrás, cuando aún era un muchacho, ella los hizo... todos tus vestidos. Un ajuar para mi futura novia —tragó con dificultad

—. Cada pieza... cada pieza que te he dado para que uses, las hizo ella. Para ti.

Me ardían los ojos mientras suspiré.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Él se encogió de hombros.

—Pensé que podrías estar... perturbada por usar vestidos hechos por una hembra que murió siglos atrás.

Me puse una mano sobre el corazón.

—Estoy honrada, Rhys. Más allá de las palabras.

Su boca tembló un poco.

—Ella te hubiera amado.

Era el obsequio más grande que me habían dado. Me agaché, hasta que nuestras frentes se tocaron. *Yo la hubiera amado.*

Sentí su gratitud, sin que él hablara mientras permanecimos allí, respirándonos mutuamente durante largos minutos.

Finalmente dije:

—He estado pensando.

—¿Debo preocuparme?

Golpeé sus botas, y él se rio, una risa profunda y áspera, un sonido que envolvió mi centro.

Le mostré mis palmas, el ojo en ambas.

—Quiero cambiar esto.

—¿Oh?

—Como tú ya no los usas para espiarme, me pareció que podían ser otra cosa.

Él puso una mano sobre su ancho pecho.

—Nunca espío.

—Eres el mayor entrometido que he conocido nunca.

Otra risa.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres en tus palmas?

Sonreí a las pinturas que había hecho sobre las paredes, la chimenea, las mesas. Pensé en los tapices que había comprado.

—Quiero una montaña... con tres estrellas. —La insignia de la Corte de la Noche—. Lo mismo que tienes en las rodillas.

Rhys permaneció en silencio durante largo tiempo, su rostro ilegible. Cuando habló, su voz era grave.

—Esas son marcas que jamás pueden alterarse.

—Entonces es bueno que yo planee estar aquí durante un tiempo.

Rhys lentamente se incorporó, desabotonando lo alto de su ajustada chaqueta negra.

—¿Estás segura?

Asentí lentamente.

Él se movió para sentarse a mi lado, tomando suavemente mis manos en las suyas, poniendo la palma hacia arriba. Hacia los ojos de gato que nos observaban.

—Nunca espié, sabes.

—Por cierto, lo hiciste.

—Bien, lo hice. ¿Puedes perdonarme?

Lo decía en serio... la preocupación de que yo considerara sus atisbos como una violación. Me puse en puntas de pie y lo besé suavemente.

—Supongo que podría encontrarlo en mí.

—Hmmm —frotó un pulgar sobre el ojo de tinta pintado en mis dos palmas—. ¿Alguna última palabra antes de que te marque para siempre?

Mi corazón atronaba, pero dije:

—Tengo un último regalo de Solsticio para ti.

Rhys quedó en silencio ante mi voz suave, había temblor en ella.

—Oh...

Nuestras manos se entrelazaron, acaricié las firmes paredes de su mente. Las barreras cayeron de inmediato, dejándome entrar. Permitiéndome mostrarle ese último obsequio.

Lo que había esperado que él también considerara un obsequio.

Sus manos empezaron a temblar alrededor de las mías, pero no dijo nada hasta que yo me retiré de su mente. Hasta que estuvimos nuevamente mirándonos en silencio.

Su respiración se hizo irregular, sus ojos dibujados de plata.

—¿Estás segura? —repitió.

Sí. Más que nada. Me había dado cuenta, lo había sentido, en la galería de la tejedora.

—¿Sería... sería sin duda un regalo para ti? —me atreví a preguntar.

Sus dedos se apretaron sobre los míos.

—Un regalo inconmensurable.

Como en respuesta, la luz brilló y crepitó en mis palmas, y miré hacia abajo para ver mis manos alteradas. La montaña y las tres estrellas agraciando el corazón de cada palma.

Rhys seguía mirándome, con respiración despareja.

—Podemos esperar —dijo suavemente, como si tuviera miedo de que la nieve que caía afuera escuchara nuestros susurros.

—No quiero —dije, y lo decía en serio. También la tejedora me había hecho advertir eso. O tal vez solo me había hecho ver claramente lo que en silencio había querido ya desde hace tiempo.

—Podría tomar años —murmuró él.

—Puedo ser paciente —enarcó una ceja ante eso, y sonreí, corrigiendo—. Puedo *tratar* de ser paciente.

Su sonrisa de respuesta me hizo sonreír.

Rhys se inclinó, depositando un beso en mi nuca, justo debajo de mi oreja.

—¿Empezamos esta noche, compañera?

Se doblaron los dedos de mis pies.

—Ese era el plan.

—Hmm. ¿Sabes cuál era mi plan? —Otro beso, esta vez en el hueco de mi garganta, mientras sus manos se deslizaban sobre mi espalda, y empezaban a desprender los botones ocultos de mi vestido. De ese vestido precioso, bello. Arqueé la nuca para darle mejor acceso, y él aceptó, su lengua lamiendo el lugar que acababa de besar.

—Mi plan —siguió él, mientras el vestido se deslizaba y caía sobre la alfombra—, incluía esta cabaña, y una pared.

Mis ojos se abrieron justo cuando sus manos empezaban a trazar largas líneas a lo largo de mi espalda desnuda. Más bajas.

Descubrí que Rhys me sonreía desde arriba, sus ojos de pesados párpados mientras contemplaba mi cuerpo desnudo. Desnudo, salvo por los gemelos de diamante en mis muñecas. Iba a quitármelos, pero él murmuró:

—Déjalos.

Mi estómago se endureció por la expectativa, mis pechos se volvieron dolorosamente pesados.

Desabotoné el resto de su chaqueta, con dedos temblorosos, y se la quité, junto con la camisa. Y sus pantalones. Entonces estuvo de pie, desnudo ante mí, las alas levemente desplegadas, el pecho musculoso jadeante, mostrándome la plena evidencia de hasta qué punto estaba listo.

—¿Quieres empezar en la pared o terminar allí? —sus palabras eran guturales, apenas reconocibles, y el brillo en sus ojos se convirtió en algo

predatorio. Deslizó una mano por el frente de mi torso con descarada posesividad—. ¿O quieres la pared todo el tiempo?

Mis rodillas temblaron, y descubrí que ya no tenía palabras. Estaba más allá de todo, salvo de él.

Rhys no esperó mi respuesta y se arrodilló ante mí, sus alas estaban desplegadas sobre la alfombra. Oprimió un beso en mi abdomen, en reverencia y bendición. Después puso un beso más abajo.

Más abajo.

Mi mano se deslizó en su pelo, justo mientras él aferraba uno de mis muslos y levantaba mi pierna sobre su hombro. Justo mientras me encontraba de algún modo apoyándome contra la pared cerca del marco de la puerta, como si él nos hubiera levantado. Mi cabeza golpeó la madera con un suave golpe mientras Rhys bajaba su boca hacia mí.

Se tomó su tiempo.

Me lamió y me acarició hasta que me deshice, después se rio contra mí, oscuro y rico. Se incorporó en toda su altura, con mis piernas envolviendo su cintura, y me apoyó contra la pared.

Un brazo contra la pared, el otro manteniéndome lejos. Rhys me buscó los ojos:

—¿Cómo será, compañera?

En su mirada, yo podría haber jurado que las galaxias se arremolinaban. En las sombras entre sus alas, moraban las gloriosas profundidades de la noche.

—Suficientemente difícil hacer que los cuadros se caigan —le recordé, sin aliento.

Él volvió a reír, bajo y perverso.

—Agárrate fuerte, entonces.

Que la madre del cielo y el Caldero me salven.

Mis manos se deslizaron en sus hombros, hundiéndose en los duros músculos.

Y él, lentamente, *tan lentamente*, empujó dentro de mí.

Entonces sentí cada centímetro de él, cada lugar en el que estábamos unidos. Volví a echar la cabeza hacia atrás, mientras un gemido salía de mí.

—Cada vez —dejó salir—, cada vez se te siente *exquisita*.

Apreté los dientes, jadeando a través de la nariz. Él entró, empujando con pequeños movimientos, permitiéndome ajustarme a cada ancha pulgada de él.

Y cuando estaba dentro de mí, cuando su mano apretó mi cadera, tan solo... se detuvo.

Moví las caderas, desesperada por alguna fricción. Él se movió conmigo, negándomela.

Rhys lamió su camino, subiendo por mi garganta.

—Pienso en ti, sobre esto, cada condenada hora —ronroneó contra mi piel—. Sobre la manera en que sabes.

Otra pequeña retirada... después una zambullida. Jadeé y jadeé, inclinando mi cabeza en la dura pared detrás de mí.

Rhys soltó un sonido de aprobación, y se retiró un poco. Después volvió a empujar. Duramente.

Un bajo tamborileo sonó en la pared a mi izquierda.

Ya no me importó. No me importó si de hecho hacíamos que los cuadros cayeran de la pared mientras Rhys se detenía una vez más.

—Pero, en general, pienso en esto. Cómo te siento a mi alrededor, Feyre —entró en mí, exquisito e implacable—. Qué gusto tienes en mi lengua —mis uñas se clavaron en sus anchos hombros—. Cómo, aunque tengamos mil años juntos, nunca me cansaré de *esto*.

La liberación empezó a reunirse a lo largo de mi espalda, cerrando todo sonido y sensación más allá del sitio donde él me encontraba, me tocaba.

Otro empujón, más largo y más duro. La madera gruñó bajo su mano.

Bajó su boca a mi pecho y mordisqueó el pezón... mordisqueó y después lamió la herida que envió el placer como una chispa a través de mi sangre.

—Cómo me dejas hacerte estas cosas obscenas, terribles.

Su voz era una caricia que hizo mover mis caderas, suplicándole que fuera más rápido.

Rhys solo se rio, suave, cruelmente, mientras retiraba esa unión completa y desbocada que yo anhelaba.

Abrió los ojos el tiempo suficiente para atisbar hacia abajo, hacia donde podía verlo unido a mí, moviéndose tan dolorosa y lentamente dentro y fuera de mí.

—¿Te gusta mirar? —suspiró él—. ¿Te gusta verme moverme en ti?

En respuesta, más allá de las palabras, mandé mi mente hacia el puente entre nosotros, frotándome contra sus inflexibles escudos.

Él me dejó entrar instantáneamente, mente a mente y alma a alma, y entonces estuve mirando a través de sus ojos... mirándome a mí hacia

abajo, mientras él aferraba mi cadera y empujaba.

Ronroneó, *Mira cómo te cojo, Feyre.*

Dios, fue mi única respuesta.

Manos mentales corrían por mi mente, mi alma. *Mira cuán perfectamente encajamos.*

Mi cuerpo ardiente estaba arqueado contra la pared... perfecto por cierto para recibirlo, para tomar cada centímetro de él.

¿Ves por qué no puedo dejar de pensar en esto... en ti?

Una vez más, se retiró y volvió a entrar, liberando el refrenamiento sobre su poder.

Las estrellas titilaban a nuestro alrededor, dejando entrar la dulce oscuridad. Como si fuéramos las únicas almas en una galaxia. Y Rhys todavía seguía ante mí, con mis piernas envueltas alrededor de su cintura.

Froté mis propias manos mentales sobre él, y suspiré: *¿Puedes cogerme también aquí?*

Ese perverso deleite flaqueó. Cayó en silencio.

También las estrellas y la oscuridad hicieron una pausa.

Entonces un predador absoluto, sin diluir, respondió: *Será mi placer.*

Y entonces no tuve palabras para lo que ocurrió.

Me dio todo lo que yo quería: desató su golpe dentro de mi cuerpo... el inflexible embate y la completud y el golpe de piel contra piel, el golpe de nuestros cuerpos contra la madera. La noche cantaba a nuestro alrededor, las estrellas girando como nieve.

Y después estábamos nosotros. Mente a mente, tendidos sobre ese puente entre nuestras almas.

No teníamos cuerpos aquí, pero lo sentí mientras me seducía, su oscuro poder envuelto en torno al mío, lamiendo mis llamas, chupando mi hielo, garras que raspaban contra las mías.

Lo sentí mientras su poder se mezclaba con el mío, fluyendo y retirándose, adentro y afuera, hasta que mi magia se desató, cerrándose sobre él, los dos rugiendo y ardiendo juntos.

Todo el tiempo él se movió en mí, implacable y torrencial como el mar. Una y otra vez, poder y carne y alma, hasta que creo que yo gritaba, hasta que creo que él rugía, y mi cuerpo mortal se ató a su alrededor, rompiéndose.

Después yo me rompí, todo lo que era rompiéndose en estrellas y galaxias y cometas, nada más que puro y brillante gozo. Rhys me

sostuvo, me envolvió, su oscuridad absorbió la luz que chispeaba y estallaba, manteniéndome entera, manteniéndome unida.

Y cuando mi mente pudo formar palabras, cuando otra vez pude sentir su esencia alrededor de mí, su cuerpo aún moviéndose en el mío, le envié esa imagen por última vez, a la oscuridad y las estrellas... mi regalo.

Tal vez nuestro regalo, algún día.

Rhys se derramó en mí con un rugido, sus alas se extendieron ampliamente.

Y en nuestras mentes, en ese vínculo, su magia entró en erupción, su alma cayendo sobre la mía, llenando cada grieta y hoyo hasta que no hubo una sola parte de mí que no estuviera llena de él, desbordando con su oscura, gloriosa esencia y su inextinguible amor.

Permaneció enterrado en mí, apoyado duramente contra la pared mientras jadeaba contra mi cuello, *Feyre, Feyre, Feyre*.

Estaba temblando. Los dos temblábamos.

Conseguí la presencia mental suficiente para abrir apenas mis ojos.

Su rostro estaba destruido. Atónito. Su boca permanecía parcialmente abierta mientras me miraba boquiabierto, el brillo aún irradiando de mi piel, brillante contra sus sombras besadas por las estrellas.

Durante largos momentos, solo nos miramos. Respiramos.

Y después Rhys miró de soslayo hacia el resto de la habitación.

Hacia lo que habíamos hecho.

Una sonrisa astuta se formó sobre sus labios mientras miramos los cuadros que, por cierto, habían caído de la pared, los marcos agrietados en el suelo. Un jarrón sobre una mesa cercana había sido estrellado contra el suelo, destruido en pequeños pedazos azules.

Rhys me besó bajo la oreja.

—Eso se descontará de tu salario, ya sabes.

Acerqué mi cabeza a él y solté sus hombros para sacudir su nariz. Él se rio, frotando sus labios contra mi sien.

Pero yo miré las marcas que le había dejado sobre la piel, que ya desaparecían. Miré los tatuajes sobre su pecho, sus brazos. Incluso toda la vida de pintura de un inmortal no bastaría para captar cada faceta de él. De nosotros.

Otra vez alcé los ojos hasta los de él y encontré estrellas y oscuridad esperando. Encontré el *hogar* esperando.

Nunca suficiente. No para pintarlo, conocerlo. Los eones nunca bastarían para todo lo que yo quería hacer, ver con él. Para todo lo que deseaba amarlo.

La pintura brilló ante mí: *Noche triunfante... y las estrellas eternas.*

—Hazlo de nuevo —suspiré, con voz ronca.

Rhys sabía lo que yo quería decir.

Y nunca me ha alegrado tanto una pareja Fae como cuando él se endureció otra vez un latido más tarde, me bajó al suelo, me dio vuelta sobre el estómago y se hundió profundamente en mí, con un ronroneo y un gruñido.

Y aun cuando finalmente caímos sobre la alfombra, evitando apenas los cuadros rotos y las astillas del jarrón, incapaces de movernos durante largo tiempo, esa imagen de mi regalo permaneció entre los dos, luciendo tan brillante como cualquier estrella.

Aquel bello muchacho de ojos azules y pelo oscuro que el Tallador de Huesos me había mostrado una vez.

Esa promesa del futuro.

* * *

Velaris aún dormía cuando Rhys y yo volvimos la mañana siguiente.

Sin embargo, él no nos llevó a la casa de la ciudad, sino a una propiedad junto al río, un edificio en ruinas con los jardines enmarañados.

La niebla pendía sobre gran parte de la ciudad antes del alba.

Las palabras que intercambiamos anoche, lo que habíamos hecho, fluía entre nosotros, tan invisible y sólido como nuestro vínculo de pareja. Él no había tomado su tónico anticonceptivo con el desayuno. No estaría tomándolo de nuevo.

—Nunca preguntaste sobre tu regalo del Solsticio —dijo Rhys al cabo de un rato, nuestros pasos crujían en la grava escarchada de los jardines a lo largo del Sidra.

Levanté la cabeza de su hombro mientras ambos caminábamos.

—Supongo que estabas esperando para hacer una revelación dramática.

—Supongo que sí. —Se detuvo y yo hice una pausa junto a él, mientras se volvía hacia la casa que estaba a nuestras espaldas—. Esto.

Lo miré y parpadeé. Miré los escombros de la propiedad.

—¿Esto?

—Considéralo como un regalo de Solsticio y de cumpleaños en uno solo. —Hizo un gesto hacia la casa, los jardines, el terreno que fluía hasta el borde del río. Con una perfecta vista del Arcoíris a la noche, gracias a la curva de la tierra—. Es tuyo. Nuestro. Lo compré en la víspera del Solsticio. En dos días llegan los obreros para empezar a retirar los escombros y demoler el resto de la casa.

Volví a parpadear, larga y lentamente.

—Me compraste una *propiedad*.

—Técnicamente, será *nuestra* propiedad, pero la casa es tuya. Constrúyela como se te antoje. Todo lo que quieras, todo lo que necesites... constrúyela.

El costo solamente, el enorme tamaño de este regalo debía ser más que astronómico.

—Rhys.

Él caminó unos pasos, pasándose las manos por su pelo azul negro, sus alas apretadamente plegadas.

—No tenemos espacio en la casa de la ciudad. Tú y yo apenas si podemos hacer entrar todo en el dormitorio. Y nadie quiere estar en la Casa del Viento. —Una vez más hizo un gesto hacia la magnífica propiedad que nos rodeaba—. Entonces, construye una casa para nosotros, Feyre. Sueña tan salvajemente como quieras. Es tuya.

No tenía palabras para eso. Para lo que caía en cascada a través de mí.

—Es... el *costo*...

—No te preocupes por el costo.

—Pero... —Miré boquiabierto la tierra dormida, enmarañada, la casa arruinada. Me imaginé lo que podría desear allá. Me temblaron las rodillas—. Rhys... es demasiado.

Su rostro se tornó mortalmente serio.

—No para ti. Nunca para ti. —Deslizó los brazos alrededor de mi cintura y me besó la sien—. Construye una casa con un estudio de pintura —me besó la otra sien—. Construye una casa con una oficina para ti y una para mí. Construye una casa con una bañera suficientemente grande para dos... y para las alas —otro beso, esta vez en mi mejilla—. Construye una casa con habitaciones para toda nuestra familia —me besó la otra mejilla—. Construye una casa con un jardín

para Elain, un ruedo de entrenamiento para los bebés ilirios, una biblioteca para Amren y un enorme cuarto de vestir para Mor —me ahogué de risa ante esto último. Pero Rhys me silenció con un beso en la boca, demorado y dulce—. Construye una casa con un cuarto para los niños, Feyre.

Mi corazón se apretó hasta el dolor y le devolví el beso. Volví a besarlo una vez y otra vez. La propiedad amplia y clara a nuestro alrededor.

—Lo haré —prometí.



CAPÍTULO

23

Rhysand

El sexo me había destruido.

Me había dejado como una ruina absoluta.

Cualquier pedacito remanente de mi alma que aún no pertenecía a ella se había entregado incondicionalmente la noche anterior.

Y al ver la expresión de Feyre cuando le mostré la propiedad junto al río... conservaba el recuerdo de su reluciente y bella cara cerca de mí, cuando golpeé en las agrietadas puertas del frente de la casa señorial de Tamlin.

Sin respuesta.

Esperé un minuto. Dos.

Desenrollé un hilo de poder a través de la casa, para percibir. Casi temiendo lo que podría encontrar.

Pero allí... en las cocinas. Un nivel más abajo. Con vida.

Me vi adentro, mis pasos resonaron en los suelos de mármol agrietado. No me molesté en disimularlos. Él probablemente percibió mi llegada en el momento en que aterricé en la escalera del frente.

Fue una cuestión de pocos minutos llegar a la cocina.

No estaba completamente preparado para lo que vi.

Un gran alce yacía muerto en la larga mesa de trabajo del centro del oscuro espacio, la flecha que atravesaba su garganta estaba iluminada por la acuosa luz que se filtraba por las pequeñas ventanas. La sangre se encharcaba en el suelo de piedra gris, y el goteo era el único sonido.

El único sonido mientras Tamlin estaba sentado ante él. Mirando a la bestia caída.

—Tu cena está goteando —le dije como saludo, indicando con la cabeza la suciedad que se juntaba sobre el suelo.

Sin respuesta. El Supremo Señor de la Primavera ni siquiera levantó la vista para mirarme.

Tu pareja debería haber sabido que no tenía que patear a un varón caído.

Las palabras que Lucien le había dicho a Feyre ayer habían permanecido. Tal vez por eso había dejado a Feyre que explorara las nuevas pinturas que Azriel le había dado y me había trasladado hasta aquí.

Miré el poderoso alce, sus oscuros ojos abiertos y vidriosos. Un cuchillo de casa estaba clavado en la madera junto a su cabeza greñuda.

Todavía ninguna palabra, ni siquiera un atisbo de movimiento. Muy bien, entonces.

—Hablé con Varian, Príncipe de Adriata —dije, demorándome al otro lado de la mesa, la cornamenta como una zarza de espinas se encontraba entre nosotros—. Le ordené que le pidiera a Tarquin que despachara soldados hacia tu frontera. —Lo había hecho anoche, llevando a Varian aparte durante la cena. Él había accedido de inmediato, jurando que lo haría—. Llegarán en unos pocos días.

Sin respuesta.

—¿Eso es aceptable para ti?

Como parte de las Cortes Estacionales, Verano y Primavera siempre habían sido aliados... hasta esta guerra.

Lentamente, Tamlin levantó la cabeza, su dorado cabello desatado opaco y enredado.

—¿Crees que ella me perdonará? —la pregunta era ronca, como si él hubiera estado gritando.

Yo sabía a quién se refería. Y no sabía la respuesta. No sabía si que ella le deseara felicidad era lo mismo que perdonarlo. Si Feyre alguna vez querría ofrecerle eso. El perdón podría ser un regalo para ambos, pero lo que él había hecho...

—¿Quieres que lo haga?

Sus ojos verdes estaban vacíos.

—¿Lo merezco?

No. Nunca.

Debe haberlo leído en mi rostro, porque preguntó:

—¿Tú me perdonas... por tu madre y tu hermana?

—No recuerdo haber escuchado nunca una disculpa.

Como si una disculpa pudiera arreglar las cosas. Como si una disculpa pudiera alguna vez cubrir la pérdida que aún seguía devorándome, el agujero que permanecía en el sitio en que sus vidas brillantes y adorables habían resplandecido alguna vez.

—No creo que una disculpa podría hacer una diferencia, de todas maneras —dijo Tamlin, observando al alce caído una vez más—. Para ninguno de ustedes dos.

Quebrado. Completamente quebrado.

Necesitarás a Tamlin como aliado antes de que se asiente el polvo, había advertido Lucien a mi pareja. Tal vez también por eso yo había venido.

Agité una mano, cortando y desgarrando con mi magia, y el pelaje del alce se deslizó hasta el suelo en un chirrido de piel y un golpe de carne húmeda. Otro chispazo de poder, y rodajas de carne habían sido trinchadas de los lados, y apiladas junto al horno oscuro... que pronto se encendió.

—Come, Tamlin —dije. Él ni siquiera parpadeó.

No era perdón... no era bondad. No podía, nunca podría olvidar lo que él le había hecho a las que yo más amaba.

Pero era el Solsticio, o había sido. Y tal vez porque Feyre me había dado un regalo más grande que cualquiera que yo pudiera soñar, le dije:

—Puedes consumirte y morir después de que hayamos acomodado este nuevo mundo nuestro.

Un pulso de mi poder y una sartén de hierro se deslizó en la cocina ahora caliente y un bife de carne cayó sobre ella con un chisporroteo.

—Come, Tamlin —repetí, y desaparecí en un viento oscuro.



CAPÍTULO

24

Morrigan

Ella le había mentado a Feyre.

O algo así.

Sí iba a la Corte del Invierno. Pero no tan pronto como había dicho. Viviane, al menos, sabía verdaderamente cuándo esperarla. Aunque habían estado intercambiando cartas durante meses ahora, Mor todavía ni siquiera le había dicho a la Dama de la Corte del Invierno dónde estaría entre el Solsticio en Velaris y su visita al hogar montañoso de Viviane y Kallias.

No le gustaba hablarle a la gente de este lugar. Nunca se lo había mencionado a los otros.

Y mientras Mor galopaba sobre las montañas nevadas, su yegua, Ellia, un sólido y cálido peso bajo ella, recordó el por qué.

La niebla de la mañana pendía entre los montículos y los hoyos de la enorme propiedad. Su propiedad. Athelwood.

La había comprado trescientos años atrás por la tranquilidad. La había destinado a los caballos.

Ellia recorría las montañas con gracia constante, avanzando tan rápido como el viento oeste.

A Mor no la habían criado para cabalgar. No cuando volar era infinitamente más rápido.

Pero con esa clase de traslado, nunca le parecía que estaba realmente *viajando* a alguna parte. Como si estuviera yendo, corriendo con rapidez

al próximo lugar. Lo deseaba, y allí estaba.

Los caballos, sin embargo... Mor sentía cada centímetro de tierra por el que galopaban. Sentía el viento y olía las montañas y la nieve y podía ver el muro pasajero de denso bosque a su izquierda.

Vivo. Todo estaba vivo, y ella aún más cuando cabalgaba.

Athelwood había sido vendido con seis caballos, el dueño anterior se había aburrido de ellos. Todos ellos de razas raras y codiciadas. Le habían costado tanto como la gran propiedad y trecientos prístinos acres al noroeste de Velaris. Una tierra de altas montañas y arroyos burbujeantes, de viejos bosques y mares violentos.

No le gustaba estar sola durante largos periodos de tiempo... no podía tolerarlo. Pero unos días aquí y allí eran necesarios, vitales para su alma. Y salir montando a Ellia era tan rejuvenecedor como cualquier día que pasara tumbada bajo el sol.

Detuvo a Ellia en lo alto de una de las montañas más altas, dejando que la yegua descansara, aun cuando Ellia tiraba de las riendas. Había corrido hasta que su corazón no resistió... nunca había sido tan dócil como sus entrenadores deseaban. Mor la amaba aún más por eso.

Siempre se había sentido atraída hacia las cosas salvajes, indómitas del mundo.

Caballo y jinete respirando con fuerza, Mor examinó sus tierras ondulantes, el cielo gris. Anidada en sus cueros ilirios y acalorada de la cabalgata, se sentía cómodamente templada. Una tarde leyendo junto al chisporroteante fuego de la amplia biblioteca de Athelwood, seguida por una abundante cena y un descanso temprano serían una bendición.

Qué lejano parecía el continente, al igual que el pedido de Rhys. Ir, jugar a la espía y a la cortesana y a la embajadora, ver esos reinos tanto tiempo cerrados, donde antes habían vivido amigos... *Sí, su sangre la llamaba. Haz un viaje tan vasto y tan distante como puedas. Ve con el viento.*

Pero irse, dejar que Keir creyera que él la había obligado a ir por su negociación con Eris...

Cobarde. Patético cobarde.

Eliminó el siseo en su cabeza, pasando una mano por la crin nevada de Ellia.

No lo había mencionado durante los últimos días en Velaris. Había querido hacer esa elección por su cuenta, y había entendido que las noticias podrían echar una sombra sobre la celebración.

Sabía que Azriel diría que no, quería que ella estuviera a salvo. Como siempre. Cassian hubiera dicho que sí, Amren junto con él, y Feyre se hubiera preocupado pero finalmente hubiera accedido. Az se hubiera enojado, y se hubiera encerrado aún más dentro de sí mismo.

Ella no había querido quitarle la alegría. Más de lo que ya lo hacía.

Pero tendría que decirles, independientemente de lo que decidiera, en algún momento.

Las orejas de Ellia se achataron contra su cabeza.

Mor se puso rígida, siguiendo la vista de la yegua.

Hacia la maraña de bosque a su izquierda, poco más que un tejado de árboles desde esta distancia.

Acarició el pescuezo de Ellia.

—Tranquila —susurró—. Tranquila.

Incluso en estos bosques, se sabía que emergían antiguos terrores.

Pero Mor no olió nada, no vio nada. El bucle de poder que lanzó hacia los bosques reveló tan solo los pájaros usuales y las pequeñas bestias. Un venado bebiendo de un agujero en un arroyo cubierto de hielo.

Nada, salvo...

Allí, entre una maraña de espinas. Un manchón de oscuridad.

No se movía, no hacía más que no hacer nada, pero permanecía. Y miraba.

Familiar pero sin embargo extraño.

Algo en su poder le susurró que no lo tocara, que no se acercara. Incluso desde esta distancia.

Mor obedeció.

Pero siguió mirando esa oscuridad en las espinas, como si una sombra hubiera caído entre ellas.

No como las sobras de Azriel, que se duplicaban y susurraban.

Algo diferente.

Algo que le devolvía la mirada, vigilándola a su vez.

Mejor marcharse tranquila. Especialmente con la promesa de un fuego chispeante y una copa de vino en casa.

—Tomemos la ruta corta para volver —le murmuró a Ellia, acariciándole el pescuezo.

La yegua no necesitó más estímulo para lanzarse al galope, alejándolas de los bosques y de su sombría vigía.

Cabalgaron por encima y entre las montañas, hasta que los bosques quedaron ocultos en la niebla a sus espaldas.

¿Qué más podía ver, presenciar, en tierras en las que nadie de la Corte de la Noche se había aventurado durante milenios?

La pregunta se demoró con cada paso resonante de Ellia sobre la nieve y los arroyos y las montañas.

Su respuesta se hizo eco en las rocas y los árboles y las nubes grises de arriba.

Ve. Ve.



CAPÍTULO

25

Feyre

Dos días más tarde, yo estaba en la entrada del estudio abandonado de Polina.

Ya no estaban canceladas las ventanas ni pendían las telarañas. Solo quedaba el espacio abierto, limpio y amplio.

Seguía mirando cuando Ressina me encontró, deteniéndose en su camino por la calle, sin duda hacia su propio estudio.

—Feliz Solsticio, mi señora —dijo, con sonrisa brillante.

No le devolví la sonrisa mientras seguí mirando y mirando la puerta abierta, el espacio que estaba más allá.

Ressina puso una mano sobre mi brazo.

—¿Pasa algo?

Mis dedos se apretaron, envolviendo la llave de bronce en mi palma.

—Es mío —le dije tranquilamente.

La sonrisa de Ressina empezó a crecer nuevamente.

—¿Lo es, ahora?

—Ellos... su familia me lo dio.

Había ocurrido esa mañana. Había volado hasta la granja familiar de Polina, de algún modo sin sorprender a nadie. Como si me hubieran estado esperando.

Ressina inclinó la cabeza.

—¿Entonces por qué esa cara?

—Ellos me lo *dieron* —extendí los brazos—. Yo traté de comprarlo. Le ofrecí dinero a su familia. —Meneé la cabeza, todavía dando vueltas. Ni siquiera había regresado a la casa de la ciudad. Ni siquiera se lo había contado a Rhys. Me había despertado al alba, Rhys ya se había ido a encontrarse con Az y Cassian en el campamento de Devlon, y decidí al demonio con tanta espera. Postergar la *vida* no tenía ningún sentido. Yo sabía lo que quería. No había motivos para demorar—. Me entregaron la escritura, me dijeron que la firmara con mi nombre, y me dieron la llave —me froté la cara—. Se negaron a recibir mi dinero.

Ressina soltó un largo silbido.

—No me sorprende.

—La hermana de Polina, sin embargo —dije, mientras la voz me temblaba al guardar la llave en el bolsillo de mi abrigo—, sugirió que usara el dinero para otra cosa. Que si quería darlo, debería donarlo al Pincel y el Cincel. ¿Sabes qué es eso?

Había estado demasiado asombrada para preguntar, para hacer algo más que asentir y decir que lo haría.

Los ojos ocre de Ressina se suavizaron.

—Es una institución de caridad para artistas necesitados de ayuda financiera... para proporcionarles a ellos y a sus familias dinero para comida o renta o ropa. Para que no tengan que pasar hambre o necesidad mientras crean.

No podía detener las lágrimas que empañaban mi visión. No podía dejar de recordar esos años en aquella cabaña, el hueco dolor del hambre. La imagen de esos tres pequeños envases de pintura que había saboreado.

—No sabía que existía —logré susurrar. Ni siquiera todos los comités a los que había ofrecido ayudar me habían mencionado la institución.

No sabía que había un lugar, un mundo, donde los artistas podrían ser valiosos. Podrían ser cuidados. Jamás soñé con algo así.

Una cálida mano delgada se apoyó en mi hombro, lo apretó suavemente.

Ressina preguntó:

—¿Entonces qué vas a hacer con eso? El estudio.

Miré el espacio vacío ante mí. Vacío no... *esperando*.

Y desde muy lejos, como si estuviera llevada por el viento frío, escuché la voz del Suriel.

Feyre Archeron, un pedido. Deja este mundo como un lugar mejor al que encontraste.

Me tragué las lágrimas, y acomodé un mechón suelto de mi pelo otra vez en mi trenza antes de volverme hacia el hada.

—¿No estarás buscando una socia comercial absolutamente inexperta, por casualidad?



CAPÍTULO

26

Rhysand

Las chicas estaban en el ruedo de entrenamiento.

Eran solo seis, y ninguna de ellas se veía muy complacida, pero allí estaban, abriéndose camino a través de las órdenes poco entusiastas de Devlon acerca de cómo empuñar una daga. Al menos Devlon les había dado algo relativamente simple de aprender. A diferencia de los arcos ilirios; una pila de ellos permanecía junto al ruedo marcado con tiza de las chicas. Como una provocación.

Un buen número de varones disponían de la fuerza necesaria para blandir esos poderosos arcos. Yo todavía podía sentir el latigazo de la cuerda contra mi mejilla, mi muñeca, mis dedos durante los años que me había llevado dominarlo.

Si alguna de las chicas decidía elegir el arco ilirio, yo supervisaría sus lecciones personalmente.

Estaba con Cassian y Azriel en el extremo más lejano de los ruedos de entrenamiento, el campamento del Refugio del Viento deslumbrantemente brillante con la nieve fresca que había caído con la tormenta. Tal como esperaba, la tormenta había terminado ayer... dos días después del Solsticio. Y, como había prometido, Devlon tenía a las chicas en el ruedo. La más joven tenía alrededor de doce años; la mayor, dieciséis.

—Pensé que habría más —masculló Azriel.

—Algunas se marcharon con sus familias por el Solsticio —dijo Cassian, con la mirada puesta en el entrenamiento. De tanto en tanto lanzaban un silbido, cuando una de las chicas hacía una penosamente mala que pasaba sin corregir—. No volverán hasta dentro de unos días.

Le habíamos mostrado las listas que Az había compilado de los posibles alborotadores en estos campamentos. Desde entonces, Cassian había estado distante. Más insatisfechos de los que esperábamos. Un buen número de ellos provenía del campamento Cresta de Hierro, un notorio rival de este clan, donde Kallon, hijo de su señor, se esforzaba por suscitar tanto disenso como fuera posible. Todo dirigido hacia Cassian y hacia mí.

Un movimiento desafiante, considerando que Kallon era todavía un guerrero novicio. Que ni siquiera debía pasar por el rito esta primavera o la siguiente. Pero era tan malo como el bruto de su padre. Peor, decía Az.

Ocurren accidentes en el rito, solo había sugerido cuando la cara de Cass se puso tensa con la noticia.

No deshonraremos el rito manipulándolo, su única respuesta.

Los accidentes ocurren en el cielo todo el tiempo, entonces, había respondido Azriel fríamente.

Si el cachorro quiere romperme las bolas, puede conseguirse un par él mismo y hacerlo en mi cara, había gruñido Cassian, y ahí acabó todo.

Lo conocía suficientemente bien como para dejarlo a su criterio... decidir cómo y cuando ocuparse de Kallon.

—Pese a las protestas en los campamentos —le dije a Cassian, haciendo un gesto hacia los ruedos de entrenamiento. Los varones mantienen una saludable distancia del sitio donde se entrenan las pocas hembras, como si estuvieran asustados de contagiarse alguna enfermedad letal. Patético—. Este es un buen signo, Cass.

Azriel asintió para expresar su coincidencia, mientras sus sombras se movían a su alrededor. La mayoría de las mujeres del campamento se habían refugiado en sus casas cuando él había aparecido.

Una rara visita del cantasombras. Tanto mito como terror. Az también parecía a disgusto por estar aquí, pero había venido cuando se lo pedí.

Era saludable, tal vez, que Az a veces recordara de dónde venía. Todavía usaba los cueros ilirios. No había tratado de que le borrarán los tatuajes. Alguna parte de él aún era iliria. Siempre lo sería. Aun cuando quisiera olvidarlo.

Durante un minuto, Cassian no dijo nada, su rostro era una máscara de piedra. Había estado distante aun antes de que nos reuniéramos alrededor de la mesa en la vieja casa de mi madre para entregar el informe esta mañana. Distante desde el Solsticio. Apostaría una buena cantidad para adivinar por qué.

—Será un buen signo —dijo Cassian al fin—, cuando haya veinte chicas allí afuera y hayan venido durante un mes entero.

Az bufó suavemente.

—Te apuesto...

—Nada de apuestas —dijo Cassian—. No sobre esto.

Az sostuvo la mirada de Cassian durante un momento, mientras los Sifones cobalto titilaban. Y después asintió. Entendió. Esta misión de Cassian, preparada años atrás y tal vez cercana al logro... para él iba más allá de cualquier apuesta. Se trataba de una herida que jamás se había sanado en realidad.

Pasé el brazo sobre los hombros de Cassian.

—Pequeños pasos, hermano. —Le lancé una sonrisa, sabiendo que no había llegado a mis ojos—. Pequeños pasos.

Para todos nosotros.

Era muy probable que nuestro mundo dependiera de eso.



CAPÍTULO

27

Feyre

Las campanas de la ciudad dieron las once de la mañana.

Un mes antes, Ressina y yo estábamos de pie cerca de la puerta del frente, las dos con ropas casi idénticas: suéteres gruesos y largos, calzas cálidas y botas de trabajo resistentes y forradas con lana de oveja.

Las botas ya estaban salpicadas con pintura.

En las semanas transcurridas desde que la familia de Polina me había regalado el estudio, Ressina y yo habíamos estado aquí casi todos los días. Preparando el lugar. Pensando nuestra estrategia. Las lecciones.

—En cualquier momento —murmuró Ressina, mirando el pequeño reloj montado sobre las brillantes paredes blancas del estudio. *Ese* había sido un debate interminable: ¿de qué color pintar ese espacio? Habíamos dicho amarillo, después decidimos que no serviría para exhibir las obras de arte. Negro y gris eran demasiado sombríos para la atmósfera que queríamos, el beige también podía chocar con las obras de arte... así que habíamos adoptado el blanco. El cuarto trasero, al menos, lo habíamos pintado brillante... un color diferente en cada pared. Verde y rosa y rojo y azul.

Pero este espacio del frente... vacío. Salvo por el tapiz que había colgado en una pared, el negro del Vacío hipnótico. Y un recordatorio. Un recordatorio tan importante como la iridiscencia imposible de la Esperanza, que relucía en todas partes. Trabajar a través de la pérdida, por abrumadora que fuera. Crear.

Y después estaban los diez atriles y bancos dispuestos en círculo en medio de la galería.

Esperando.

—¿Vendrán? —le murmuré a Ressina.

El hada cambió de un pie a otro, el único signo de preocupación.

—Dijeron que vendrían.

En el mes que habíamos trabajado juntas, ella se había convertido en una buena amiga. En una querida amiga. El ojo de Ressina para el diseño era impecable, había sido un acierto pedirle que me ayudara a planificar la casa del río. Así es como la llamaba. Ya que *mansión del río*... No. *Casa* sería, aun cuando fuera el hogar más grande de esta ciudad. No por pavonearme, sino simplemente por cuestiones prácticas. Desde el tamaño del jardín, de nuestra familia. Una familia que tal vez siguiera creciendo.

Pero eso sería después. Por ahora...

Pasó un minuto. Después dos.

—Vamos —murmuró Ressina.

—Tal vez tienen mal el reloj.

Pero mientras lo decía, aparecieron. Ressina y yo contuvimos el aliento mientras todos doblaban la esquina, directamente hacia el estudio.

Diez niños, Altos Fae y hadas, y algunos de sus padres.

Algunos de ellos... ya que otros ya no estaban vivos.

Mantuve una sonrisa cálida en el rostro, pese a que mi corazón latía muy fuerte mientras cada niño que pasaba por nuestra puerta, cauteloso e inseguro, se agrupaba cerca de los atriles. Mis palmas sudaban mientras los padres se unían a ellos, con rostros menos defensivos, pero de todos modos vacilantes. Vacilantes, aunque esperanzados.

No solo por ellos mismos, sino por los niños que habían traído.

No habíamos hecho mucha publicidad. Ressina se había contactado con algunos amigos y conocidos, pidiéndoles que preguntaran. Si había en esta ciudad niños que pudieran necesitar un lugar donde expresar los horrores que habían ocurrido durante la guerra. Si había niños que tal vez no pudieran decir lo que habían soportado, pero que tal vez pudieran pintar o dibujar o esculpir eso mismo. Tal vez no pudieran hacer ninguna de esas cosas, pero el acto de *crear* algo... podría ser un bálsamo para ellos.

Tal como lo era para mí.

Tal como lo era para la tejedora y para Ressina y para tantos de los artistas de esta ciudad.

Una vez que se había corrido la voz, mucha gente había venido a preguntar. No solamente padres o guardianes, sino también potenciales instructores. Artistas del Arcoíris ansiosos de ayudar... de dar clases.

Yo instruía a uno por día, dependiendo qué se pidiera de mí como Suprema Dama. Ressina se ocupaba de otro. Y había un horario rotativo de otros maestros que se ocupaban de la tercera y cuarta clase del día. Incluyendo a la misma tejedora, Aranea.

Porque la respuesta de los padres y las familias había sido abrumadora.

¿Cuándo empiezan las clases?, era la pregunta más frecuente. La segunda era, *¿cuánto cuesta?*

Nada. Nada, les decíamos. Era gratis. Ningún niño ni ninguna familia pagaría nunca una clase aquí... ni los materiales.

La habitación se colmó, y Ressina y yo intercambiamos una rápida mirada de alivio. También una mirada nerviosa.

Y cuando vi a las familias que se reunían, la habitación abierta y soleada a nuestro alrededor, sonreí una vez más y empecé.



CAPÍTULO

28

Feyre

Él me esperaba una hora y media más tarde.

Cuando el último de los niños salió corriendo, algunos riéndose, algunos aún solemnes y de ojos sombríos, él sostuvo la puerta abierta para ellos y sus familias. Todos lo miraron embobados, bajando la cabeza, y Rhys les ofreció una amplia y fácil sonrisa como respuesta.

Yo amaba esa sonrisa. Amaba esa gracia informal cuando entró en la galería, hoy sin ningún signo de sus alas, y examinó las pinturas que aún se secaban. Miró la pintura que salpicaba mi cara y mi suéter y mis botas.

—¿Un día duro en la oficina?

Eché atrás un mechón de cabello. Sabiendo que era probable que estuviera manchado de pintura azul, ya que mis dedos estaban cubiertos de ella.

—Deberías ver a Ressina.

Ella se había ido unos momentos antes, para lavarse la cara llena de pintura roja. Cortesía de uno de los niños, a quien le había parecido una buena idea formar una burbuja de *toda* la pintura para ver de qué color se volvía, y después hacerla flotar por la habitación. Y allí chocó con el rostro de ella.

Rhys se rio cuando se lo mostré por el vínculo.

—Excelente uso de sus incipientes poderes, al menos.

Sonreí, mirando una de las pinturas que estaba junto a él.

—Eso es lo que dije. A Ressina no le resultó tan divertido.

Aunque sí la había divertido. Sonreír había sido un poco difícil sin embargo, cuando tantos de los niños tenían cicatrices, tanto visibles como invisibles.

Rhys y yo estudiamos una pintura de una joven hada cuyos padres habían sido asesinados durante el ataque.

—No les dimos ninguna instrucción detallada —dije, mientras los ojos de Rhys vagaban alrededor de la pintura—. Solo les dijimos que pintaran un recuerdo. Y este es el que le salió a ella.

Era difícil mirarlo. Dos figuras. La pintura roja. Las figuras en el cielo, sus perversos dientes y sus garras preparadas.

—¿No se llevan sus pinturas a casa?

—Estas tienen que secarse primero, pero le pregunté si quería que yo guardara esto en algún lugar especial. Ella dijo que había que tirarla.

Los ojos de Rhys se movieron con preocupación.

Dije suavemente:

—Quiero guardarla. Para ponerla en mi futura oficina. Para que no olvidemos.

Lo que había ocurrido, por qué estábamos trabajando. Exactamente por qué el tapiz de Aranea de la insignia de la Corte de la Noche colgaba aquí de la pared.

Me besó la mejilla en respuesta y se movió a la próxima pintura. Se rio.

—Explícame esta.

—Este chico quedó *inmensamente* desilusionado con sus regalos del Solsticio. Especialmente porque no incluían un cachorro. Entonces, su «recuerdo» es algo que él espera hacer en el futuro... de él y su «perro». Con sus padres en una perrera en cambio, mientras él y el perro viven en la casa.

—Que la Madre ayude a sus padres.

—Él es el que hizo la burbuja.

Él volvió a reírse.

—Que la Madre te ayude a *ti*.

Lo empujé, riéndome.

—¿Me llevas a casa para el almuerzo?

Hizo una reverencia.

—Será mi honor, señora.

Miré al cielo, gritándole a Ressina que volvería en una hora. Ella me contestó que me tomara mi tiempo. La próxima clase no empezaba hasta las dos. Habíamos decidido que las dos estaríamos presentes en estas primeras clases, para que los padres y guardianes nos conocieran. Y también los niños. Pasarían dos semanas enteras de esto antes de que estuviéramos en todas las clases.

Rhys me ayudó con mi abrigo, robándome un beso antes de que saliéramos al día soleado y frío. El Arcoíris se atareaba a nuestro alrededor, artistas y clientes saludándonos con la cabeza y las manos mientras caminábamos hacia la casa de la ciudad.

Entrelacé mi brazo con el de él, anidándome en su calor.

—Es raro —murmuré.

Rhys torció la cabeza.

—¿Qué cosa?

Sonreí. A él, al Arcoíris, a la ciudad.

—Este sentimiento, este entusiasmo por levantarme cada día. Por verte, y por trabajar, y simplemente por *estar* aquí.

Casi un año atrás, le había dicho lo contrario. Deseaba lo contrario. Su rostro se suavizó, como si también él lo recordara. Y entendiera.

Proseguí:

—Sé que hay mucho por hacer. Sé que hay cosas que tendremos que enfrentar. Algunas más pronto que otras —algunas de las estrellas en sus ojos se acumularon ante esto—. Sé que están los ilirios, y las reinas humanas, y los humanos mismos, y todo eso. Pero pese a ellos... —No pude terminar. No pude encontrar las palabras adecuadas. O decirlas sin desarmarme en público.

Así que me apoyé en él, en su fuerza incommovible, y dije a través del vínculo: *Me haces tan feliz. Mi vida es feliz, y nunca dejaré de agradecer que tú estés en ella.*

Levanté la vista para ver que no estaba en absoluto avergonzado de que las lágrimas cayeran por sus mejillas en público. Enjuagué algunas antes de que el viento helado las congelara, y Rhys susurró en mi oído:

—Yo tampoco dejaré de estar agradecido por tenerte en mi vida, mi querida Feyre. Y sin importar qué nos espere —vi una pequeña sonrisa gozosa ante eso—, lo enfrentaremos juntos. Disfrutaremos juntos cada momento de eso.

Volví a apoyarme en él, su brazo fuerte alrededor de mis hombros. En el extremo del brazo el tatuaje que ambos teníamos, la promesa entre

nosotros. Nunca separarnos, hasta el fin.

Y ni siquiera después de eso.

Te amo, dije a través del vínculo.

¿Cómo podrías no amarme?

Antes de que pudiera codearlo, Rhys volvió a besarme, sin aliento y rápido. *Por las estrellas que escuchan, Feyre.*

Pasé una mano por su mejilla para enjugar las últimas de sus lágrimas, su piel era cálida y suave, y doblamos por la calle que nos llevaría a casa. Hacia nuestro futuro... y hacia todo lo que esperaba en él.

Por los sueños atendidos, Rhys.



SARAH J. MAAS. Es una joven autora norteamericana, nacida en la ciudad de Nueva York en el año 1986. Graduada Magna Cum Laude en el Hamilton College con una licenciatura en Escritura Creativa, y una diplomatura en Estudios Religiosos en 2008.

Vive en el sur de California, y le encanta leer historias de fantasía, coleccionar todo lo relacionado con Han Solo, beber café, la telebasura y las películas Disney. Cuando no está ocupada escribiendo novelas de fantasía, se la puede encontrar explorando la costa Californiana.

Trono de Cristal es su primera novela, publicada en agosto de 2012. A esta le precedieron una serie de cuatro relatos cortos a modo de precuela: *La asesina y el señor de los piratas* (enero 2012), *La asesina en el desierto* (marzo 2012), *La asesina en el submundo* (mayo 2012) y *La asesina en el imperio* (julio 2012), todas ellas protagonizadas por la heroína de «Trono de Cristal», Celaena Sardothien.

La saga «Trono de Cristal» consta además, de seis novelas ya publicadas. En septiembre de 2015 se anunció que se habían vendido los derechos para convertir la saga en una serie de televisión.

Actualmente compagina la escritura de «Trono de cristal», con la serie de novelas «Una corte de rosas y espinas».